

MEMORIAS  
DE LA  
ACADEMIA MEXICANA  
DE LA HISTORIA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID



SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ESTUDIOS:	
<i>A los Veinticinco Años de la Expropiación Petrolera.</i> —Por el Ing. Don José López-Portillo y Weber.—(Continúa) .....	109
<i>El Sargento Pío Marcha.</i> —Por Don Francisco R. Almada.....	134
<i>El Real de Catorce.</i> —Por Don Octaviano Cabrera Ipiña.....	140
<i>Cincuentenario de la Batalla de Trinidad.</i> —Por el Lic. y Gral. Don Aarón Sáenz	173
FUENTES DOCUMENTALES:	
<i>Parte Oficial de la Batalla de Celaya del 6 al 7 de Abril de 1915.</i> .....	186

# A los Veinticinco Años de la Expropiación Petrolera

## LA OBRA DE LOS MEXICANOS

Por el Ing. Don *José López-Portillo y Weber*.

(CONTINÚA)

Hemos visto, en páginas anteriores, cómo se llevaban a cabo en México, antes de la Expropiación, la búsqueda de yacimientos petroleros, la perforación de pozos, el almacenamiento del petróleo, su corta transportación, y su inmediata exportación con miras a eludir impuestos a México, y pagos a mexicanos.

Examinemos brevemente cómo se atendía a las otras fases de la industria: Transportación, Almacenamiento y Refinación antes, de que los mexicanos se hicieran cargo de ellas.

---

En todas estas fases dejó su impronta, no sólo en Estados Unidos, sino en toda la Tierra, la hábil, pero codiciosa mano de Rockefeller. La fase de transporte, en tanto que la producción de petróleo fue de poco volumen se hizo, de los pozos a los lugares de almacenamiento, en barriles conducidos en grandes carros, y de estos lugares a los centros de consumo, por ferrocarril. Rockefeller obtuvo pronto, de las empresas ferroviarias, tarifas discriminatorias que a él lo favorecían muchísimo y, en cambio, exigían grandes desembolsos de sus rivales.

Para luchar con él, sus contrincantes organizaron una Compañía: la *Tide Water Pipeline*, que aprovechando los conocimientos del Ing. Herman Haupt, alemán probablemente, construyó un oleoducto de sesenta kilómetros de longitud, a pesar de los esfuerzos de Rockefeller para impedirlo. Después, la misma empresa aprovechó con éxito este oleoducto como medio de transporte. Convencido de la utilidad del oleoducto, Rockefeller compró todas las acciones de la *Tide Water*, y considerando que quien dominara en la transportación sería amo de la Industria del Petróleo, eligiendo cuidadosamente los puntos iniciales y finales, construyó una red de oleoductos que cubrió *Oil Country*. Gracias a ella, impuso precios de compra a los productores de petróleo, y de venta a los consumidores. Estados Unidos está cubierto ahora por redes de oleoductos tendidos por los distintos complejos de Compañías, según los principios de Rockefeller.

El oleoducto en sí está sujeto a mil contingencias a que deben hacer frente quienes a la Industria se dedican. Los tubos, que se hacen de láminas de hierro encorvadas longitudinalmente hasta la línea de contacto, se revientan con la presión excesiva, y están sujetos a corrosión por la continua permanencia en ellos de ese complejo de numerosísimas sustancias que llamamos *petróleo*, nombre que es un verdadero colectivo.

En términos generales, los petróleos se distribuyen en dos grupos: El primero, de *base parafínica*, se forma con aceites claros, ligeros, de peso específico inferior a la unidad, de viscosidad reducida. El otro grupo se integra con aceites espesos, oscuros, de peso específico superior a la unidad. Muy viscosos. Para quienes no recuerden lo que significa el vocablo *viscosidad*, aclararé que se refiere a la *pegajosidad* del cuerpo, la cual disminuye si este cuerpo se calienta, y aumenta si se enfría, lo que exige modificaciones en la presión y en las condiciones de bombeo a que es preciso bombearlo. Si es muy viscoso, además, su sedimento se va depositando a lo largo de la tubería, disminuyendo su diámetro y, por lo mismo, su capacidad de bombeo. Para remediar esto, se construyen a distancias calculadas, estaciones de calentamiento que vuelvan su fluidez al petróleo. Y para limpiar la tubería, se introduce en ella un tapón, un cilindro, o disco de metal, perfectamente ajustado, en Estados Unidos, se llama a esto *go devil*, (aquí, sencillamente, *diablo*) y se le impulsa a lo largo de la tubería bombeándolo con agua caliente para hacerlo avanzar raspando el sedimento depositado, y empujándolo hasta que llega a sitios preparados para darle salida.

Aunque, hacia 1919 los problemas de los oleoductos ya habían sido técnicamente resueltos en y para Estados Unidos por técnicos y expertos, a México se habían enviado sólo rústicos noveles. Y las dificultades que se presentaban se resolvían aquí de cualquier modo. Aquí fue encontrada la conveniencia de enterrar las tuberías, en toda su extensión, en cepas lo suficientemente profundas para que las cubriera una capa de tierra de sesenta centímetros de espesor; la de construir en toda su longitud estaciones de calentamiento del oleoducto, lo que se debe a Juan Mancera), etc. Y los mexicanos fueron hallando estas soluciones a la vez que los expertos yankis con quienes trabajaban.

En realidad, las Compañías se proponían *no* construir en México ningún oleoducto largo. Su ideal se reducía a hacer un mínimo de tuberías de descarga de pozos a campos de almacenamiento, tan cortas, como se pudiera. Si habían tendido ciertos tramos de oleoductos a lo largo de la Costa, desde Potrero de Llano a Tampico, no querían construir uno solo más.

En 1923 existían en México, según Gustavo Ortega, los oleoductos siguientes, construidos y probados de acuerdo con lo dispuesto por nuestros Reglamentos:

TERMINALES	Núm. de Tuberías	Longitud en Mts.	Capacidad de conducción de barriles	FINALIDAD
Pto. de Veracruz	4	4 512	26 418	Transportación
Puerto México .	5	36 101	16 467	Exportación
Tuxpan . . . . .	6	379 656	78 499	Exportación
Puerto Lobos ..	24	637 858	320 564	Exportación
Tampico . . . . .	68	1 894 294	572 761	Exportación
Ebano . . . . .	1	11 260	868	Exportación
<b>TOTALES:..</b>	<b>108</b>	<b>2 963 681</b>	<b>1 015 577</b>	

Aunque en la Concesión que le había otorgado Madero, se exigió a la Huasteca la construcción de un oleoducto a la Mesa Central, no lo hizo. No había una sola línea destinada a abastecer el país. A ninguna de las Compañías le interesaba la empresa. Los mexicanos, todos, en cambio, sentíamos la necesidad de encauzar hacia México el aprovechamiento de nuestros propios recursos, y así, cuando empezaron los estudios para la explotación del campo de Poza Rica, (creo yo que por iniciativa

de Colomo), el Departamento de Petróleo, con amenazas veladas de tortuismo en las tramitaciones, logró que *El Aguila*, construyera la línea *Palma Sola-Atzacapotzalco*, dándole una capacidad de conducción risible, apenas once mil barriles en veinticuatro horas, y estableciendo en su Terminal una pequeña refinería. La longitud de la tubería es de 223.6 Kms. Se origina a 16 metros sobre el nivel del mar, y franquea la sierra en Tepeapulco, a 2 640 mets. Su costo de construcción fue de \$ 7,173 598... de entonces, equivalente a \$ 24,908 337.50 de hoy.

Este oleoducto tiene distribuidas en su longitud, siete estaciones de calentamiento y bombeo, cada una con dos pequeños tanques de movimiento

---

Hasta 1930 la operación de tender una tubería era laboriosa, difícil y delicada. Se requería del esfuerzo de numerosas cuadrillas de hombres vigorosos, capaces de mantener suspendidos en el aire, inmóvil por un instante, el tubo por añadir, en la exacta prolongación de la tubería ya tendida. Ese instante era aprovechado por uno de entre ellos, el más forzado, para que, con un solo movimiento de sus manos, los tornillos, cónicos y larguísimos, ya introducidos en las roscas correspondientes, pudieran girar y apretarse. Esto requería fuerza, reacciones rápidas, y coordinación de movimientos. Después, para facilitar la maniobra, se construyeron balaustradas de madera de altura reducida e igual longitud a la de un tramo de tubería. Ahora se sueldan los tubos unos a otros, lo que da cierta real unidad a la línea.

Si los tubos no satisfacen las especificaciones, si el metal empleado en ellas no era el adecuado, aparecen filtraciones en las uniones de los tubos, o éstos revientan a lo largo del tramo dañado.

Pronto se encontró la conveniencia de enterrar la tubería en toda su longitud a profundidad mínima de sesenta centímetros, contados de la superficie del terreno a la cara superior del tubo.

Nueva posibilidad de daño: la humedad, unida a la acción del mismo petróleo y ayudada por la presión del bombeo, corroe y revienta los tubos. Y aún a este daño, muy común, suele añadirse el de la llamada *corrosión catódica*, que literalmente disuelve el metal del tubo, y por electrólisis lo conduce y lo deposita en otra parte. En cierta región próxima a Pánuco (Topila), productora de petróleo de gran peso específico, cuan-

do los mexicanos se hicieron cargo de la explotación, encontraron que el tubo había sido atacado por una corrosión de este tipo, pero, curiosamente, entre la masa viscosa del metal disuelto podían filtrarse y fluír delgados hilos del petróleo bombeado, cuyo transporte no llegó a interrumpirse totalmente.

---

Rockefeller (1), después de comprender que los oleoductos lo convertirían en el dictador de la Industria del Petróleo, se convenció de que el lucro mayor lo obtendría con la Refinación. Separándose de su antiguo socio Clark, se ligó con un buen químico: Andrews, quien había construido pequeña refinería de cuya dirección técnica se había hecho cargo él mismo. La administración se la reservó Rockefeller, aplicando estricta economía en los gastos y exhaustivo aprovechamiento de las materias, gracias a lo cual pronto pudo instalar una segunda planta, también dirigida técnicamente por Andrews y administrada, según los principios de John D. Rockefeller, por su hermano William.

Hasta ese momento el petróleo se explotaba sólo como unguento medicinal, atribuyéndosele cualidades un poco mágicas. Pero ocurrió que en la región pronto llamada *Oil Country* los hermanos Kier perforaron un pozo en busca de agua salada. Y su *mala fortuna* se evidenció: el pozo produjo petróleo. Buenos yankis, quizá inducidos por su olor peculiar, que alguien juzgó semejante al de un derivado obtenido de las pizarras bituminosas, llamado *Kerosina*, debido a ello lo hicieron examinar por el químico Booth que sugirió dos posibles aplicaciones: usarlo como iluminante, (que fue buena), o como solvente del hule... (que fue... peor). Rockefeller aceptó la primera, e hizo construir enorme número de unas lámparas especiales que, en México, se popularizaron con el nombre de *quinqués*, que yo creí derivado del apellido *Kincaid* que lleva una familia de petroleros yankis, pero Gutierre Tibón me informa que el inventor, (y generador del nombre), fue un francés.

Rockefeller hizo construir y regaló en China centenares de miles de esas lámparas, que convencieron a los chinos de que podrían jugar lotería y *mah jong*, también por la noche, los convirtieron en grandes consumi-

---

(1).—Sobre la Historia del Petróleo en Estados Unidos, véanse: "*A History of the Standard Oil...*" de Ida Tarbell; "*Early Days of Oil*", de Giddens, y las sucesivas ediciones del "*Derricks Hand book*".

dores de kerosina, y en fundadores de la fabulosa riqueza de Rockefeller y del monstruoso desarrollo de la Standard Oil.

Hacia 1865 trabajaban en Estados Unidos veinte refinerías que vendían tres clases de kerosina: *blanca primaria*, *blanca normal*, y *color de paja*. Ocasionalmente exportaban también mínimas cantidades de subproductos del petróleo considerados peligrosísimos por los industriales, y que generalmente eran quemados o tirados: *nafta*, *bencina* y *gasolina*.

---

Pero de 1885 a 1895 los científicos y técnicos industriales franceses, más metódicos que sus colegas yankis, investigaron las posibilidades de tales subproductos. Y así, como resultado de sus investigaciones, patentó Daimler el *motor de combustión interna*, que aprovechando la brusca expansión de los gases, creó una fuente de energía superior al vapor, que permitió construir automóviles, de los que ya en Francia se hizo una carrera en 1891, ganada por un Peugeot. Luego un brasileño, Santos Dumont, hizo maniobrar sobre París un pequeño globo dirigible, y poco después, un minúsculo aeroplano que creo recordar haber leído que, muy francesamente, se llamó *Demoiselle*. Luego los hermanos Wright lograron triunfo igual en Estados Unidos, y los rusos parecen a últimas fechas haber inventado otro inventor de aeroplanos, moscovita, naturalmente.

Al fin, el petróleo sustituyó a la leña en los hogares de los ferrocarriles, y el Almirante inglés Lord John Arbuthnot Fisher impuso igual sustitución en la flota inglesa. Esto indujo a hacer igual cosa en todos los hogares de los ferrocarriles y barcos del Mundo.

Había concluido la breve Era del Vapor, que a principios del Siglo XX fue reemplazada por la Era del Petróleo.

---

Mas para llegar al aprovechamiento máximo de este hidrocarburo, debía plantearse su refinación en forma científica.

Hasta entonces, esta operación se había hecho en forma enteramente lírica, pero con la inquietud intelectual propia de este Siglo, que veía la antes insospechada fusión de Física y Química, y que habiéndose originado cuando se creía que el cimiento de la Ciencia debía excavar en el estudio de *la Materia Increada y Eterna*, impuso la sorprendente con-

vicción de que en este Universo Material, la Materia NO existe, pues que todas, absolutamente todas las cosas, son compuestos atómicos, y que es la mezcla de átomos diversos, es decir, de *chispas* de energía, la que forma moléculas cuyas variadas y distintas ordenaciones producen lo que llamamos substancias.

Y concretamente, el estudio del petróleo reveló que es una mezcla compleja de hidrocarburos, es decir, de substancias compuestas de carbono e hidrógeno, a los cuales se agregan, en menores proporciones, como impurezas, azufre, oxígeno, nitrógeno y algunos metales.

El hidrocarburo más simple es el *metano*, principal constituyente del gas natural, que consta de un átomo de carbono, el cual tiene cuatro posibilidades de eslabonarse con otros átomos, pero sólo aprovecha una de ellas para unirse con uno de hidrógeno. Existen, en el petróleo, hidrocarburos mucho más complejos que el metano. Entre las gasolinas cuyo número se calcula que puede elevarse a quinientas, algunas se forman hasta con catorce átomos de carbón. Las kerosinas, los aceites lubricantes y las parafinas son más complejas aún. De las últimas, algunas tienen sesenta átomos de carbón. Y se estima que el número de hidrocarburos diferentes en un petróleo crudo, puede llegar a tres mil.

Por muy largo tiempo la industria del petróleo, en su aspecto de refinación, se redujo a aislar individualmente algunos de estos constituyentes, a estudiarlos, y si se les encontraba aplicación práctica, a producirlos industrialmente con un mínimo de erogaciones y en máximas cantidades. Así se hizo con la gasolina. Se estudiaba cada substancia en forma exhaustiva, y si se le encontraba utilidad, se creía haber llegado a la meta final.

Se buscaba, ante todo, aislar la substancia deseada, aprovechando para ello una propiedad característica de los hidrocarburos: la de que la temperatura de ebullición es propia e individual de cada uno de ellos, y que aumenta con el número de átomos de carbón que contiene una molécula de esa substancia. Así que la Refinación se inició construyendo alambiques dentro de los cuales el petróleo se calentaba primero a temperaturas de treinta y cinco a doscientos cinco grados, y los vapores desprendidos eran de gasolina, que se condensaban y enfriaban. Cuando cesaba la ebullición y el líquido producido dejaba de ser gasolina, se elevaba de nuevo la temperatura en el alambique, partiendo ahora de



ciento cincuenta grados, interrumpiendo el calentamiento al llegar a doscientos sesenta grados...

El proceso se repetía con periódicas interrupciones para producir nuevas sustancias y cesaba cada vez que esta sustancia dejaba de producirse.

Para industrializar el procedimiento se construía una serie de alambiques paralelos, a distancias reducidas uno de otro y a diferentes niveles, a fin de que los líquidos fluyeran por gravedad de los alambiques superiores a los inferiores. El proceso se repetía hasta obtener los gasóleos y los aceites negros. Fácil es comprender que este procedimiento requería disponer de amplia superficie de terreno, ya que cada alambique producía una sustancia determinada.

Pero se lograron después grandes adelantos y se desarrollaron nuevas técnicas, no sólo en los procedimientos científicos en general, sino en ramas concurrentes; se desarrollaron nuevas teorías... Y como muchos requerían altas temperaturas y fuertes presiones, la Metalurgia produjo en cantidades masivas nuevas aleaciones que con el acero forman el níquel, el cromo, el sílice, el molibdeno, el titanio y el vanadio. Y así se logró, en las Refinerías, construir el equipo necesario para la desintegración del petróleo.

Pero a la vez que se alcanzaba este desarrollo de los elementos inertes, la dinámica industrial de la Refinación progresó también. Se lograron nuevas mezclas de distintos combustibles, para que satisficieran a nuevas e imperiosas exigencias y se perfeccionaron sistemas de ventilación de hogares industriales que permitían aprovecharlos.

Para reducir el espacio requerido, no se usaron ya alambiques individuales para cada sustancia. Se construyeron altas torres en las cuales todas las *fracciones* del petróleo crudo, que llegan a ella, luego de pasar por *permutadores de calor* en los que inician su calentamiento por contacto de las tuberías que los conducen con las que salen con los derivados ya obtenidos a altas temperaturas. Estas sustancias pasan después a un calentador (una cámara de combustión), de la cual todas las fracciones que se han de separar salen para entrar en la torre en forma de vapores a la sección alta, con excepción del residuo, que es introducido en forma de líquido. Se introduce gasolina fría en la parte superior de la torre para que descienda formando un *reflujo*. A su contacto, los vapores se enfrían, pues se forma así lo que los técnicos llaman *un diferencial de temperatura, entre la entrada del crudo y la parte superior de la torre*.

Dentro de la torre, a distancias calculadas hay *platos de burbujeo* en donde los vapores del crudo entran en íntimo contacto con los de la torre, y se condensan fuera.

Los gasóleos y kerosinas se condensan dentro de la torre, y fluyen líquidos de los platos de burbujeo, a través de los permutadores, que se emplean para calentar el crudo, y se enfrían en ellos por contacto con tuberías con agua, y al fin por inmersión en agua de las tuberías que los conducen. De los residuos de esta primera destilación por medio de una segunda y en equipos similares, se obtienen aún fracciones valiosas. El proceso es distinto, pues en tanto que la torre fraccionadora del crudo trabaja a presión atmosférica y emplea como auxiliar el vapor de agua, en la destilación de los residuos la torre fraccionadora trabaja al vacío para disminuir la temperatura de ebullición de los hidrocarburos a fin de evitar su descomposición por efecto del calor. Los destilados que así se obtienen se emplean, atendiendo a su composición y a las necesidades del mercado, para elaboración de parafinas y de lubricantes, o para cargar las plantas de desintegración. Los residuos de esta destilación pueden usarse para pavimentar carreteras. Y las cantidades inaprovechables, o sirven de base en la manufactura de combustibles negros, o tratándolas en plantas de coquización, por medio del calor producen gas, gasolina, gasóleos y coque.

Para la elaboración de lubricantes, los destilados al vacío son tratados con solventes y tierras decolorantes y neutralizantes, recuperándose las parafinas.

Si los destilados se destinan a las plantas de desintegración, se les calienta previamente en los permutadores que descargan los productos de esas plantas, se les somete a calentamiento posterior en calentadores tubulares, y cuando están ya vaporizados y a la temperatura adecuada, se les pone en contacto por un tiempo determinado con una substancia (un *catalizador*, un barro natural tratado o una sílica sintética) que tiene propiedades para dirigir y activar las reacciones de la desintegración de la carga, para producir así hidrocarburos de uno a cuatro carbonos. En éstos y en los del gas natural, se basa el último adelanto de la Industria del Petróleo: la Petroquímica. Además, se producen gasolinas de alta calidad, y gasóleos, y residuos, que se separan por destilación, cosa muy importante, porque aumenta los rendimientos de las gasolinas, y disminuye la producción de los combustibles negros, de ínfimo valor comercial.

Para que la Historia del Petróleo de México pueda ser comprendida, y valorados sus problemas, debemos abandonar por breve espacio toda alusión a ella, y estudiar la figura de un hombre: Lázaro Cárdenas, porque si en el inicio son las cosas las que determinan la Historia de los Hombres, son después los hombres los que rigen la Historia de las Cosas.

Cuanto, con absoluto olvido de México pudo haberse hecho para buscar ese complejo de hidrocarburos que conocemos con el colectivo de *petróleo*, para extraerlo, para transportarlo, para refinarlo y venderlo, lo habían hecho ya las Compañías Petroleras, más para cambiar esa situación en beneficio de México, fue necesario invertir la situación y hacer que un hombre influyera en la Historia de las Cosas. Y ese hombre, quizá el más interesante de la Historia de México, no es un genio, pero sí es un ser bueno, un patriota, honrado, con ideales, con voluntad, con escrúpulos.

Podemos tomar a Lázaro Cárdenas como un mexicano típico. Etnicamente, es un mestizo; socialmente, pertenece al estrato inferior de la clase media campesina, con más recursos, conocimientos y posibilidades que los muy pobres, con muchísimo menos que los ricos. Su padre era hombre bueno, patriota, laborioso, independiente, deseoso de progresar, de prosperar, sí, pero sin faltar a las normas morales. Su madre, fue una santa. Siendo todavía un niño, Lázaro ya contribuía con su trabajo a la Economía Familiar. Cuando otros adolescentes de su edad intranquilizaban a las mocitas de Jiquilpan, Lázaro distribuía sus horas libres formando parte de la tertulia del sastre del pueblo, antiguo militar muy dentro de su tipo, locuaz y algo fanfarrón, cuyas palabras fueron en su mente eficaces conjuros de sueños imprecisos, generosos y patrióticos. No hubo para él revelación de tiranías, de abusos y despojos de poderosos, no: Creció en un ambiente y en un medio social y político en que esto ocurría y había ocurrido siempre. Las palabras del sastre fueron en su imaginación el fermento de cuanto noble y patriótico pudiera sugerirse como remedio. Mas para dar vida a sus sueños, tenía que precisarlos. Y esto lo hacía en la casa de sus dos amigos predilectos un tejedor indio, ciego, y su hermana, a quienes visitaba diariamente, y en cuyo taller el equipal que siempre ocupaba pasó a ser el mueble más importante (2). Ante este modesto, silencioso y admirativo auditorio, Lázaro creaba, formula-

---

(2) "¡El sillón de Lázaro!"

ba, daba vida a sus nobles sueños, y los proyectaba ante sus tres oyentes: el tejedor, su hermana y él mismo, Lázaro Cárdenas.

En la escuela no hizo mal papel, pero no experimentó la atracción de los estudios. En su mente, lo abstracto estaba destinado a dejar lugar a lo concreto

A petición de su padre se le concedió un puestecillo en la Oficina de Recaudación de Rentas de Jiquilpan, con el cual siempre cumplió. Allí se dio cuenta de lo que significaba para los indios, en esfuerzo y privaciones, el pago de los magros impuestos. Su misma familia era propietaria de un minifundio encaramado en loma pedregosa y también sufría con la indiferencia, con el abandono del Gobierno, de que eran víctimas los humildes.

Fue viendo nacer la ola del descontento, provocada por esto, y la vio crecer hasta convertirse en arrolladora y causar, con su fuerza moral solamente, el desplome de la imponente tiranía de Porfirio. Y entonces, como todos los mexicanos, asistió a la brusca revelación no *del*, sino de los terribles problemas de México. Habría sido insensato esperar que un adolescente de dieciséis años comprendiera que se buscaba un imposible: resolver, con una solución única, los —por lo menos— ¡cinco problemas sociales diferentes activos en el territorio de México!

---

No menos de cincuenta años de estudios, y de meditaciones necesité yo mismo para comprender la imponente verdad, y las consecuencias del axioma formulado por el jurista de Europa Central (checo, yugoslavo o germánico) von Jehring: *La Historia, es la Geografía en el tiempo; la Geografía, es la Historia en el Espacio*, es decir: la Geografía predetermina la marcha de la Historia. La acción humana podrá hacer tentativas para paralizarla o desviarla. Pero la marcha se reanudará, con rumbo lógico, apenas cese el obstáculo que pretenda impedirlo.

¿Podrá hacerse esto eficazmente? ¡Sí!, porque, según la expresión de otro jurista de la Europa Central: Jellinek, "Si las cosas son regidas por *leyes* inflexibles e inmutables, los hombres, en su conjunto, están sujetos a *normas* invariables."

Sí estudiamos la Historia de México teniendo en cuenta estas bases, veremos: *Primero*, que su Geografía es, simplemente, parte de la de América, como ésta lo es de la Tierra entera; que la vida del hombre

requiere su propio trabajo; que el hombre puede destruir las cosas que aprovecha, las cuales a veces se renuevan por sí solas; otras, requieren para ello trabajo humano y otras, no se renuevan.

Una ojeada al Mapamundi aclarará los conceptos, pues veremos que, en la enorme extensión de los océanos, emergen tres masas continentales rodeadas de algunas islas, solitarias o en enjambres —archipiélagos—, que son más numerosos y algunas de las islas más grandes, en torno de la masa continental menor. La mayor está claramente integrada por dos porciones, de las cuales la menos extensa casi está totalmente separada de la otra. Más bien dicho, lo está, pero débese a que el hombre hendió el angosto istmo que las unía.

Estas dos extensiones, artificialmente separadas, y la menor, la alejada en el Océano, tienen los ejes de sus cordilleras dirigidos: en la masa mayor, en el sentido Este-Oeste, y sus superficies más amplias se dilatan en igual dirección; en la masa menor, se dilatan en la prolongación de la Sierra de la Península de Malasia, más o menos, de Noroeste a Sureste. En cambio, la masa continental no descrita aún, formada por dos amplias porciones unidas por delgado istmo, tiene sus ejes montañosos Sur-Norte y de igual manera sus dos porciones se extienden, salvo en la región ístmica, en la cual las montañas se embrollan en un laberinto endemoniado, cuya elevación disminuye hacia el Sur, a la vez que se angosta la anchura ístmica, aunque cuando concluye la inflexión, se dilata de nuevo. Otra peculiaridad: es la única en la cual se dilatan altas y extensas mesetas. En esta masa continental se encuentra México (3).

Ordenando nuestras observaciones y nuestros recuerdos, nos damos cuenta de que nuestra vida exige agua, la cual, en la superficie de la Tierra se acumula en los Océanos, pero que circula continuamente, pues se evapora, se condensa, se convierte en lluvia y así irriga generosamente las cordilleras; sus escurrimientos se reúnen; al confluir, llegan a arroyos, que a su vez forman riachuelos, que se acumulan en ríos, que a veces se dilatan en lagos. El hombre, que por medio del trabajo, aprovecha aguas y tierra para cultivos que le permitan vivir, puede modificar

---

(3).—Todas las peculiaridades de América, y concretándose más, las de México: inflexión al Este, las Sierras Madres, la Bahía de Banderas, las profundas y súbitas barrancas de Jalisco, el Eje Volcánico, las Penínsulas de Baja California y Yucatán, las mesetas centrales cuya altura disminuye hacia el Norte, resultan curiosamente explicadas con la teoría expuesta por el geólogo alemán Alfredo Wegener en su obra: *Génesis de los Continentes y de los Océanos*.

a veces, aprovechando circunstancias favorables, determinadas extensiones. Cuando viaja, lo hace por valles, los cuales cultiva; por ellos construye caminos y vías férreas, salva ríos y pequeños barrancos por medio de puentes; perfora la tierra, y extrae minerales; ha llegado a volar, y aún a salir de la atmósfera, para iniciarse en actividades que serán las suyas, y cumplir en el Universo una misión que ignora... Todo, aprovechando los recursos que encuentra a su alcance. Puede vivir, con mayores o menores esfuerzos, en las montañas, pero las acumulaciones humanas más prósperas y numerosas, que en un principio buscaron el apoyo de las montañas, se reúnen en valles y llanuras, cuyos recursos aprovecha ahora en forma intensiva.

La estructura social del hombre ha ido cambiando a medida que aprende a utilizar los recursos de la Tierra a su alcance. Volviendo a América para tornar a México, diré que hasta hoy nada se ha encontrado que presente base firme a la idea de que nuestro Continente haya sido testigo de las primeras actividades del hombre, y sí las hay, abundantes y sólidas, de que, en América, el hombre fue invasor venido de Asia.

Según el antropólogo Hrlidcka, la invasión de América ocurrió cuando entre los asiáticos no había aparecido aún el tipo mongoloide (4). Nuestros antropólogos hasta han determinado qué tribus indias, entre las aún existentes, llegaron en esa primera oleada invasora, entre ellas las otomíes y las de los indios de Baja California. Estos indios caminaron rumbo al Sur por la Costa de América, desde Alaska, huyendo de los rigores invernales, temibles para sus cuerpos desnudos, y se internaron en nuestro territorio por varios puntos de nuestra actual frontera.

Entonces tomaron contacto con nuestra peculiar orografía: dos cadenas montañosas más o menos paralelas a ambas costas y desde su origen convergentes, por lo mismo, a corta distancia de ellas. La Occidental, que prolonga las Sierras del Oeste de Estados Unidos, es la más importante. Ambas levantan la parte central de nuestro territorio en una sucesión escalonada de amplias mesetas con declive al Norte, y escasamente irrigadas, pues de las cadenas de montañas (las Sierras Madres Oriental y Occidental), no desciende hacia los valles de las mesetas ninguna corriente caudalosa, porque en la época de lluvias las Sierras Madres detienen las nubes más bajas y cargadas, impulsadas por los vientos al

---

(4).—Podríamos explicar la importancia de esto, dándonos cuenta de que según ello, Adán, el primer hombre, tuvo características iguales a las de nuestros indios.

interior del país. De manera que las lluvias, en nuestras mesetas, no son copiosas, como sería de esperarse.

En los Estados de Nayarit y Jalisco se encuentra profunda identificación (la Bahía de Banderas), y más o menos a la misma latitud, se observan en el territorio de Jalisco hondas y amplias barrancas, por cuyo fondo corren importantes ríos, barrancas que en sinuoso recorrido, en lo general, rumbo Oeste-Este, terminan en Juanacatlán, y se prolongan hacia el Este por el valle mexicano por excelencia: el Bajío.

Al Sur de las barrancas y del Bajío, se observa una peculiar línea de volcanes. Esa línea es conocida como *Eje Volcánico* de México. Y en él, de Este a Oeste, se suceden alineados, más o menos en el paralelo 20°, el Pico de Orizaba, el Cofre de Perote, el Matlacuáyatl, el Iztaccíhuatl, el Popocatepetl, el Ajusco, el Nevado de Toluca, la sucesión de conos volcánicos de Michoacán; en Jalisco, el Cerro de Cuyutlán, el viejo y desgastado Colli, que con lluvia de toba pomosa (xales) copiosísima, cubrió el suelo del valle de Atemajac en que fue erigida Guadalajara, y dio nombre al Estado: Xalisco. Y además de muchos pequeños conos volcánicos, el enorme Cerro de Tequila, tan alto como el Ajusco y cuyo perfil es semejante al del Iztaccíhuatl; al Sur, siempre en territorio de Jalisco, los dos gemelos: el Nevado y el volcán de Colima. Del Eje Volcánico al Sur, el territorio de México se tuerce con cierta violencia al Este, y sus costas acentúan perceptiblemente su convergencia hasta Tehuantepec, en donde la anchura es mínima, para ensancharse ampliamente en Tabasco, Campeche y Chiapas, y lanzar al Norte la Península de Yucatán, con lo cual México entero adquiere perceptible y curiosa semejanza con un alacrán.

Del Eje Volcánico al Sur, el territorio mexicano está cubierto con una pululación de montañas y una indescrptible red de valles. Desde la parte central de Oaxaca, la altura de las montañas disminuye considerablemente hasta Tehuantepec, para elevarse de nuevo en Chiapas.

---

Como voy a tratar del poblamiento de México, hablaré brevemente ahora de la raza a que pertenecieron sus primeros habitantes, de sus cualidades y defectos, de su religión, de su cultura, de su civilización.

La raza es de origen asiático y muy antigua. De sus cualidades,

diré que he convivido con los indios por largas temporadas, y aseguro que entre ellos hay muchísimos muy inteligentes. En el Colegio Militar, entre los alumnos que más se distinguieron durante los siete años de estudio de mi carrera, se contaban muchos indios. Abundan entre ellos, además, quienes tienen gran habilidad manual y dotes artísticas. La causa por la cual, con tantas cualidades, no pudieron formar colectividades civilizadas, la encontramos si seguimos al filósofo de la Historia Alfredo Weber (Historia de la Cultura).

Weber dice que cada Religión genera una peculiar Cultura (cultivo de sus cualidades morales e intelectuales), la cual, a su vez, es origen de una característica Civilización: aplicación práctica de técnicas derivadas de sus adquisiciones intelectuales, sin poner atención al aspecto moral. Y que las dimensiones de éstas, es decir, su profundidad, firmeza y alcance, son predeterminadas por la Religión de que emanan.

La Religión de los indios era dualista. Y un estudio cuidadoso de ella me convenció de que es, no semejante, sino idéntica al Maniqueísmo que tantos años de problemas significó para los teólogos europeos, (véase *Los Heterodoxos Españoles*, Marcelino Menéndez Pelayo, y compárese con lo que dice Sahagún en su monumental y valiosísimo estudio). Pero los indios, al estudiar su religión, desarrollaron un ritual que fue opacando al dogma, y que, al fin, se impuso soberano. Todas las Religiones tienen como base el sacrificio, y como fin, glorificar a Dios. El Dualismo Indio, que admitía el temporal predominio del Dios del Mal, de Tezcatlipoca (era el cuarto Sol), en la época de la Conquista, prescribía dos maneras de expresar esta adoración al Numen: la de la Sensualidad, que siguieron las tribus de la Costa, y la de la Muerte y de la Sangre, que siguieron las tribus de las frías mesetas, entre ellas la de los aztecas. Ambas, desligadas de toda idea moral, de toda labor ajena al rito. Sólo se admitían, ajenas a las que éste exigía, las labores indispensables para la vida.

Eso explica la causa por la cual los indios, que en las monumentales ruinas de sus templos, evidencian profundos conocimientos matemáticos que se confirman con sus labores artísticas y de artesanía; que tenían una cronología más exacta que la europea su contemporánea, a esto debieron su atraso en organización económico-social, nunca pasaron de la propiedad tribal (colectiva) a la individual; que tenían gobiernos que llamaríamos teocráticos y tiránicos, nunca concibieron la Moral. No



fueron capaces de emerger de aquel estado primitivo y de mejorar su vida, como pudieron haberlo hecho sin el impedimento de su religión. Esto explica la causa por la cual sus obras fueron siempre tribales.

Con ese equipo conceptual contaban los indios del poblamiento de América. Como habían vivido siempre en lucha continua, buscaron en nuestro país el amparo de una topografía defensiva, y habitaron de preferencia en las montañas. Los cashcanes llamaban *altépetl* es decir, *agua* y *cerro* a la aldea. En las montañas, pues, se establecieron, y lo hacían en los valles, sólo cuando no hallaban a mano montañas aprovechables.

Esto nos explica por qué, cuando llegó Cortés, encontró población sedentaria y numerosa en ambas rampas costeñas y en el laberinto montañoso del Eje Volcánico al Sur. En las Mesas Centrales sólo vio la incesante peregrinación de las tribus nómadas, de mínima integración, que pronto, y por más de cien años, serían los *teules chichimecas*.

Los Reyes de España, que eran católicos fervorosos, como gobernantes seguían las indicaciones de los dominicanos, celosos discípulos de Santo Tomás de Aquino, y para gobernar las Indias instituyeron el Consejo de Indias, integrado según decían en Aragón, por *hombres de ciencia, paciencia, prudencia y conciencia*, que formularon las famosas *Leyes de Indias*, desdeñadas por muchos años por quienes no las leyeron, y rehabilitadas después de los profundos estudios de Toribio Esquivel Obregón y de Gabino Vázquez (Legislación para los Indios), convencido a los Reyes de que los indios, como primeros ocupantes, ejercían sobre las tierras *dominio directo*, es decir, que eran dueños, con todo derecho, de ellas, y que los Monarcas sólo tenían *dominio eminente*, es decir, que sólo era suyo el derecho de gobernar a los pobladores, salvo en tierras despobladas, en que también disfrutaban del "dominio directo".

El escrúpulo con que los Reyes de España, sobre todo, los Austrias se sometieron a esta interpretación, se comprueba simplemente observando que, ni para erigir fortalezas, ni para erigir poblaciones, se despojó a los indios de sus tierras; que en la Región India (Rampa Costeña Oriental y del Eje Volcánico al Sur), la toponimia es casi exclusivamente india, pero que en regiones, pueblos y ciudades de la Frontera Norte, y en la Rampa Costeña Occidental, salvo en Nayarit y en el Yaqui, la toponimia es casi exclusivamente española.

Así se explica la causa por la cual Cortés encontró densamente poblada la herradura que se forma con ambas rampas y la región montañosa

del Sur, pero habitadas sólo por unas cuantas tribus nómadas, las Mesas Centrales. Las tierras cultivables, intensamente laboradas por tres o más milenios con técnicas primitivas, y nunca abonadas, apenas si rendían poco. El hambre amenazaba siempre. Los indios nunca se dedicaron a la minería, desconocían el hierro, y en consecuencia se ayudaban en sus trabajos con implementos, no con herramientas. Vivían en la Edad de Piedra.

Los españoles iniciaron luego la Era de la Minería, la Edad del Hierro; pero, como los indios, ellos también estaban sujetos a las cosas. Sin embargo, con ellos empezó el hombre, en México, a aprovechar los elementos naturales para defenderse de la Naturaleza, para imponerse, aunque en forma mínima, a ella. Dios quiso que los más ricos minerales en México se encontraran del Eje Volcánico al Norte, en las Mesas Centrales, en donde las lluvias, por el infranqueable obstáculo que las altas Sierras Madres oponen a los cúmulos bajos, son sensiblemente menos copiosas.

Fue Guanajuato el primer centro minero importante, en la vertiente Norte del Río Lerma en ese Bajío, tan mexicano, entonces región desierta. Los españoles encontraron allí dos graves obstáculos: la casi total despoblación y, como consecuencia de ella, la total ausencia de tierras cultivadas que proveyeran a los numerosos trabajadores necesarios, que tendrían que ser atraídos con la seguridad de alimento y paga generosa.

Para proveerse de trabajadores, fueron contratados grupos de indios que, en cuadrillas, salían de los poblados, o bajaban de las Sierras del Sur. Para alimentarlos, fueron traídos de España labriegos vascos, que localizaron el fértil Bajío a distancia aprovechable, es decir, localizaron el centro productor a distancia que permitiera que el *tameme*, o sea el cargador, (no había aún acémilas), pudiera recorrerla en un número de días que no lo obligara a consumir la carga para alimentarse, sino que pudiera llegar a su destino con buena parte de ella utilizable.

Pocos años más tarde se halló el riquísimo Mineral de Zacatecas, que fue trabajado con procedimientos iguales, pero con una innovación: uno de sus fundadores, Diego de Ibarra, encomendó a su adolescente sobrino, Francisco de Ibarra, la localización y conquista de la necesarísima región cultivable destinada a abastecer a mineros y tamemes, la cual encontró en lo que hoy es territorio del Estado de Durango, habitada sólo por partidas nómadas de indios feroces.

Por fortuna Ibarra, pese a su adolescencia, era inteligente, sensato y de recursos: en vez de combatir a los indios, se reunió con sus caciques, los convenció de que en caso de guerra serían derrotados, les ofreció trabajo y alimentación, (que entre ellos era escasa e insegura) y logró así paz y trabajadores. Ibarra trajo, para emprender su aventura, un grupo de cien hidalgos de las provincias vascas, destinado a tener enorme importancia en nuestra Historia, pues cuando Nuño de Guzmán, por sus feroces instintos, fue eliminado por el Rey, del mando en la Nueva Galicia, sus secuaces huyeron y en el acto fueron sustituidos por esos hidalgos y por aquellos de sus parientes que vinieron después. El núcleo principal de la población de los Estados de Guanajuato, Zacatecas, Jalisco, Aguascalientes, Nayarit, Sinaloa y Durango, lo formaron ellos y lo forman aún sus descendientes.

Los Reyes jamás permitieron a los españoles desposeer a los indios de sus tierras, y la Nueva España adquirió pronto su fisonomía peculiar: del Eje Volcánico al Sur, numerosísima población india, mal alimentada por el deficiente cultivo de sus agotadas tierras colectivas, y cuya miseria se aliviaba un poco con el bracerismo en tierras próximas al Bajío y a la Región Minera de las Mesetas. Los artículos indispensables de importación, los traían de España, con regularidad, las flotas en que se exportaba la plata, y la vida seguía, lujosa para los mineros y los ricos agricultores, cómoda para españoles y criollos comerciantes, y pobre, con pobreza tolerable por costumbre y carencia de ejemplo de algo mejor, para los indios.

Pero el año de 1700 ocurrió algo nefasto, que rompió el equilibrio: La Dinastía Austríaca de los Hapsburgos, tarada por la locura en su Rama Española, pero en cuyo nombre y según principios proclamados por sus grandes fundadores, gobernaba aceptablemente una bien diseñada maquinaria gubernamental, fue sustituida por la Dinastía Francesa de los Borbones.

Los Borbones no amaban a España, ignoraban su Historia, y tenían puesto su corazón y sus ambiciones en Francia. Metieron a España en las guerritas dinásticas (en las *guerres en dentelles!*) del Siglo XVIII, y todo el Gobierno se desquició. Perdieron su regularidad los envíos de *las Armadas* (las flotas comerciales que venían una vez al año). Los piratas y las escuadras inglesas las destruían; se arruinó el Comercio entre las Indias y España, y nació el descontento en las Indias.

Mientras las comunicaciones fueron buenas, España gobernó sus posesiones con beneplácito de éstas. Esto queda demostrado con el hecho de que *no había en Nueva España fuerzas armadas, ni de policía*. Contra este hecho, es inútil argumentar. Y entonces empezó el descontento que culminó con la Independencia de América. Así se explica la simultaneidad de las rebeliones en América Ibero.

Pero en aquel entonces, la Historia se consideraba como un estudio divertido y de lucimiento. Nadie se había dado cuenta de que la Historia es la memoria de los pueblos, la que vertebra y da sello a su personalidad, como es la memoria la que caracteriza la personalidad de los hombres. Y el malestar económico existente se achacó al *mal gobierno*. Nótese que el grito de los Insurgentes no se refería a España: *¡Muera el MAL GOBIERNO!* decía.

Y la Independencia se hizo, y como tuvo como consecuencia el desquiciamiento del Comercio de Minerales (5), y la cosa se puso peor. Coincidió aquello con el triunfo de la Revolución Francesa y con los éxitos militares de Napoleón. Francia, por más de un siglo, se convirtió en *la Grande Nation*, cuyos ideales, cuyos principios, cuyos métodos, copiaba el mundo entero. Y como, según los Revolucionarios Franceses, la Religión era *Irracional*, (habían deificado a la Diosa Razón, y en un desfile de carros alegóricos la representó una coscolina, pizpireta y muy bonita, que pisaba un Crucifijo), como *la Religión era Irracional*, en México Independiente los intelectuales eran *librepensadores*, así que por esta irracionalidad, el malestar de complejos orígenes de la miseria, se achacó al Clero. Esto era erróneo, pero marcaba el inicio de una evolución en el pensamiento mexicano, que empezaba ya a buscar causas concretas.

Porque durante el período agudo de los largos años de miseria en México, antes de la llegada de los mineros galeses (ingleses), que reiniciaron la explotación minera en forma, no brillante, pero sí costeable, antes de la aparición de los Bancos, el Clero fue el único grupo social que disponía de dinero, pues el pago de los diezmos ponía a su disposición, anualmente, considerables cantidades. Y para no atesorarlas improductivas, en las regiones mestiza y criolla el Clero las prestaba en hipoteca, a rédito muy bajo, a los vanidosos y ostentosos criollos, que jamás las rescataban. Y aunque nunca exigía el pago, resultaba que el 50%

---

(5).—Como consecuencia de ella, los productos de la Minería disminuyeron al cinco por ciento de lo que habían sido.

de las Haciendas estaban gravadas con hipotecas vencidas. Legalmente, el Clero tenía derechos de propiedad sobre enormes extensiones de terreno.

Sin tener en cuenta que las hipotecas no ejecutadas conferían un derecho, pero que no consumaban un hecho, aquello era suficiente y bastante para hacer cargos al Clero. Y como la situación económica no mejoraba, y los Gobiernos, liberales o conservadores, vivían en perpetua crisis, sin lograr pago de impuestos, y por lo mismo, sin cubrir las nóminas de los servidores públicos, al Clero se achacó la desastrosa situación. La Guerra de 1847 no unió a los mexicanos.

Esta situación se había complicado. Los economistas sajones habían lanzado las teorías liberal económica, liberal individualista, y liberal utilitarista. ¡Tres teorías que muestran el triunfo creciente del egoísmo!

La Guerra de Reforma, fruto de ese descontento y de esas ideas, achacó todos los males de México a las propiedades colectivas, a la Religión, y al Clero. Y la Constitución de 1857, y las Leyes que de ella emanaron, expropiaron sus bienes al Clero, lo privaron del derecho de poseer, y pusieron estos bienes, los inmuebles, que fueron declarados *de manos muertas*, en manos supuestas *vivas* por definición. En cuanto a los bienes comunales, se ordenó su inmediato reparto entre los condueños.

Pero el malestar de México seguía manifestándose de mil maneras. La más dañina de todas, fue la epidemia de heroísmo que cundió entre nuestros abnegados estrategas, cada uno de los cuales creía estar destinado a salvar a México, aceptando el sacrificio de ser Presidente. Si podía, legalmente. Si no... , pues... ¡pronunciándose! Y desde Iturbide en adelante, abundaron los *pronunciamientos*. Hubo caudillos que se *pronunciaban*, se *despronunciaban* y se *repronunciaban*.

Pero la cosa iba peor cada día, como era natural. Muy pocos de los bienes comunales se habían repartido, pero en toda la región india cundió el desconcierto. Los pronunciamientos aumentaron, y cundió también lo que antes existía, sí, pero no en forma excesiva y habitual: el bandidaje.

En esas condiciones apareció un caudillo con algo de cultura, enorme energía, talento un poco sobre lo normal, y una ambición desmedida: Porfirio Díaz.

Cuando decidió lanzarse a la lucha por el poder supremo, quiso prepararse inteligentemente. No, por cierto, buscando las causas del descon-

tento para eliminarlas, sino estudiando los medios de represión que emplearon los dictadores que habían triunfado en Europa, como Federico II de Prusia y el resto de los Hohenzollern, Carlos III de España, María Teresa de Hungría, etc. No buscó si aquellos gobernantes habían dictado leyes para beneficiar a sus pueblos. Sólo se propuso encontrar el mecanismo que le aseguró estabilidad en sus afortunados años de Gobierno. Y encontró en todos ellos una cosa común: sin excepción, todos se habían apoyado en una casta de grandes terratenientes.

No le interesó lo que aquello rebelaba: el equilibrio económico de la nación. Le interesó sólo el hecho. Era cierto que esa casta en México no existía, pues en el Bajío las propiedades no eran grandes, sino ricas; en las Mesetas sí eran enormes (6), pero escasísimas, y del Eje Volcánico al Sur, no había, prácticamente, ninguna. Así que Porfirio decidió crear, en esta región, la zona de latifundistas que, por debérselo todo a él, sólo a él apoyaran

Así que apenas logró la Presidencia (cuya prolongación fue el interregno de Manuel González), empezó a promulgar sus *Leyes de Tierras*, que eran sus máquinas de despojo. La de 1894, con sus Reglamentos, es ejemplar, y demuestra hasta dónde se llegó. Recomendando no sólo su lectura, sino su estudio. Todas estas *Leyes de Tierras* tenían como finalidad expropiar a los indios, eliminarlos, y sustituirlos con extranjeros (principalmente), o con criollos, buscando la formación de grandes latifundios.

La medida alcanzó éxito parcial y sólo temporal. Se cubrieron grandes extensiones con haciendas cuyos *cascos* (casa del Amo, caballeriza, corrales, graneros, almacenes y dependencias) tenían plantas y diseños de castillos españoles de la Reconquista, revelando la identidad de estímulos de inseguridad y de temor, que habían determinado su construcción.

Así logró Porfirio formar una casta de latifundistas que a él lo debían todo, y considerando lógico su apoyo, creyó encontrarse en las mismas condiciones que los Grandes Déspotas europeos, desdeñando el hecho de que los nuevos latifundistas no se hallaban vinculados al suelo, en tanto que los europeos sí lo habían estado. Con lo hecho bastaba, sin embargo, para crear una aparente y temporal situación bonancible en el

---

(6).—En San Luis Potosí hubo una que llamó la atención, por su tamaño, del Gral. Niox. (Véase "L'Intervention au Mexique").

país, que subsistiría sólo mientras la creciente miseria de los despojados, no llegara al punto crítico.

Mucho he hablado de las cinco regiones de México, con historias, economías y evoluciones separadas, a la vez que extrañamente convergentes. Las presentaré ahora, principiando por la del Eje Volcánico al Sur, que es la Región India, densamente poblada por indios desde tiempo inmemorial, conquistada, en lo general, por Hernán Cortés y sus capitanes, en su porción central se encuentra el territorio predestinado a albergar la capital, la pequeña superficie a que convergen los tres valles maestros de México, los tres valles que permiten acceso: al Sur (por el Río Balsas); al Este (por el Río Pánuco), y al Oeste (por el Río Lerma). El acceso al Norte, puede encontrarse, sin obstáculo serio, por las Mesas Centrales, La Rampa Costeña Oriental fue conquistada por Gonzalo de Sandoval. La Rampa Costeña Occidental, lo fue por Nuño de Guzmán. La zona intermedia, desde el Centro, desde la Capital de la Nación al Oeste, entre la Rampa Costeña Occidental y la Mesa Central por el Norte, y el Eje Volcánico por el Sur, lo llena uno de los Valles Maestros: el del Río Lerma, desde su salida del Valle de Toluca, virtualmente hasta el Lago de Chapala, pero en realidad continúa por Jalisco, angostándose cada vez más, por el Cañón de San Jacinto hasta el Salto de Juanacatlán, en donde prácticamente se inician las profundas Barrancas de Jalisco, y continúan, de nuevo ampliadas a Valle, por el Estado de Nayarit. Esta zona, que careció de importancia en la Era Precortesiana y que fue ocupada por los españoles sin esfuerzo especial en la Conquista, pues su total ocupación fue resultado de las Conquistas locales de los diversos territorios que cruza el Río Lerma, resultó elevada a Región importantísima durante el Virreynato cuando, con la ocupación española, nuevas cosas: los minerales, la plata, empezaron a influir en la Historia del Hombre en México, pues, primero, la región del Bajío fue convertida en la zona cultivable cuya producción permitió el trabajo de las minas de Guanajuato, más tarde, sirvió como trampolín para la de Zacatecas; después, para la de Bolaños. Y a la vez evolucionó a Territorio Caminero recorrido por quienes, saliendo de la Capital, tenían que viajar al Oeste, al Noroeste, al Norte, o que sorprendentemente, debían llegar al Noreste y que preferían caminar un poco más por regiones menos escabrosas, que las que cruzaban otros derroteros más cortos. Esta región

adquirió importancia definitiva en México durante la lucha por la Independencia. En ella nacieron y en ella pelearon los principales primeros caudillos de la Independencia, aunque en la lucha también influyeron importantísimamente algunos de la Región India, como Morelos, Bravo y Guerrero, o del Norte, como Matamoros. Durante el Virreynato, la transportación de plata a España requirió la creación de grandes flotas anuales fuertemente protegidas, que fueron la base económica de España y de Nueva España, y que hacían rítmicas travesías anuales transoceánicas en vaivén. Después de la Independencia la economía nuestra quedó por completo desquiciada, pues nada sustituyó a las minas, y como la Agricultura era un desastre, surgió la crisis ahora temporalmente resuelta con el petróleo, pero el petróleo no es renovable. Mientras duren sus beneficios debemos buscar cómo sustituirlo cuando se agote.

El Bajío fue la región decisiva de México hasta las Guerras de Reforma, inclusive, pues si durante ésta fue Jalisco el territorio decisivo, lo fue por la incapacidad de los jefes conservadores para resolver el problema de cómo pasar del Bajío, convertido en Laguna (Chapala), en estrecho Cañón (San Jacinto), y al fin en Barranca Abismal (desde Juanacatlán, todo el Valle del Río Lerma), a la fuerte posición militar que es el interior de Jalisco. Es notable, y prueba el genio de Obregón, que él sí lo haya resuelto.

La Rampa Costeña Occidental nació a la Historia con Nuño de Guzmán. En la Guerra de Independencia, figuró en la Historia con la actividad de Hermosillo. Y en las de Reforma tuvo gran importancia con Ramón Corona. Cuando la Revolución, alcanzó importancia decisiva con Alvaro Obregón.

La Región de las Altas Mesetas Centrales, que en la Época Precortesiana fue simple zona, sólo esporádicamente recorrida por mínimas bandas depredadoras de pieles rojas norteños, o de locales nómadas rapaces, en la Época Colonial empezó a adquirir importancia por ser asiento de todos los minerales importantes (Guanajuato, Zacatecas, Bolaños, la lejana Santa Bárbara en Chihuahua, y algunos más), la confirmó cuando, recorriéndola de Sur a Norte, huyó Hidalgo casi sin gente, después de su derrota en Puente de Calderón. Para cosa más grande no podía ser aprovechada con los recursos de la Época. Los yankis intentaron, en



1847 invadir el país por las Mesetas, pero derrotados por el desierto, se retiraron y prefirieron atacarnos por el Este (Veracruz-México).

Ya en la Reforma, Juárez, que se retiró por ellas hasta la Frontera, pudo proveerse de todo en la frontera con Estados Unidos, que convirtió en su base, y de allá descendió Mariano Escobedo a concluir la lucha contra el Imperio.

Cuando la Revolución, por ellas bajó el irresistible Francisco Villa en avance victorioso, que hábilmente aprovecharon el genial Obregón y los otros caudillos de la Rampa Occidental. La Rampa Oriental tuvo entonces alguna importancia con Pablo González.

El Bajío, durante la Revolución, fue el teatro donde se representó el último acto de la trágica lucha iniciada al escindirse la Revolución.

La Región India luchó de manera informe contra los españoles, porque los indios, a pesar de su extraordinaria capacidad intelectual, estorbados por su peculiar interpretación del dualismo mundial, lo repito, nunca aceptaron ideas que les permitieran concebir un esfuerzo colectivo de mayor envergadura de la que podía ejecutar una tribu. El esfuerzo de una nacionalidad, para decirlo de una vez. Y como consecuencia de su tremenda orografía, carecían también de sentido político. Pero ya en la Independencia, en mucho contribuyeron al triunfo Surianos de enorme capacidad, como Morelos, o cabales y de una pieza, como Alvarez; o rígidos y fieles a su ideal, como Guerrero.

Durante las Guerras de Reforma y del Imperio, el Sur produjo al hombre inmutable, al primer Presidente que comprendió que su cargo no era una canongía, sino una misión que exigía de él total olvido de sus conveniencias, de sus deseos, y la ejecución de todos los sacrificios, incluyendo el de la vida y, (quizá lo más difícil), hasta la larga y prolongada aceptación de trabajos, molestias y peligros: Benito Juárez, con la pléyade de sus segundos, surianos como él. Y lo fue entre los militares que algo destacaron, Porfirio Díaz.

Desaparecido Juárez, el Sur siguió en el primer lugar, con Porfirio, quien creyó que su deber era sólo mantener la paz, imponiéndola duramente, no haciéndola lógica y funcional, y por largos años la proporcionó a México. No, lo repito, como resultado de la satisfacción material de

las necesidades más imperiosas del hombre, de la convicción que todos tuvieran de que serían respetados los intangibles que rigen, tanto su vida física, como su vida moral. Porfirio olvidó cuanto es preciso para que el hombre sienta su vida segura y tranquila, y creyó que lograría su meta con sólo aplastar implacablemente todo brote de descontento, sin comprender que la satisfacción plena de cada hombre, lo indispensable, resulta tanto de garantizar el respeto a su vida espiritual como a su vida física, sólo así se siente feliz. La integración de millones de estas pequeñas felicidades, es lo que produce la paz social, sólida, general, como la que ahora disfruta México gracias a su Revolución.

(Continuará)

[Trabajo dado graciosamente por su autor para su publicación].

# El Sargento Pío Marcha

Por Don Francisco R. Almada.

El corifeo de la proclamación del primer Emperador de México vio la luz primera en la capital del Virreinato de Nueva España el año de 1795 y fueron sus padres don Francisco Marcha y su esposa doña Rosa Almonte. Por la similitud de los apellidos maternos no sería remoto que el primer Lugarteniente del Segundo Imperio hubiera sido su pariente.

A la edad de diez y seis años, el 28 de septiembre de 1811, Pío Marcha causó alta en clase de soldado en el Batallón de "Milicias de México", para combatir a los elementos que habían empuñado las armas en pro de la independencia nacional, y militó en las filas realistas durante casi todo el período de aquella larga lucha. En su expediente personal, que se conserva en la *Sección de Cancelados* del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, consta que ascendió sucesivamente a cabo y a sargento segundo, sin consignar las fechas. El 13 de marzo de 1813 pasó a prestar sus servicios en el batallón "Expedicionario de Murcia", el 1º de junio de 1815 causó alta en el batallón "Urbano de Artillería de Texcoco" y el 1º de enero de 1820 fue trasladado al batallón de "Infantería de Celaya".

En el curso del mes de abril del año siguiente se incorporó al Ejército Trigarante organizado por el coronel Agustín de Iturbide, como consecuencia de la expedición y juramento del Plan de Iguala, que proclamaba la Independencia de Nueva España con la denominación de Imperio Mexicano, bajo la corona de Fernando VII o de otro príncipe de la casa

reinante en España. Pío Marcha tomó parte en los combates librados en contra de las tropas virreinales en Río Frío y Texmelucan, en la defensa de la plaza de Texcoco, en la acción de guerra de Tepeslacoque, en la pacificación de la región de Apam, en el sitio y toma del pueblo de San Juan del Río en junio siguiente y en la ocupación del santuario del Pueblito de Querétaro, en donde ganó las insignias de sargento primero.

El movimiento iniciado en el pueblo de Iguala se había extendido poco a poco por la mayoría del territorio nacional, cuando desembarcó en el puerto de Veracruz el último Virrey de Nueva España, Teniente General Juan O'Donojú. Iturbide se dirigió a su encuentro, se entrevistaron en la villa de Córdoba y el 24 de agosto ajustaron el Tratado de este nombre. El primero reconoció la independencia de nuestra patria bajo las bases de un imperio constitucional de acuerdo con los principios proclamados por el segundo, en febrero anterior, teniendo como titular al Rey de España y, en su defecto, a un príncipe de la familia de Borbón o a la persona que designaran las Cortes Mexicanas.

Al sargento Pío Marcha le tocó formar parte de la escolta autorizada por Iturbide para que acompañara, de la ciudad de México al puerto de Veracruz, al ex-Virrey don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, quien regresaba a España como consecuencia de su deposición inmediata anterior y del nombramiento de nuevo titular del Virreinato. Por esta causa no le tocó participar en el desfile triunfal del Ejército de las Tres Garantías el 27 de septiembre de 1821 por las calles de la Capital, con cuyo acontecimiento quedó consumada nuestra independencia. Poco tiempo después el "Batallón de Celaya", a que pertenecía Pío Marcha, quedó refundido en el Regimiento Número Uno, cuyo mando superior se reservó el mismo Iturbide.

Sucedieron a la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México el nombramiento e instalación de la Junta Provisional Gubernativa, la redacción y firma del *Acta de Independencia del Imperio Mexicano*, la designación de una Regencia integrada por cinco miembros, bajo la presidencia de Iturbide como Generalísimo-Almirante, para que gobernara al país mientras faltara el Emperador, la convocatoria de elecciones generales de representantes y la instalación del primer Congreso Nacional en febrero de 1822.

México se agitaba dentro de un ambiente de escasa cultura, de in-experiencia en materia de libertades públicas y de pasiones políticas en-

cendidas, que habían tenido su origen y desarrollo en la misma Guerra de Independencia. Después de la ocupación de la capital por las fuerzas trigarantes y de la constitución del gobierno provisional comenzaron a moverse, en forma activa, los borbonistas que pretendían el cumplimiento exacto de los postulados del *Plan de Iguala* y de los artículos del *Tratado de Córdoba* con un príncipe de la familia de Borbón a la cabeza del Gobierno, los iturbidistas que luchaban por elevar a su caudillo al solio imperial y los republicanos que pretendían establecer este sistema político, sirviéndoles de ejemplo el de los Estados Unidos de América. En este estado de cosas, a principios de mayo de 1822, llegó a la ciudad de México la noticia de que las Cortes de España habían desaprobado el *Tratado de Córdoba*, y sirvió de estímulo para intensificar las actividades de los grupos políticos.

Los militares de alta graduación, en su mayoría, se inclinaban a favor de la proclamación de Iturbide como Emperador; pero ni los jefes superiores ni los oficiales subalternos salieron al frente del movimiento que se preparaba y encomendaron su ejecución a los sargentos de los cuerpos de la guarnición, pues no es creíble que éstos hubieran obrado por iniciativa propia en un asunto de tanta magnitud. Ocupó el primer lugar entre dichos sargentos el expresado Pío Marcha, perteneciente al Regimiento Número Uno, que se encontraba alojado en el cuartel de San Hipólito.

Esta circunstancia casual le dio la oportunidad de convertirse en el hombre de un día: el 18 del mismo mayo de 1822. Con la antelación debida, Pío Marcha puso de acuerdo a los sargentos de otras corporaciones del Ejército, movió a sujetos de la clase popular y a un grupo más o menos numerosos de léperos para reunirse, ya entrada la noche, en la plaza del Salto de Agua a fin de encabezar una manifestación que recorriera las calles de la ciudad y proclamara a don Agustín de Iturbide como Emperador de México.

Pío Marcha se presentó en el lugar de reunión al frente de un grupo numeroso de soldados pertenecientes al antiguo "Batallón de Celaya", se le agregaron individuos de otros cuerpos arrastrados por sus respectivos sargentos y los demás individuos previamente convocados para el mismo objeto; todos de improviso comenzaron a lanzar gritos descompasados y vivas en el sentido indicado e iniciaron el desfile por las calles en dirección al antiguo Palacio de los Virreyes. Se lanzaron al aire millares de cohetes previamente adquiridos, individuos de la clase del pueblo treparon a las torres de las iglesias y echaron las campanas a vuelo, se dispararon nume-

rosos tiros de fusil, muchos vecinos iluminaron las fachadas de sus casas, de grado o por fuerza, y cuando aquella manifestación tumultuosa llegó a la plaza mayor, insistió en la proclamación del caudillo de Iguala como Emperador, logró que se situaran allí unos cañones y se dispararan salvas. Numerosos enemigos de Iturbide, inclusive algunos Diputados, se ocultaron cautelosamente para evitar cualquier riesgo propio de aquellos momentos.

En el expediente personal de Pío Marcha no solamente consta que organizó y encabezó aquella manifestación iturbidista, sino que aquella noche dirigió y mandó todas las corporaciones de la guarnición de México.

El Presidente de la Regencia se encontraba en el teatro "Principal" presenciando la función programada cuando le fue comunicada la noticia de su proclamación como Emperador de México por aquella turbamulta y, por incitación de sus adictos, se suspendió la función y la gente que ocupaba las localidades se hizo solidaria de aquel acto irregular, repitiendo la proclamación.

Los actos ocurridos en la noche del 18 de mayo fueron apoyados en la mañana del día siguiente por los jefes superiores del Ejército que se encontraban en la capital y sancionados por el Congreso Nacional, mediante el Decreto respectivo. A continuación Iturbide fue coronado en el templo de La Profesa y jurado en todos los pueblos de la Nación como primer Emperador Constitucional de México.

Con fecha 12 de junio Agustín I expidió a Pío Marcha patente de capitán y dispuso que siguiera prestando sus servicios en el mismo "Regimiento de Caballería Número Uno". En seguida, desempeñó el empleo de guarda-almacén de la "División de Vanguardia del Ejército" y estuvo comisionado en la plaza de Irapuato, con instrucciones de recoger a los dispersos y desertores del Ejército que se localizaran en la región. Formó con ellos una sección, personalmente se encargó de impartirles la instrucción correspondiente y en seguida los incorporó al expresado Regimiento. Se significó por su adhesión personal al primer Emperador y éste lo distinguió con su confianza.

Poco antes de la caída definitiva del primer Imperio, el titular de éste le concedió el beneficio de retiro a dispersos con efectos a partir del 1o. de abril de 1823 y le expidió el despacho respectivo. Antes de comenzar a disfrutar de esta nueva situación, le tocó formar parte de las tropas que, bajo el mando del general Nicolás Bravo, escoltaron a Iturbide de México

a Veracruz, en donde se embarcó para el extranjero. Una orden procedente de México obligó a Pío Marcha a regresar de Tulancingo.

En la hoja de servicios militares que se le formó, que existe agregada a su expediente personal mencionado antes, consta la siguiente anotación: *"...Proclamó el Imperio del excelentísimo señor Iturbide a la cabeza de todos los cuerpos de la guarnición, cuyas fuerzas mandó en esos momentos y por lo que fue víctima después de innumerables persecuciones, prisiones y destierros, habiéndole confiscado la cantidad de diez y seis mil pesos, so pretexto de que ella debería servir para fomentar la revolución en favor del señor Iturbide..."*

Además de su filiación iturbidista, hay que tomar en cuenta que en junio de 1823 fue señalado, en unión de otros oficiales del Ejército, como participante de una conspiración en contra del nuevo régimen republicano, por cuya causa se vio envuelto en dificultades y se le retiró el beneficio del retiro, que no había sido ratificado por el Supremo Poder Ejecutivo.

Pío Marcha permaneció en las condiciones anteriores, esto es, alejado del Ejército Nacional y sin recibir su pensión hasta el 19 de junio de 1829 en que el Presidente de la República, general Vicente Guerrero, giró acuerdo favorable para que reingresara al servicio activo con el grado de Teniente, el 19 de octubre siguiente se le reconoció el de capitán retirado, volvió a ser encuadrado en las filas del Ejército el 21 de abril de 1831, con el empleo de Teniente y se le confirmó otra vez la situación de retiro el 11 de abril de 1833 con medio sueldo correspondiente a este grado, previo acuerdo del Vicepresidente de la República, Doctor Valentín Gómez Farías.

El Presidente, General Anastasio Bustamante, por acuerdo de 4 de abril de 1840 le revalidó el despacho de Capitán que le había expedido Iturbide diez y siete años antes, permaneció una temporada en la "Corporación de Suelos", fue empleado en varias comisiones del servicio castrense y volvió a la situación de retiro pocos meses más tarde. En 1846, ofreció sus servicios a la Secretaría de Guerra y Marina, al iniciarse los acontecimientos de la invasión americana.

Todos los gobiernos nacionales que se sucedieron en el país a mediados del siglo pasado trataron a Pío Marcha con benignidad y consideración y lo sostuvieron en su situación de capitán retirado. Con fecha 10 de junio de 1864 dirigió un escrito a la Secretaría de Guerra y Marina del régimen impuesto por la Intervención Francesa, en el que pedía la revalidación de su patente de capitán y del acuerdo relativo a su retiro. Tanto

uno como el otro fueron declarados válidos por la Comisión Revisora de Credenciales dependiente de dicha Secretaría, con fecha 3 de mayo de 1865. Quiere decir que, por este medio indirecto, se contó entre los mexicanos que reconocieron al Archiduque Maximiliano como Emperador de México.

Después de la caída del Segundo Imperio y de la restauración de la República, Pío Marcha se dirigió con fecha 19 de septiembre de 1867 a la Secretaría de Guerra y Marina, en solicitud de revalidación de su patente de capitán retirado. Cuatro días después resolvió el titular de la expresada dependencia oficial, General Ignacio Mejía, de conformidad con la petición presentada, agregando el acuerdo que se había resuelto así como una gracia especial para el interesado y sin ningún derecho a cobrar los alcances vencidos que había dejado de percibir durante el régimen intervencionista, en virtud de que los había perdido de conformidad con las disposiciones que el Gobierno Nacional había dictado sobre el particular.

En las condiciones anteriormente expresadas permaneció el proclamador del Primer Imperio Mexicano, hasta su fallecimiento ocurrido en la ciudad de México el día 4 de junio de 1877, pues los gobiernos del Lic. Sebastián Lerdo de Tejada y del General Porfirio Díaz le respetaron su pensión de retiro.

La adhesión de Pío Marcha a la memoria de don Agustín de Iturbide se prolongó hasta el fin de sus días. Cada año, al aproximarse el 19 de julio, aniversario del fusilamiento del caudillo de Iguala en el pueblo de Padilla, personalmente se ocupaba de reunir fondos entre sus amigos personales y adictos a la personalidad política del primer Emperador, a fin de costear una misa de aniversario y otros sufragios por el eterno descanso de su alma.

Pío Marcha fue casado tres veces: la primera con María Salamanca, la segunda con Micaela Morales y la tercera en el año de 1849 con Guadalupe Marcha. Con fecha 4 de marzo de 1878, la Secretaría de Guerra y Marina, a cargo del general Pedro Ogazón, concedió una pensión a esta última, correspondiente al cincuenta por ciento del beneficio que había disfrutado su marido. En febrero de 1898 la señora Marcha conservaba la misma situación de pensionada y se dirigió a la mencionada Secretaría solicitando un aumento de la cantidad que estaba recibiendo, en virtud de que era demasiado reducida y que no le bastaba para sus necesidades más apremiantes.



# El Real de Catorce

Por Don *Octaviano Cabrera Ipiña*.

## VENTURA RUIZ, EL NEGRITO

Las notas discordantes de un cascado violín eran el único sonido que turbaba la oscura quietud de aquella torcida callejuela del Real de Santa María de las Charcas.

Una luz mortecina se desparramaba formando un charco amarillento por el suelo, a la entrada de un cuartucho de adobe, adornado con banderitas de papel calado, que se movían con la brisa tibia de la estepa potosina.

Adentro, de pie, detrás de un mostrador hecho con tablas viejas, estaba un hombrecillo moreno, rechoncho, de cabellos crespos y negros, que servía en jarros llenos de pulque un poco de mezcal y los pasaba a los parroquianos.

Del techo colgaban caladas guirnaldas de papel de diversos colores, entrelazadas sus desteñidas guías llenas de moscas que dormían impávidas.

Varios hombres, sentados en un tablón de mezquite que servía de banca, se recargaban en desganadas posturas contra la pared de adobe del pequeño cuarto, bebiendo.

Sus rostros mostraban los efectos de la embriaguez: inmóviles, con la mirada fija y las bocas mal dibujadas, entreabiertas, balbuciendo de tarde en tarde frases incoherentes de un vocabulario harto corriente, tenían ahí horas.

En un rincón estaba un curioso tipo: era renegrado de color, de cabellera revuelta y áspera que le caía sobre los ojos; labios gruesos, pero

nariz pequeña y delgada. Vestía un calzón de manta cubierto en parte por un mugroso patio y sostenido por una faja roja; una garra de gabán de lana burda mal ocultaba la camisa moteada por infinidad de parches de todos colores; en el cuello llevaba un paliacate desteñido; iba descalzo y sin sombrero. Tocaba el violín, un mal hecho instrumento de Michoacán, el cual manipulaba con indolencia. De vez en cuando cantaba alguna estrofa populachera.....

“El sauz y la palma,  
Se mecen en calma,  
Sus hojas se tiñen  
De nácar y azul....”

Al romper el alba  
La niebla ligera,  
Fiel compañera  
Qué hermosa eres tú....”

—Epa' Ventura, ¿quedamos en eso? ¡quíubole!

—Ya le dije, vale, que sí cuenta conmigo; pa' luego qui estén listos los novios, a'll 'stoy pa' darle al gusto....

—Pos tempranito, pa' misa de seis, ¿no ves que hay mucho terreno hasta Vigas?....

—¿No nos envitas también a nosotros? dijeron los demás.

—Ya saben que hay para todos, hasta donde dé la olla, menos Tiburcio, ¡a ese no lo llevo!

—‘Ora valedor, pos ni que fuera pa' tanto.....

—Güeno.....

Y así siguieron hasta la madrugada, ya cuando el brebaje le entorpeció los dedos al negrito músico.

Era éste, nativo de esos rumbos y descendiente de una de las tribus de negritos, dueños anteriores de aquella región. Vivía como un mendigo, sacando tlacos y copas con su música y cantos; estaba casado con una india chichimeca, mujer morena de lengua trenza negra, ojos oblicuos y caderas anchas, que le hechaba las tortillas, cosía la ropa y hacía otros menesteres con la abnegación de una paciente esposa.

El jacal donde habitaban estaba en un barreal a orillas del pueblo, rodeado de un cerco de nopales y magueyes, en el centro del cual crecía trabajosamente un torcido huizache, que se cubría de motas amarillas todas las primaveras.

Eran pobres, no poseían nada, pues ni hijos siquiera tenían. El negrito cuando joven, había sentado plaza en las milicias en la ciudad de San Luis Potosí, en el regimiento de San Carlos, como caballerango, pero no sirvió para eso, pues su natural alegre y disipado, no iba con la disciplina del regimiento y al fin lo licenciaron por inútil.

Volvió a su pueblo pero ya no encontró a sus padres que habían sido víctimas de una epidemia de matlazáhuatl que había despoblado al Real. Entonces, un día, había encontrado a Natividad en el mercado y se casó con ella.

El vagaba de mitote en mitote con su violín, siendo muy estimado entre el populacho por tener un basto repertorio de sones y corridos con los que los divertía. Además se conformaba con lo que le daban, y cuando no tenían ni un tlaco con qué pagarle, buena era la copa o la comida.

Las penas las pasaba la mujer, pero ella sabía dónde encontrar qué comer y nunca faltaba una gorda en su comal, o un guiso de verdolagas o nopalitos con chile, el que hacía tan picante que ponía a sudar a un enterlerido.

Vivían como la mayor parte de los nativos de México en aquellos siglos, siguiendo las costumbres de sus arcaicos antepasados y viendo pasivamente las actividades de los europeos, sin participar en ellas más que como siervos. Tampoco veían éstos con desagrado la invasión de sus terrenos, puesto que tenían con ello más oportunidad que otrora de vivir pacíficamente, y cuando se cansaban del blanco, se remontaban en alguna abrupta serranía a donde éstos no llegaban, haciendo ahí sus ranchos, libres de las disposiciones molestas de la ocultación.

En tiempos que se pierden en la bruma de la prehistoria, las montaraces y pequeñas tribus de "los negritos" vagaban sigilosamente rastreando las imponentes sierras de la región y la estepa circunvecina en busca de sustento, siempre temerosos, al acecho de sus eternos enemigos los cuachichiles y borrados que les hacían la guerra. Eran gente completamente salvaje que vivían en un horizonte cultural de lo más primitivo. Casi nada sabemos de sus orígenes, pues las desperdigadas noticias que nos han llegado de ellos son imprecisas y vagas, pero allí estuvieron, apartados de todos y distintos a las otras tribus que los rodeaban. De dónde vinieron y por qué se parecían a los aborígenes de Australia, es un misterio aún sin solución. Vivían en la parte más árida del norte potosino, buscando siempre las abruptas sierras de la estepa para bien ocultarse; eran cazadores-recolectores de lo que aquellos montes les proporcionaban, siendo su principal objetivo los numerosos venados que po-

blaban aquellas solitarias montañas; usaban del arco y las flechas en cuyo uso eran diestros; no llevaban ropa cual ninguna y se guarecían en enrramadas y covachas tan abundantes en aquella zona de calizas y sótanos, donde enterraban a sus muertos; no tenían éstos más organización que la usual en los pequeños grupos nómadas. Su estatura era baja y tenían la color muy oscura; de ahí el nombre de negritos. De carácter taciturno y de pocas palabras, eran además huidizos, pero se portaban mansamente cuando los trataban con amabilidad y los dejaban en paz, pero se volvían en extremo uraños y hasta agresivos como lo demostraban en Mazatepec, cuando ya acasillados, por cualquier dificultad con los protectores del gobierno virreinal o sus vecinos, abandonaban sus sembradas y sus chozas para irse de nuevo a las asperezas de la sierra.

No eran agresivos y se dejaban manejar fácilmente, si se comparan con los cuachichiles y borrados que eran indómitos y altaneros.

Los acasillaron en el Venado o Mazatepec las fuerzas del capitán Caldera y Ortiz Fuenmayor, donde tenían su barrio aparte, su iglesia y sus tierras. En 1591 llevaron también tlaxcaltecas, poco tiempo después de fundado, los que nunca se quisieron revolver con los negritos por considerarlos y tratarlos de mecos. El barrio más poblado era el de los cuachichiles, bajo sus caciques Escaname, Tomanqui y Chanala, pero como la tierra que les dieron no era suficiente se fueron parte de ellos a poblar Agua Hedionda, hoy Moctezuma, con beneplácito de los negritos.

En 1616 después de la pendencia que tuvieron los negritos con los cuachichiles, en la que se mataron 2 e hirieron más de doce a flechazos, se fueron los negritos de nuevo a la sierra con sus mujeres y sus hijos, costando mucho trabajo disuadirlos a que volvieran a vivir en el pueblo.

Todavía en 1736, el protector de indios y negritos, capitán general Dn. Miguel de Ipiña, tuvo que mediar entre ellos para apaciguarlos.

Todavía hoy en nuestros días, se pueden encontrar gentes en esa región con los rasgos característicos de los negritos, aunque como grupo étnico ya ha mucho que desaparecieron.

Salieron los novios del Convento de los Padres Franciscanos ya bien casados, en *Facie Ecclesiae*, y montando en sus jamelgos emprendieron la larga caminata hacia el rancho de Vigas, guarida entonces de cuatrerros, seguidos por sus acompañantes, entre los cuales iba el negrito Ventura Ruiz con su violín, cabalgando sobre una yegua baya que le prestó un amigó adobero.

En el largo y polvoriento camino se detuvieron algunas veces, y él pulsando su instrumento, les cantaba algunas estrofas de su repertorio.

Llegaron a Vigas ya anocheciendo, pero ya los esperaban: el mole estaba en su punto y las tortillas calientes; barrido estaba el solar y entre ramajes y bancos, se arremujaba la concurrencia ya muy puesta para pasar la velada.

Después de un buen jarro de pulque y de limpiarse la cara con su "pañó", le salió de nuevo la color al negrito, que con la tierra del camino se había vuelto blanco, empezando de inmediato a rasguitarle al violín.

Fue una fiesta típica de rancho, se cantó como muchos no lo habían hecho en semanas y más aún se bebió.

Amaneció el fandango esa madrugada y otra, durando el jolgorio varios días, hasta que se terminó el pulque y el mezcal y las mujeres se cansaron de atender tanta gente.

Cuando buscó Ventura su yegua para volverse a Charcas y tirarse un día entero a dormir la mona, ésta había desaparecido.

—¡Ah! ¡¡jijos, ya me la robaron!!....

—Yo la vide subir por la cuesta, díjole un mugroso chiquillo, que con la panza al aire, estaba parado en un muladar comiendo un pedazo de quiote.

—¿Por 'onde?

—Pos a'll por la vereda que va pa'l cerro del Borrego.

—¡Chirrión! ya me amolé.....

Y aunque no tenía ninguna gana de hacerlo, pues se consideraba muy maltrecho, después de lanzar dos o tres suspiros, la emprendió cuesta arriba, aunque únicamente lo sostenía la esperanza de encontrar su animal en las cercanías. Se amarró su paliacate en la cabeza, pues el sombrero se lo habían quemado en el mitote, ya que el sol estaba alto y el cielo despejado.

Criado en el monte bien sabía seguir una huella y bien la siguió, pues al cabo de tres horas estaba en la cumbre del cerro del Borrego, uno de los picos más altos de la serranía, pero sin haber encontrado su balgadura.

Jadeante, se dejó caer en un claro que se abría entre lechugillas y zotoles; allá arriba soplaba un viento fresco, a pesar de que era pasado el medio día, cosa que le sentó muy bien. Dormitó un rato después de morder el pedazo de gorda que llevaba en la bolsa de la camisa; en despertándose lió un cigarrillo de hoja y se asomó a la sima que se abría ante él.

Estaba a 3,200 metros sobre el nivel del mar, y a mil sobre los planes de la llanura; la vista era maravillosa e increíble en aquella despejada tarde; la línea quebrada del nítido horizonte, lejano en doscientos kilómetros, se recortaba contra el azul rabioso de un cielo immaculado; al poniente la sierra terminaba bruscamente en hondas barrancas y despeñaderos, y a sus pies veía las enormes llanuras de la estepa, apenas separadas entre sí por lomeríos y cerros bajos, hasta perderse en lontananza. En el extremo suroeste se alzaba la sierra del Salteador, la otra más lejana de Guanamé y en el lejano horizonte el cono de granito del Peñol Blanco de Salinas. La llanura cercana, blanca de tierra y cubierta por la capa café del follaje de la Larrea, se extendía como un lienzo desde Charcas hasta perderse de vista por El Salado.

Al oriente aparecían en primer término, las dentadas cumbres de la serranía con sus bosquecillos de encinas; detrás se veía sierra tras sierra, como gigantescas olas de un mar enbravecido, hasta vislumbrar los altísimos picos de Sn. Antonio de Peña Nevada. El sur lo ocultaba el oscuro y frondoso cerro Del Barco, el más alto de San Luis, a cosa de veinte kilómetros de donde estaba.

Al norte, las cumbres de la misma sierra encerraban unos pequeños bancales cubiertos de verde césped y moteados por grupos de álamos de hojas blancas que con el sol parecían de plata... sintió un vértigo y volvió los ojos al suelo. ¡Ah! si yo tuviera plata, suspiró.

Después con su mirada campirana, vio allá abajo, por un arroyo, un chinchorro de cabras y dos hombres. Esos han de saber de mi remuda, pensó, y hacia allá se dirigió.

—¡Quihúbole! buenas tardes les dé Dios.

—Güenos.....

—¿No vido por a'y mi yegua, una baya con persoga en rastra que se me vino ayer?

—¡Hay no 'stá!

—¡Híjole! ¡mi' no más 'onde vino a dar la canija!

Y siguió la plática, pero como Ventura sintiera la exigencia de su vacío estómago y viendo en perspectiva un buen queso de cabra, les hizo el cuento largo hasta que éstos se recogieron con su ganado a un reliz donde habitaban.

Lo invitaron a pasar ahí la noche ya que era tarde para regresar y después de encerrar los animales en el cerco de ramas que habían construido en derredor de aquella covacha, avivaron la hoguera y tendieron

las mantas en el hueco de las peñas. Los coyotes merodearon toda la primera parte de la noche, aullando sin cesar, hasta que se dejó oír el grave grito del lobo que a todos atemorizaba.

La madrugada estaba fresca: uno de los pastores se levantó y aventó otros leños a la lumbre; el negrito se arrebujó en la covacha y mal tapado con una zalea que le prestaron, se apretó contra la peña que reflejaba el calor de la lumbre. Por fin amaneció y cuando abrió los ojos, sus compañeros ya estaban ordeñando las cabras.

Se volvió de espaldas y fijó la mirada en las peñas: estaban éstas todas cubiertas con hollín de las fogatas ahí prendidas por los pastores e indios trashumantes; vióse la camisa toda tiznada, y lanzando una imprecación, volvió a ver ceñudamente las rocas... ¿Qué era aquello?... miró fijamente por un rato y hasta limpió con la mano la peña. Una constelación de bolitas brillantes apareció con toda claridad adheridas a la piedra, como sudadas por la caliza, y ¡¡qué bonito reflejaban los primeros rayos del sol!!

—¡Santo Cristo, que sea plata!

—¡Epa, vale! ¿qué amaneció entumido? ¡venga a beberse un jarro de leche porque nosotros ya nos vamos!

Se levantó presto pero no les dijo nada; se tomó el jarro lleno de aquella espumosa leche de tan fuerte olor y fue por su yegua que había persogado en un álamo y la cual quietamente se entretenía en espantarse, con su larga cola negra, las moscas que la asediaban.

Fuéronse los pastores arreando su ganado por la cañada de los Alamos mientras Ventura, mañosamente se quedó por ahí un rato más. Luego que se vio solo, con otras piedras arrancó un pedazo de aquella peña llena de bolitas plateadas y montando su baya, se alejó al trote con ánimo de llegar pronto a su solar. Llegó contento y sobrio.

—'Ora sí vieja, vas a ver.....

—¡Ah! que tú....

Al día siguiente se presentó ante Dn. Ramón, el alcalde de Charcas. Tiempo tardó en ser recibido, pero no tenía prisa; le enseñó la piedra y éste la volvió varias veces entre sus manos: le dijo que sí, que era plata, que hiciese el denuncia, que a lo mejor se hacía rico.

Lo miró Dn. Ramón sarcásticamente y bromeó con él un rato, pero al fin lo ayudó a hacer el denuncia y lo apuntó en su registro de minería. Firmó otro por él, ya que Ventura de letras no sabía, y henchido de contento se dirigió después a la cantina del hambrecillo rechoncho, donde se puso una borrachera descomunal.

De ahí salió con varios amigos y cotlapaches a los cuales contrató para ir a trabajar la mina, la cual registró el primero de marzo de 1779 con el nombre de "El Sr. de los Milagros" y dicho y hecho, depositó a los pies del Santo Cristo del templo franciscano, un ex-voto de plata que había cambiado por su viejo violín.

Sacaron metales muy buenos desde el principio, que rindieron veinte marcos por carga, cuya ley armó gran algazara en el Real de Santa María de las Charcas; Dn. Ramón no podía creerlo y repentinamente, a todos entró una ansia loca de ir a la Sierra de Los Alamos a ver aquello con sus propios ojos, pues hacía mucho tiempo que no se veían aquellas leyes en el mineral de Charcas.

Los trabajos los dio a destajo, a todos los que deseaban trabajar su mina, que eran cientos: les partía a medias el mineral que sacaban, que cada vez era más rico, mejorando la ley de 20 marcos, ¡aquello era la locura!

Los rescatadores comprábanle al pie de la mina su parte pagándole en buenos pesos, y fue tal la cantidad que de ellos le caían en las manos todos los días, que no sabía dónde guardarlos.

La mina producía a Ventura Ruiz sumas crecidas, que él sin calcular derrochaba en el acto en una vida disipada y desordenada.

Pronto cundió la noticia de tan extraordinario descubrimiento por todos los reales de minas y pueblos cercanos, lo que dio por resultado que los demás minerales potosinos como Guadalcázar, Ramos y San Pedro, se quedaron sin gente, de la noche a la mañana, pues sus habitantes se mudaron a la fabulosa sierra de los milagros a ver qué les tocaba de la bonanza del negrito.

Y en los bancales de la Cañada de Los Alamos surgió como por encantamiento un gran poblado de chozas y jacales al grado que en unos cuantos días desapareció hasta el más pequeño de los álamos y cuanto arbusto se encontró al alcance del hacha. Los pastores no salían de su asombro con aquella invasión de sus laderas antes tan solas; sus chivas se llegaron a cotizar a precios nunca soñados, por lo cual se hicieron de pesos y realizando hasta la última zalea metiéronse de mineros con Ventura y en poco tiempo se retiraron ya ricos.

El Negrito mandose construir una casa grande, de muchos cuartos y toda de piedra, donde fijó su residencia, la cual pronto llenó con cuanta cosa iban a venderle. Estaba su portal siempre lleno de toda clase de gente, así como su banqueta de mendigos, que a todos les daba de sus caudales.



Todo el mundo lo buscaba, ya como socio o como amigo, llegando a ser la figura más popular de aquel campamento que ya para entonces empezaba a tomar forma de pueblo.

Se cuenta que tanto él como su mujer, nunca aprendieron a contar ni a leer y escribir, por lo cual cuando de comprar algo se trataba, usaban una medida de madera que ya tenían más o menos calculada, pagando con cierto número de ellas lo que era menester, a fin de llegar al precio que les pedían.

—Mire nada más, qué hermoso rebozo de Sta. María le traigo a su merced, Dña. Nati, puro bueno, de seda de la China y teñido con la yerba de olor, mírelo nada más... y se lo doy por cincuenta duros.

—¿Dos medidas de las grandes?.....

—¡No! tres; mire nada más cómo brilla con el sol, ¡lo chula que se va a ver!... ándele deme las tres, que de bien lejos vengo nada más que por traérselo a vuestra mercé.....

—Güeno, le daré las tres, pero rasaditas no' más.

Y así era todo el tiempo, día tras día, pues los asediaban los traficantes de mercaderías, los varilleros, los vendedores de comestibles, de animales, de metales y herramientas: ¡aquello era el derroche!

El recordaba haber visto por allá, en San Luis, al Alcalde Mayor, desfilando con una capa encarnada con adornos dorados, y fue tanta la impresión que le hizo el atuendo aquél, que no pudo resistir la tentación y se mandó hacer una en terciopelo rojo con abalorios de oro.

Llegó esto a oídos del Alcalde Mayor de Charcas, mandó llamar y le reconvinó diciéndole que sólo las personas de alcurnia con permiso de su Majestad podían usar aquel distintivo, a lo que él contestó, que importándole su dinero, podía portar lo que mejor le acomodare: impúsole Dn. Ramón una multa de consideración por la altanería y le recogió la capa.

Volvió a mandar hacer otra aún más adornada de oros y abalorios, y se presentó con ella un domingo a misa. Entre dos soldados fue llevado a la alcaldía y despojado de nuevo de su capa y de cien pesos de multa por reincidencia en la falta.

El negrito estaba idem del berrinche y lanzando lamentos y repelos, se volvió a su casa donde agarró una papalina atroz, y cantaba llorando....

¿No es una ruindad bestial  
cogerme atuendo tan bello?.....

¿Quién creé que Ventura Ruiz  
no tenga plata para ello?... .

Pero volvió a mandar hacer otra capa y es de fama que entre capas y multas, gastó parte de su dinero.

Un buen día se le embarrancó la mina por lo mal trabajada que estaba y se vio repentinamente sin dinero; aquello ya no daba y Ventura lloraba su desgracia pues no había guardado nada.

Sabedor de esto el Sr. Lic. Dn. Silvestre López Portillo, y no creyendo que tan pronto se hubiere agotado la riqueza de aquel filón, mandó que bajaran los peritos a reconocerla, encontrando las labores mal dirigidas en la mina porque iba fuera de veta, y rectificándole al negrito la dirección de las obras, se corrigió el mal en gran parte y en poco tiempo, con lo que volvió a dar buenos metales.

Procedió desde luego a tutorear a Ventura con arreglo a las *Reales Ordenanzas de Minería*, nombrándole un apoderado que manejara sus asuntos, cosa que disgustó grandemente al Negrito. Esto y la prohibición de usar sus capas, fue mucho para él, pues como decía.... "ya no me dejan ni siquiera mandar en lo que es mío, ni vestirme como a mí me cuadra, ya mejor me voy de este ingrato lugar que me crié"....

Entonces alguien le propuso rentar su mina, para que él libre de todo trabajo pudiera gozar su vida como mejor le viniera en gana, al fin y al cabo ya era rico.

No lo pensó mucho, pues en el Real de Los Alamos habíanle perdido todo respeto, ya que hasta los rapazuelos hacían mofa de él cantándole cuando pasaba:

Ventura quiere una capa  
De oro y gules bien plantada,  
Pero a Ureche no le escapa  
Que va mejor de frazada...

No se leer ni escribir,  
Pero tengo mucha plata,  
Dn. Ramón puede sufrir,  
Pues he de portar la capa.

\* \* \*

Ventura Ruiz hizo el Real,  
Pues sin él no hubiera sido,  
Pero es tan animal,  
Que na' más anda bebido.

Aceptó pues lo que le ofrecían, con la única condición que le pagaran la renta por adelantado del primer año, la cual fue fijada por las autoridades en tres mil pesos anuales.

Alicaído, cansado y decepcionado, empaquetó todas sus cosas, vendió algo de su ajuar y regaló mucho, bajándose en compañía de su mujer y criados a San Luis Potosí, donde compró un rancho cercano a la Ciudad, en el cual se instaló a vivir oscuramente y olvidado de todos sus amigos y cotlapaches.

Nadie supo cómo ni cuándo vendió su mina y las fincas que tenía en Catorce, a donde nunca más volvió.

Pero en el Real, la figura del Negrito formó leyenda y su historia llegó a ser conocida en todo México.

Se cuenta que Ventura, pobre de nuevo y sentado a la puerta de su jacal, volvió a su violín, y en las noches solitarias de su rancho, cantaba una estrofa sin fastidiarse de su monotonía, hasta el día que murió, viendo hacia Catorce.....

Ventura, buenaventura  
te dio Dios, mas no talento.  
Todito te lo quitaron  
Ventura Ruiz, ¡por jumento!

Pero ahí quedaba el Real, en bonanza continua, que como un enorme imán atraía gente de todo el país y hasta del extranjero. El Negrito pasó a la historia como una figura chusca, de fama mundial, pero en el pueblo que él inició nadie se tomó la molestia de conmemorar su memoria.

Dn. Trinidad García dice: "De este feliz descubrimiento data la verdadera celebridad de las Minas de Catorce, cuya asombrosa riqueza ha llamado la atención en el mundo entero. Fueron tantos y tan hábiles los gambusinos que se dedicaron a remover las vetas en aquellos cerros gigantes, que algunos meses después ya existían algunas minas trabajando con prodigiosa actividad".

\* \* \*

## EL ALCALDE DE CHARCAS Y EL LICENCIADO DN. SILVESTRE LOPEZ PORTILLO

A fines de 1778, pasó a vivir a Catorce Dn. Ramón Manuel de Ureche, que venía fungiendo como Alcalde Mayor del Real de Santa María de las Charcas, dejando un suplente en su lugar, ya que mucha gente de la de él, había emigrado a la cumbre de la Sierra de los Alamos y se habían mudado con todo y su familia y animales.

Como aquel desolado lugar, así como toda la sierra, caían dentro de su jurisdicción, él se consideró desde un principio al cargo del nuevo descubrimiento de Los Alamos, además de que también debe de haberse contagiado de la fiebre de la plata que a todos acuitaba, por tantos y tan ricos hallazgos ajenos.

Era Dn. Ramón hombre probo, de recto criterio que llevaba su nombramiento de Alcalde con mucho celo y orgullo; español de origen, era cuidadoso de sus deberes y su jerarquía, ya que en él recaía la autoridad máxima de todo aquel territorio; cumplía al pie de la letra las ordenanzas y veía los asuntos del Reino y de su Rey con toda devoción; era respetado tanto por su rectitud como por su actividad, pues en todo estaba, además de que tenía gran experiencia en asuntos de campo y minería: se le tachaba de duro, pero así era su carácter.

Después de lo del Negrito, se vino subsecuentemente una verdadera avalancha de denuncias y pertenencias, al grado de que eran cientos de catas las que se abrían por doquier en aquellas montañas, aunque no todas valían la pena de ser trabajadas, puesto que no tenían metales de ley. Entre las más notables de aquellos días se cuentan las minas siguientes:

“El Patrocinio” y “San Francisco” que registró en Abril de 1778 el Sr. Francisco Padilla.

En Junio del mismo año, Dn. José E. Mendoza registró la mina de “Santa Eduvigis”.

Dn. Felipe Barrera, en Octubre, registró “Las Animas”.

Y el mismo día Pascual de los Reyes, “San Miguel”.

El 10 de Octubre Dn. Miguel de Ceballos registró la mina de “Nuestra Señora de la Soledad”. Y el 15 del mismo mes, Cristóbal Coronado, registró “Nuestra Señora de los Dolores”.

Fungía como representante del nefasto Carlos III en Nueva España, el sevillano Frey Dn. Antonio María Bucareli, cuya memoria perdurará siempre en México como un magnífico gobernante, pues además de virtuoso e inteligente, su gobierno fue una serie no interrumpida de tranquilidad y prosperidad en todo el país. Bucareli, unos días antes de morir de pleuresía, le escribió al alcalde de Charcas lo siguiente:

“..... Informado de que se notan graves desórdenes por la multitud de gente convocada a la bonanza del nuevo Mineral de la Concepción de los Alamos, en Distrito de esa Jurisdicción y distante 50 leguas de la Ciudad de San Luis Potosí, doy a Vuestra Merced comisión para que pase al referido Mineral y corrija los indicados excesos, sin introducirse de ninguna manera en la visita de aquellas minas. Guía de sus platas y abusos que se advierten en la cuenta de azogues, pues para eso he comisionado al mismo tiempo al Tesorero Oficial Real de Potosí, Dn. Miguel Bustillo, cuidando Vuestra Merced de darme cuenta de cuanto ocurra, para providenciar lo que convenga. Dios guarde a Vuestra Merced muchos años. México 10 de Mayo de 1779. El Bailio Frey Dn. Antonio María Bucareli y Ursua.”

Viendo el gobierno virreinal la enorme importancia del mineral de los Alamos de Catorce, decidió administrarlo directamente, ya que el territorio donde estaba caía en una zona un tanto confusa, entre los límites de la jurisdicción de la Real Audiencia y Gobernación de la Nueva Galicia, con sede en Guadalajara, y la de Nueva España, con sede en la ciudad de México. Al cabo, el Real Tribunal de Minería decidió nombrar a un comisionado en lugar de Dn. Miguel Bustillo, el cual “no pudo resistir el temperamento del clima de aquel elevado lugar”, puesto que era hombre de edad, y cuyo nombramiento recae en Dn. Silvestre López Portillo, abogado, militar y minero, hombre de muchos conocimientos y gran práctica en asuntos de gobierno. Llegó éste con toda clase de facultades que le daban las autoridades máximas del Reino, dejándole al Sr. Alcalde de Charcas únicamente el ramo de Justicia a su cargo.

Dn. Ramón Antonio de Ureche no tardó en hacer valer sus derechos, protestando ante sus superiores, por lo que él consideraba usurpación de funciones y escribe al ilustre Sr. Dn. Eusebio Sánchez Pareja del Consejo de su Majestad Regente, Presidente de la Real Audiencia, Gobernador y Capitán General del Reino de la Nueva Galicia, el siguiente oficio que es en sí la historia de la fundación del pueblo de Catorce y que por descriptivo, lo traslado completo a continuación.

Bueno es hacer notar, que ya habían existido grandes diferencias por cuestión de límites entre las Reales Audiencias de Nueva Galicia y la de Nueva España, a más de otras cuestiones escabrosas que para su solución fueron a dar hasta el Rey, por lo cual siempre existió cierta pugna entre uno y otro gobierno.

“Muy Poderoso Señor:”

“El Justicia Mayor del Real de Nuestra Señora de las Charcas y su jurisdicción, con mis más profundos respetos, paso a noticia de Vuestra Señoría, que el día 23 del pmo. pdo. Mayo llegó a este mineral de Alamos, de mi citada jurisdicción, el Lic. Dn. Silvestre López Portillo, vecino de San Luis Potosí, y me presentó un superior despacho de su Alteza la Real Audiencia de Nueva España, como Gobernador (de que acompaño testimonio en quince fojas) en que le da comisión en lo Gubernativo, Económico, Político y Contencioso, que admita Registros y Denuncios de Minas, lleve libro de ellas y entienda en medidas y posesiones, en obediencias de tal alto respeto, dí prontamente el pase, y el nominado queda ejercitando su comisión ampliamente y con toda la extensión que se la ha conferido.”

“Para verdadera inteligencia de lo que conduce a este mineral, me ha parecido conveniente informar a Vuestra Señoría, que éste no es tan nuevo como parece, porque de algunos años a esta parte se descubrieron las minas que llaman de Catorce, distantes legua y media de este Real, sus registros y denuncios, posesiones y medidas, se hicieron por mis antecesores, y ante mí se han hecho varios registros; y en este mismo mineral, desde agosto pmo. pdo., Dn. Bernabé Zepeda registró varias minas ante mis tenientes, y bajo este respecto conocerá Vuestra Señoría que de inmemorial tiempo a esta parte se ha estado en quieta y pacífica posesión; a Dn. Bernabé siguió registrando Ventura Ruiz, y a éste otros muchos más, cuyo número de minas ascenderá a docientas cincuenta; todos estos registros han pasado unos ante mí y otros ante mis tenientes, lo que no deja duda en mi antigua posesión.”

“Luego que comenzó esto a sonar y que se fue acopiando gente a la bonanza, me puse aquí, habiendo sido mi primera diligencia que se solicitara licencia del Ilustrísimo Sr. Obispo para que se dijera misa, y conseguida, dispuse una pieza grande para el efecto y a su continuación otra para que vivieran dos religiosos para que dieran el pasto espiritual, y en lo pronto di todo el adorno que pude para la nueva iglesia, siendo todo a mi costa y sin que haya pensionado ni en un medio real a vecino alguno.”

“Para que el número tan corpulento de gente que había concurrido y cada día se aumentaba, viviese con rectitud de costumbres, mandé publicar un bando, que llaman de “Buen Gobierno”, y considerando que la mayor parte de la gente, era de la que suélese decir del populacho, y que había muy poca gente de razón con quien auxiliarme, mandé traer un destacamento de la legión de San Carlos, a mi costa, con lo que logré embarazar e impedir todos los excesos y vicios, y aunque ha sido con un continuo desvelo de día y de noche, y con una actividad infatigable, pero he tenido el consuelo y satisfacción de que hasta ahora no ha habido un homicidio ni aún heridas de peligro; el juego de albuces y el vicio de la embriaguez, enteramente desterrados, y se puede decir lo mismo de los que adolece la fragilidad humana.”

“Sin pérdida de tiempo, corrí toda la montaña para examinar el paraje más a propósito para formar el lugar, y bien examinada la materia, procedí a mi costa a mandar desmontar con número competente de hacheros, un espeso bosque que ocupaba el único plan o ladera que hallé; despejado que fue, comencé a delinear una plaza de ciento veinticuatro varas en cada cuadro y ordené las calles, con doce varas de ancho; bajo este reglamento hice el repartimiento de la tierra a ricos y pobres, dejando en la plaza sitio señalado para iglesia, Casas Reales y Cárcel, y la primera cuadra para Alhóndiga.”

“Los caminos estaban cerrados por todas partes, y en lo pronto mandé que se abrieran a mi costa, a punta de barra y con crecido número de operarios, como se ejecutó quedando el principal de cuatro leguas de distancia, tan andable, que no se ha vuelto a experimentar nueva desgracia, siendo antes tan frecuentes que día por día se rodaba mucha gente, con mulas cargadas y aún en pelo, por que era la cuesta muy alta y colgada, con inminentes peligros; y aunque tenía 4 leguas de largo, pero teniendo presente que por él habían de salir los metales a beneficiarse a el Real de Charcas, al de Pinos y Ciudad de San Luis, no reparé en costo alguno.”

“Di las fuentes de todas las providencias convenientes, para que no se maleficiase ni dañase a las gentes ni a los animales, y al mismo tiempo se fabricasen los cortas haciendas para el beneficio de los metales, que permite lo cerrado de la sierra, dando arbitrios para que se hicieran rebajes para formar unos pequeños planes para poner tahonas y fondos, con algunos hornos que se pudieran habilitar, de manera que en breve tiempo se ocupó el terreno, que a expensas de este trabajo se pudo aprovechar, lo que ha sido utilísimo para fomentar el comercio, pues no se vería aquí un marco de plata si no fuera por estas hacienditas; también

ha sido muy útil a los rescatadores, porque en ellas hacen sus ensayos para regular el precio a que han de comprar los metales, pues a ciegas se hubiera estado sin comercio, y no sólo fomenté las referidas, sino otras en distinto paraje que llaman Los Alamitos y otras en el citado de Catorce, otras en Cieneguita, sin las que se están poniendo en el Valle de Matehuala, de esta mi jurisdicción.

“Como mi principal cuidado fuese el común alimento de los pobres que es el maíz, di prontas providencias para que éste estuviese abastecido con abundancia, a precios cómodos; para lograr este efecto destiné quinientos pesos para que se comprara en el referido Valle, que dista diez leguas de éste, y se vendiera aquí a costo y costo, y que éste principal estuviese siempre invertido en esta semilla, para que cuando no entrara de otras partes tuvieran los pobres este recurso seguro, el que han disfrutado muchas veces. Igualmente fomenté en la manera que pude cuantas panaderías me ha sido posible, haciendo a los panaderos cuantas prerrogativas me han pedido.”

“Procuré, a costa de atropellar mil dificultades, poner abasto de res y carnero, porque se experimentaba aquí tanta escasez de carne por la dificultad de los caminos, y por la considerable distancia de las haciendas, que aún las personas que tenían alivio, pasaban la mayor parte de la semana con frijoles: al principio hubo una temporada que no se comía otra cosa. El beneficio que resultó al público de este abasto es imponderable, y sólo podrá conocerlo quien vio lo que se padeció antes de su establecimiento.”

“No descuidé en procurar que hubiera médico y conseguí al Dr. Dn. Carlos Arroyo, aprobado por el Real Tribunal del Protomedicato, a quien he hecho todos los honores que he podido y lo he acreditado con estas gentes para que lo llamen de buena fe, y así ha logrado tener algunas utilidades y yo el de su establecimiento. De la misma suerte de un cirujano nombrado Juan Francisco Guerrero, que aunque no es examinado, pero tiene mucha práctica y acierto, que uno y otro han logrado en mucha parte, con la ayuda de un retazo de botica que proporcioné.”

“En los registros de las minas se llevó el libro correspondiente, con las fojas foliadas y numeradas, sentando en él la hora, el día y el año en que se hacía el registro, los nombres de los sujetos y parajes en que se registraban, el cual se le entregó al Comisionado. Dí las posesiones y medidas que se me pidieron y aunque algunas se tardaron más de los que las registraron tomaban tener, y no todos, para pagar las memorias de los domingos, esta necesidad que tenía a la vista y que muchas veces



se las socorría, prestándoles para que pagasen la memoria sin el más ligero interés, me estrechó a usar de prudencia y conmiseración y a no exigirlos que tomasen dicha posesión y medidas, y por que no pensaron tal vez, que yo lo hacía por coger mis derechos y no por el cumplimiento de la Ordenanza.”

“Formando ya el lugar en el mejor sitio, con plaza y calles, con mantenimiento en abundancia, limpieza en las fuentes, médico, cirujano y un retazo de botica; los vicios extirpados, las hacienditas de beneficiar plata al corriente, el comercio en aumento, y la gente más cada día, no tendría de ésto tanta satisfacción si no fuese en mayor bien de los vecinos, que es el de la paz y tranquilidad; por que en la multitud de gentes que han ocurrido con diferentes pretensiones y modo de pensar, no han faltado frecuentes disputas y diferencias, pero todas con prudencia las he cortado, dejando a las partes satisfechas y gustosas, como publican y se justifican con los ningunos ocurros que se han hecho a Vuestra Señoría y a esa Real Audiencia. Teniendo las cosas este estado, llegó el comisionado, cogiéndome con los gastos que llevo expuestos a V.S., con más lo que he gastado en mantenerme, que todo asciende a dos mil pesos, y todo lo he impedido con el mayor gusto mío con mis arbitrios y trabajos que he padecido, en un temperamento excesivamente frío, viviendo en un jacal, lleno de incomodidades; todo, como dije, lo he hecho con mucho gusto mío, por resultar en beneficio del Rey, de sus Reales Quintos y del bien público; pero sí, no he podido sufrir sin dolor, el que estando formando este lugar a costa de mis afanes y dinero y bien arregladas las minas, se me haya quitado la jurisdicción que quieta y pacífica gozaba; bien que en medio de este dolor, protesto que venero y respeto la determinación de su Alteza.”

“El comisionado confiesa que el sitio más ventajoso para formar el lugar, es en el que se halla, y que mis providencias fueron correspondientes y propias al estado en que el lugar se hallaba, y sólo me faltaba que disponer un paraje con mucha agua y maderas, lo más cerca de aquí que se pudiera, para formar haciendas para beneficiar los metales por cazo y patio; por que de ésto resultaría un gran bien al público, pues a la presente están llenas las minas de metales, y por la rigurosa seca no hay mulas en qué poderlo sacar a beneficiar a Charcas, Pinos y San Luis, y los pocos que se encuentran llevan de flete a cuatro pesos y tomines por carga, cuando antes era el de veinte reales. El paraje que para este fin pudiera servir, ya lo tenía premeditado, pero es necesario gastar algún dinero para recoger el agua; esperaba que las minas mejorasen para fa-

cilitarlo, y no me sería difícil porque al centro van saliendo más ricos y abundantes metales, se van descubriendo otras de nuevo y esto da muchas esperanzas de su conservación, pero he suspendido este proyecto porque al comisionado se le ha encomendado; por lo mismo no informo a Vuestra Señoría de la minas de San Bartolomé, pues ya el referido fue a reconocerlas.”

“Viéndome casi sin jurisdicción y que sobre la poca que me había quedado se habían de ofrecer reñidas disputas y contiendas, he tenido por mejor el retirarme a mi cabecera, y para que éstas no las hubiera con mi teniente, y también porque no habiendo emolumentos qué coger para mantenerse, no había quien quisiera serlo; tuve a bien dar el nombramiento de tal Teniente, al mismo Dn. Silvestre.”

“Para hacer constar los méritos que llevo expresados a Vuestra Señoría, le suplico rendidamente se sirva de mandar un comisionado para que me reciba información (arreglada al interrogatorio que estoy pronto a presentar) con testigos de carácter y de los más distinguidos de este mineral, por convenir así a mi derecho y poderlo representar a Vuestra Señoría, por tocar a su Gobierno esta Alcaldía.”

“Nuestro Señor guarde la importante vida de V.S. muchos años que desea. Real de la Purísima Concepción de los Alamos, Junio 6 de 1779.”

“A los pies de Vuestra Señoría, Ramón Antonio de Ureche.”

El virrey confirmó el nombramiento dado a Dn. Silvestre López Portillo como gobernador del nuevo distrito minero y el pobre de Ureche tuvo muy a su pesar que conformarse con ello, y el muy ilustre Sr. Gobernador del Reino de Nueva Galicia vio sin remedio que su alcalde quedaba reducido a la administración de la justicia solamente, pues Dn. Silvestre dependía de la Jurisdicción Real Ordinaria con lo cual el lugar pasaba a depender de México, bajo el mando del nuevo Virrey Dn. Martín de Mayorga.

En Abril de 1779 tomó posesión de su cargo Dn. Silvestre Alonso López Portillo, abogado, coronel de la Legión de San Carlos, Diputado de Minería y propietario de negocios mineros en San Pedro y Guanajuato, por lo cual contaba con los necesarios conocimientos para bien administrar y dirigir los destinos del nuevo descubrimiento.

Inmediatamente procuró que el abastecimiento de maíz y víveres fuera abundante y organizó un cuerpo de bomberos, ya que aquel hacinaamiento de chozas de zacate presentaban gran riego de incendio, pues en aquel frío todo el mundo hacía fogatas. Organizó la diputación de

mineros y abrió registro de minas y pertenencias. Después se abocó a localizar un mejor sitio para el pueblo, puesto que el lugar en que estaba la población le pareció impropio para un pueblo por lo frío y empinado del lugar a más de la carencia de agua. Organizó un patronato para el hospital de pobres y para la construcción de un mejor templo, mesones y posadas para los viandantes y arrieros.

El lugar para cambiar la población fue escogido en la cañada de Vigas, lugar abrigado y bajo, hacia el sur y con buena provisión de agua. Además no estaba lejos de las minas y sobre todo de muy buen clima, ya que ahí arriba todos veían quebrantada su salud, sobre todo las mujeres y los niños, pues era tal el frío y las neblinas, que no se conocía nada igual en todo el Reino.

La gente con entusiasmo y apoyando el proyecto de Dn. Silvestre, empezó a pedir sitios donde fabricar las casas y fundiciones en el nuevo pueblo, allá abajo en la cañada. Dos leguas distante de las minas quedó localizado el terreno para la nueva población, que se llamó de antemano "Nuestra Señora de Guadalupe". El agrónomo Ureña, con otros ayudantes se encargó de distribuir las plazas y solares; trazó un cuadro perfecto, de 1872 varas por lado, con cinco plazas, una en el centro y cuatro en los extremos; las calles fueron diecisiete de norte a sur y otras tantas de oriente a poniente, cada una de 1,872 varas de largo por dieciséis de ancho, todo un verdadero pueblo arreglado para un crecimiento futuro.

López Portillo procuró por todos los medios a su alcance incrementar los trabajos de las minas, recorrió la sierra de un extremo a otro e infatigablemente revisó todos los trabajos que se hacían en túneles y labrados. Era de trato afable, blando con todos y en extremo caritativo; nunca aceptó dádivas mostrando un desinterés notable. Ni siquiera quiso trabajar los fundos que le ofrecieron en participio. Setenta fueron las minas principales que examinó y rectificó en sus trabajos.

Dn. Ramón le hacía una guerra sorda, sin descanso, y lo acusaba constantemente con las autoridades superiores de ser presumido, autoritario y que a todo el mundo tenía atemorizado. Se opuso francamente a que López Portillo bajara el pueblo a la cañada, y fue tal la política que desarrolló en su contra, que le echó por tierra el proyecto de la nueva población, quedándose ésta ahí arriba donde él la había trazado.

En una exposición que hicieron los mineros a favor de Dn. Silvestre en 1779 defendiéndolo de injustos ataques, dijeron: "... ello es cierto que cuando vino estaban las principales minas emborrascadas, y que ha

tenido mucha diligencia y cuidado en que no se respalden las vetas, o que no haya otros errores, llevando consigo peritos y haciendo de todo con mucho estudio, muy prolijo examen, de manera que en el día de hoy todas las minas aprofundadas se hallan en bonanza, aunque no sale de plata ni la vigésima parte, porque no hay haciendas. Que ha dedicado y procurado dicho Sr. Lic., extendiendo sus afanes, hasta instalar y hacer a su costa una nueva población, en la que se pueden poner estas haciendas, a cuyo fin ha habilitado algunas minas con tan grande acierto, que todas aquellas en que lo hizo, están en bueno.".....

Si se hubiese llevado adelante el proyecto de López Portillo y el pueblo se trasladara al lugar por él escogido, otra hubiera sido la suerte de Catorce como población. Hasta un agrimensor llevó Dn. Silvestre, a fin de que trazara una presa que tenía por objeto aumentar el caudal de agua en el sitio escogido y además regar las tierras propias para horticultura que había allá abajo. El pueblo nuevo hubiera tenido otros medios de vida y no solamente la minería, con lo cual hubiera podido subsistir aún en épocas de decadencia de aquélla. Un pueblo grande, atenido a un solo ramo de actividad y siendo éste tan eventual como el minero, se expone que le suceda lo que hemos visto en Catorce. Por eso y la imperante necesidad de hacer fundiciones, quiso el ilustre licenciado bajar la población del lugar donde la había puesto Ureche, de menos visión. No cabe duda de que Catorce hubiera crecido entonces en un lugar risueño, de clima templado, con agua abundante y rodeado de huertas y granjas. Con seguridad que se hubieran construido grandes haciendas de beneficio y sus moradores habrían perseverado de vivir en sus casas en lugar de abandonarlas y Catorce sería hoy uno de los pueblos más grandes, prósperos y bonitos del Estado.

Dn. Silvestre al ver que sus indicaciones no tenían eco, ya fastidiado de esperar, se radicó allá arriba, donde compró una buena casa conjuntamente con la mina de "Valenciana", en 1788, dando por ello cuarenta mil pesos. Trabajó la mina con esmero produciéndole ésta muy buenos metales.

Esta mina fue explotada más tarde hasta agotar sus pertenencias y tuvo algunas bonanzas. Pasaba ya en 1870 de 250 metros de profundidad y sus planes daban todavía metales de 12 reales la carga. Quedó con un tiro de 150 metros y buen acceso por el socavón del Refugio.

Otro nuevo descubrimiento se hizo en 1780, al extremo sur de la sierra, como a 8 leguas de Catorce, en el punto llamado La Maroma. Dn. Manuel Barcarzel, Dn. Manuel Solís y otros, registraron varias vetas en

ese lugar, sobre terrenos de la hacienda de Solís, allí arriba, por el Cerro del Barco, la cumbre más elevada de toda la serranía, pues pasa de los 3,300 metros.

Con esto se formaron a fines del siglo XVIII cuatro núcleos de minas en esa sierra: uno al pie del Cerro del Fraile por Matehuala; otro al extremo sur de la sierra en La Maroma; el tercero en Potrero, al norte, y al centro el del propio pueblo de Catorce.

En todos ellos había minas en bonanza que al principio dieron hasta 18 marcos por quintal de mineral; ¡algo extraordinario!

La mina del "Serenó" fue riquísima desde el año de 1780 hasta 1782; su metal de afinar tuvo hasta 20 marcos por arroba, pero su producción fue escasa por ser angosta su veta; continuó después con metales de buena ley por patio y fuego, sus menas estuvieron en frutos ordinarios por largo tiempo; tiene un tiro de poca profundidad y sus planes no llegan a 200 varas, con poca agua, según decía de ella el Sr. Barrera en 1870. (Los planes, en términos mineros, son las partes más bajas y profundas donde se desarrollan los trabajos en una mina).

"La Luz", dice el mismo minero, tuvo algunos azogues, (plata propia para amalgama) tiene de profundidad 200 varas, con un tiro; su veta es mala, pero su posición es buena, pues ha dado frutos regulares. Esta mina perteneció a un arriero llamado Zúñiga, el cual tuvo una bonanza en 1787 de la que sacó diez millones de pesos, según se cuenta. Esta mina, un siglo más tarde, 1887, aún se trabajaba como veremos más adelante, con buenos resultados.

Otra mina de fama era la "Del Señor de Matehuala", de la cual contaba un viejo minero que muchos frutos había producido desde el año de 1780 hasta 1812, en que se dejó de trabajar por la guerra, pero tuvo algunas ricas bonanzas, principalmente en la boca de San Joaquín, que dio mucho metal con el que socorrió a Catorce en los años de crisis de 1785 y 1786. Tenía 300 varas de profundidad, pero estaba muy derrumbada y sus dueños por indolencia no le habían hecho un tiro, (pozo) después se volvió a trabajar y mejoró mucho el estado de la mina, que siguió dando metales de buena ley.

"La Campanita" se puso en bonanza en 1787 con plata córnea de alto porcentaje, pero duró poco, pues sus planes apenas llegaron a 200 varas: quedó en borrasca pero prometiendo.

"Santa Eduwiges", con sus pertenencias al hilo de la veta, tuvo en el año de 1788 un ojo de metal de 8 marcos por carga y alcanzó una profundidad de 500 varas: es una de las minas más antiguas del Real.

En "La Estrella", en la boca de Soledad, logró Dn. Mateo García una regular bonanza en 1789, pero la trabajaron poco, quedando a escasa profundidad a pesar de que estaba en bueno. Después se volvió a trabajar, pero no hay noticias de su rendimiento.

Al fin dejó Catorce el Lic. López Portillo, en plena prosperidad, allá encumbrado en su ladera, a 2,756 Mts. de altura sobre el nivel del mar, siendo por ésto el pueblo más alto de México.

Por su magnífica labor en Catorce, fue premiado Dn. Silvestre por el Gobierno de su Majestad, haciéndolo Caballero de la distinguida Orden de Carlos III.

Era Dn. Silvestre López Portillo natural de Guatemala, hijo de Dn. Francisco del mismo apellido, Oidor que fue en Guadalajara y México, de notoria nobleza, por el Mayorazgo de Luna y muy apreciado entre los funcionarios del virreinato.

Dn. Silvestre fue casado tres veces, dejando numerosa descendencia y un imperecedero recuerdo de su buen gobierno en el Real de Catorce, por el impulso que dio a la minería en los 10 primeros años, en los cuales asombró al mundo con sus constantes bonanzas y minerales tan ricos como no se veían en otras partes.

Indudablemente que en Catorce se debería de honrar la memoria de Dn. Ramón Antonio de Ureche como su fundador, pues fue él y nadie más, quien lo hizo donde está. Gracias a la terquedad y espíritu combativo de este español práctico y recio, quedó el pueblo allá trepado, como un nido de águilas, para admiración de las generaciones futuras.

Debería de haber dos estatuas en el pueblo, una en memoria de su fundador, Dn. Ramón Antonio de Ureche y otra para el hombre que tanto hizo por su engrandecimiento, el culto e inteligente López Portillo.

Grandes dificultades se presentaron en el Real con motivo a que el Ilustrísimo Sr. Obispo de Guadalajara dio instrucciones para que se fundara un curato en el nuevo descubrimiento de Los Alamos, cosa que objetaron los padres franciscanos, ya que eran ellos los que habían venido administrando los cultos desde el principio de los primeros hallazgos, tan pronto como hubo gente en aquellos parajes.

Siguió un proceso larguísimo que duró años, en el cual, los franciscanos del antiguo convento de Charcas, hacían valer sus derechos sobre la capilla que tenían en Catorce, la que ellos consideraban propiedad de su provincia. Alegaban que Fray Antonio Alcalde había estado en el Real desde su descubrimiento en 1778 y nunca había faltado el culto dado por ellos, y administrado por su Provincia de Zacatecas.

Alegaban que en toda esa tierra, llamada primero del Astillero, después de Los Alamos y ahora de Catorce, no hubo nunca más doctrineros que ellos, por lo cual no era de justicia que ahora que había llegado a tanto, fueran despojados violentamente de toda la sierra y muy particularmente del Real de Catorce, así como del puerto de La Maroma, donde también se trabajaban minas. Que a pesar de lo remoto y escabroso de los caminos siempre habían atendido todas las rancherías con buen o mal tiempo; que Charcas se había quedado casi sin gente porque se habían cambiado al nuevo real unos y a La Maroma los otros, siendo ya imposible el sostenimiento del convento de Charcas con los recursos de aquel abandonado pueblo.

Pero el fallo del Sr. Deán, sede vacante en Guadalajara fue inflexible y se fundó el curato de Catorce a pesar de todo. Se encargó de él el Bachiller Dn. Ignacio Aguilar y Loza en el año de 1779 como primer cura del lugar. Desde entonces los cultos quedaron adscritos al Arzobispado de Guadalajara, aunque los Padres Franciscanos nunca abandonaron completamente a sus antiguos feligreses... San Francisco prevalecerá en Catorce, habían dicho.

Los partidos exorbitantes que de mineral daban a los barreteros en remuneración a su trabajo, influyeron grandemente para que la noticia de la extraordinaria riqueza de Catorce se esparciera por todos los ámbitos mineros por lo que gran número de gambusinos y rescatadores (compradores de metal en bruto) afluyeran de todas partes del Reino, existiendo para 1779, más de cien minas en buenos frutos y muchas de ellas en bonanza. La mina del Negrito tuvo todavía otra buena época en 1792 que terminó al año siguiente, quedando entonces con un tiro de 200 varas, mucha agua y los planes en borrasca.

Bueno es aclarar, ya que de minas se trata, algunos términos usuales entre los mineros un *socavón*, es el tunel horizontal que sirve como vía de acceso, al mismo tiempo que como drenaje y ventilación de los labrados internos de una mina; un *tiro*, es un pozo vertical que sirve para sacar los metales desde lo más profundo de los planes hasta la bocamina y también para desaguar los túneles inundados. Los *planes*, como ya se dijo, son los labrados más profundos en que están los trabajos; cuando se dice que una mina está *borrasca*, es que su veta quedó reducida a un simple hilo o vestigio de mineral.

En el año de 1795 había en el Reol de Catorce 2,169 familias, con 7,697 personas viviendo en el pueblo, la mayor parte de ellas en condiciones bien primitivas, puesto que hasta las cuevas eran utilizadas por el populacho, ya que las viviendas eran muy pocas para aquella población puesto que todo el esfuerzo se concentraba en las minas. Los albañiles eran absorbidos en el ademe de los socavones y tiros y nunca había los suficientes para la construcción de casas, por lo cual todas las fincas del pueblo tenían algo de provisional, mal acabadas y de materiales muy rudimentarios, cosa que le da todavía a Catorce cierto aire de accidental, primitivo y contrahecho.

Existe otra leyenda en cuanto al nombre de "Catorce" que aunque muy manida y con visos de cuento árabe, la transcribo a continuación para agotar el tema: Eran una vez catorce ladrones que, buscando una guarida segura donde poder esconderse, se adentraron en un cañón deshabitado de la gigantesca sierra del Astillero, aguas abajo del Puerto de los Alamos. No lejos pasaba el camino real para Saltillo y los presidios (cuarteles) de Texas, que aunque poco transitados por ese valle, alguna posibilidad prometía con los viandantes que lo recorrían de tarde en tarde. Por años, dicen, fueron el azote de esos rumbos tan desolados y solitarios, y sus fechorías escandalosas le dieron fama y nombre a la cañada de Los Catorce.

Creo yo que debe de haber sido un mal lugar para una cuadrilla de ladrones, pues el camino para el norte era transitado más por militares que iban y venían de los presidios que por comerciantes y pasajeros que preferían el camino de Zacatecas, mejor servido. Ganado que matar o robar había poco en aquellas calcinadas llanuras expuestas a las correrías de indios de guerra que los asolaban seguido en el siglo XVII.

Como queda ya aclarado, el nombre del nuevo descubrimiento, viene de la imagen que Dn. Ramón Antonio de Ureche llevó a la capilla de los Padres Franciscanos desde el mineral de Pinos, que fue la de la Purísima Concepción, igual a la de San Juan y Pinos; el de Alamos, por el paraje que escogió él en la cañada de ese nombre para asiento del pueblo, y el de Catorce, por el lugar de la leyenda: así pues quedó formado el largo nombre de "Real de la Purísima Concepción de los Alamos de Catorce", que por abreviación se redujo simplemente a CATORCE.

\* \* \*



## EL PADRE FLORES

Una de las personas notables en Catorce por el año de 1790 fue el Padre Dn. José Manuel Flores, originario de un rancho cercano a San Juan de los Lagos, el cual por norma de su ministerio vino nombrado como Cura del pueblo de la Hedionda, hoy Moctezuma, en el año de 1782 y posteriormente cambiado a Catorce como Vicario del Curato.

Ya en el Real, compró en compañía de su hermano una casa abandonada que se decía del Sr. de Zabala y la pertenencia colindante llamada "San José de Larza" comenzando a trabajar en corta escala pues no tenían dinero. Siguiéron labrando la casa con pocos resultados y ya iban a dejarla cuando dieron de lleno con una caverna de cuarenta varas de amplitud llena de un polvo metálico riquísimo en sulfuros de plata que llegó a pagarse a 300.00 pesos las doce arrobas y sin más costo que sacarla en bateas. Acumuláronse los trabajadores en aquel fácil y nunca visto depósito de tierras argentíferas, convirtiendo al desconocido Padre Flores en el hombre más popular de la región. Duró la bonanza más de un año, al cabo del cual, el Sr. Vicario, tenía en caja cerca de los dos millones de pesos.

Se vio asediado por todo el mundo y le salieron más amigos de los que gente tenía el Real, pues daba con largueza a los necesitados y ayudaba a financiar no pocos negocios. Contribuyó con fuertes sumas para la construcción del templo, además de otro que por su cuenta hizo.

No paró ahí su buena suerte, pues agotada la cavidad que encontró a los cincuenta metros de profundidad, al proseguir los trabajos, se encontraron otra cueva más abajo, a 150 metros, mayor que la primera y también llena del codiciado polvo de plata. Aquello fue una bonanza como nunca se había visto otra en el mineral de Catorce, pues produjo al Padre algo cercano a los tres millones de pesos, aparte de los otros tres que les dejó a los que sacaban y manejaban el mineral, que con buena parte se quedaron. Hubo verdaderos atracos y rebatiña con esta bonanza por parte de otros mineros, celosos de la suerte del Padre, pero él con la bondad que le caracterizaba, todo les perdonó.

Veinte años duraron las bonanzas de la mina del Presbítero Flores, desde 1790 a 1810, en cuyo año se le emborrascó la mina y él abandonó Catorce.

A jugar sus fáciles dineros se dio el Padre Flores, que en aquellos fríos invernales de Catorce, hacía tertulias en su casa con los principales vecinos del lugar, que los había muy avezados en los albuces como en todo centro minero.

Dice Barreda. . . . . "todos los mineros son así, generosos, desprendidos y manirroto; cuando tienen una bonanza en la mina, se olvidan completamente del trabajo, de las penurias y sinsabores que han sufrido en los días aciagos, cuando la mina estaba en borrasca. En cambio, apenas dan en bueno, tiran el dinero a manos llenas, sin pararse en pelillos, menos a llevar cuentas de lo que derrochan. . . . ."

Hubiera el Padre Flores sacado de esta maravillosa bonanza, como no se supo de otra, un grandioso caudal, pero los dependientes, rescata-dores y operarios utilizaron más de ella que el mismo Padre. Gastó éste mucho dinero, pero cuando se ausentó de la mina iba todavía bastante adinerado.

Había otro del grupo, inteligente en su trabajo, joven y simpático, que alcanzó cierta celebridad por sus escandalosos derroches, en que una noche, jugando con un propietario rural, listo éste como pocos en el juego de las cartas, le ganó al minero, una enorme suma, que a la mañana siguiente mandó pagársela a su camarada, con talegas de relucientes pesos.

Otro minero de Catorce, a quien se le murió un niño de cuatro años, cosa corriente en el mineral, en donde llegó a haber día de seis "angelitos", se gastó cerca de cinco mil pesos en ablaciones, impuestos y limosnas, a fin de que se le permitiera llevar al pequeño cadáver parado en andas, vestido de San José, con música, cohetes y gran acompañamiento, cosa que hizo con gran solemnidad y derroche, desde la plaza hasta el cementerio.

Pero volviendo al Padre Flores, a raíz de la revolución de Independencia y a causa de los que lo perseguían en el lugar, codiciando su fortuna, se trasladó al pueblo de San Juan de los Lagos, en donde compró una casa enfrente a la plaza. Nadie supo qué hizo con su enorme tesoro en barras y talegas, pero desde luego que lo trasladó en parte a otro lugar y lo escondió muy bien.

Se cuenta que un día una partida de insurgentes allá en San Juan, lo tomó prisionero por amigo de españoles y le exigió la entrega de sus dineros; lo torturaron, pero no lograron arrancarle el secreto y al fin lo colgaron de un mezquite donde expiró sin que les dijera en dónde estaba escondida su plata. Saquearon su casa después, rompieron los pisos y agujerearon las paredes, destrozaron los muebles y voltearon todo al re-

vés, pero no dieron con el tesoro. Ahora la casa del Padre Flores es la Alcaldía en el nuevo San Juan.

¿Dónde está el caudal del infortunado Padre Flores? Se supone que era cuantioso en efectivo, pues a pesar de lo que gastó se calculaba que le habían quedado algunos de sus millones, además de que no se conoció que hubiese comprado ninguna propiedad.

Se contaba que Allende y el potosino Jiménez le enviaron delegados al Padre, sabedores por Lanzagorta de su enorme fortuna, para que se uniera a la causa y contribuyera con algo de sus caudales, para gastos de guerra, a lo que no se sabe si se negó o se limitó a darles largas. Anteriormente había sacado mucho de su dinero a Matehuala y a San Juan, pero gran parte se cree que lo dejó guardado en Catorce, en lugar tan secreto que nadie lo ha encontrado.

La mina "Del Padre Flores", que dio la bonanza más grande del Real de Catorce, se trabajó en un plan desordenado, y aunque después fueron muchos los que emprendieron trabajos en ella, nunca más dio nada igual. Dicen que en sus planes va corrida la veta y en frutos, pero está aterrada por derrumbes y tiene mucha agua. La Compañía Inglesa de Minas de Catorce, años después, principió un socavón que pudo ser útil para limpiar y poner en orden esta mina, pero no se concluyó la obra.

Esas cuevas o grietas rellenas de sedimentos metálicos, es el clásico ejemplo de acarreo por aguas circulantes ya sean pluviales o magmáticas. Debe de haber muchas otras en esa sierra y muy buena suerte será para el que dé con ellas.

Hubo una dificultad muy grande entre los principales mineros de Catorce, para la elección de los administradores del ramo de minería en el año de 1799, que entonces se llamaban diputados, por inconformidad de Dn. Manuel Tatay, diputado saliente, sobre los trámites habidos, causada ésta por las dudas de Dn. Marcos Gómez de la Puente, sobre si los matriculados deberían de ser exclusivamente dueños de minas o hacendados, apoderados, compradores de plata, etc., y si fuesen o no avecindados, por lo que el Sr. Dn. Tomás Anteparazuleta y Dn. J. I. Fagalde, tras muchas discusiones con Dn. Marcos, resolvieron en función de autoridad, recusar a éste y seguir trabajando con su sustituto Dn. Manuel Martínez Reyes, siendo el alcalde ordinario Dn. Ildefonso Díaz de León, figura prominente en la historia de San Luis Potosí. Dn. Ildefonso, heredero de su padre Dn. Sebastián Díaz de León, dueño de la hacienda Presa de Purísima, por el Ojo de Agua y en la misma sierra, era uno de los distinguidos del pueblo y diputado de minería en 1796. Otros hubo

como Dn. Manuel Tatay Mengoles, que fue el primer diputado en 1780 y Dn. Nicolás Zapata, padre del famoso insurgente potosino, también minero y vecino del pueblo desde 1790, que ocupó puestos importantes en el gobierno del Real. Otro de los destacados de aquel rumbo en esos años, fue Dn. Gerónimo de la Gándara, empresario de una gran hacienda de beneficio en San José de Venegas, propiedad de su primera esposa, y lugar donde recidía con su segunda mujer; padres que fueron de Dña. Pachita Gándara y Cardona, la "Virreina Mexicana", esposa del Comandante Dn. Félix María Calleja, el cual fungía como Inspector del Real Tribunal de Minería y Comandante de esta Intendencia de San Luis Potosí. Dn. Gerónimo de la Gándara y su esposa la Sra. Cardona, murieron ambos de tifo en su hacienda de San José de Vanegas, haciéndose cargo de sus intereses Dn. Manuel su hermano.

Seguía creciendo el pueblo al mismo ritmo que afluían connotados mineros de otros Reales, así como comerciantes, funcionarios del gobierno virreinal, además de arrieros, conductores, gentes del pueblo y visitantes. Las minas se trabajaban en gran escala y eran ya muchas las que producían en una semana lo que otras de renombre en Zacatecas y Guanajuato producían en un mes. Se excavaban obras portentosas en las principales minas, haciendo tiros profundísimos, socavones muy amplios con ademes de maravilla e instalaciones costosísimas. Las catas se abrían por todas las montañas y las limosnas por ex-votos al patronato del templo se multiplicaban diariamente. Todo el pueblo estaba en auge, pues era mucha la gente que laboraba sin interrupción. Fueron estos años los que se caracterizan como la época de oro de Catorce.

Anteriormente ya se había formado un patronato encargado de coleccionar las limosnas para la construcción de la iglesia del Real. El templo debe de haberse comenzado a construir a fines del siglo XVIII y fue proyectado por el ingeniero francés Juan La Croix. La recia construcción de sus muros, todos de piedra y sus amplias proporciones de catedral, lo hacen una de las mejores iglesias del Estado potosino. Su fachada neoclásica formando pórtico, labrada en cantera, la cual dicen que fue traída desde Zacatecas, una arenisco porfirítica de color café gris, piedra que es extraña a esa sierra, forma un macizo imponente muy bien balanceado con sus columnas jónicas. Luce un parapeto rematado con grandes imágenes de piedra y su fachada está adornada con nichos que contienen otras esculturas del mismo material.

En 1792, a devoción de los mineros del Real de Catorce, se hizo una monumental custodia fabricada por Dn. José Careaga.

Antes de ser terminado el templo, y por falta de precaución, se desprendió parte de la cúpula que estaba en proceso de construcción, durante los oficios, pero no hubo más desgracias que dos muertos y varios heridos apachurrados en el tumulto que se hizo a la salida. Después fueron recortadas las proporciones originales de la cúpula.

Fue inaugurada la parroquia en 1817 aunque no totalmente terminada y su costo sobrepasó al millón de pesos. El decorado se le hizo posteriormente y ahora, recientemente se le acaba de hacer un cinborrio a la torre que no va con la antigua construcción.

En la sacristía todavía puede verse el cuadro primitivo de La Purísima Concepción que estuvo en la Capilla de los Franciscanos, con una inscripción que reza: "María Santísima de la Limpia Concepción, que se venera en el nuevo Real de los Alamos de Catorce, desde su descubrimiento, retratada y tocada a la original del Real de la Sierra de Pinos". Esta imagen fue la que puso Dn. Ramón Antonio de Ureche en la ermita que hace mención en el escrito precitado, y que construyó él en el año de 1778.

La imagen de la Virgen de Guadalupe, fue la llevada por López Portillo para el nuevo pueblo que pretendió hacer en la cañada. Aún existe el lienzo con un hermoso marco de plata con incrustaciones de oro, en el crucero de la parroquia, el cual tiene una inscripción en la parte inferior de la tela que dice: "Esta Sta. Imagen está fielmente copeada y arreglada a las medidas, número de rayos y estrellas que por cada lado se ven su sagrado original. Josephus Alzibar, pinxit. 1784".

En el cementerio de Guadalupe, hay una capilla dedicada a la Virgen de este nombre y en ella existen pinturas murales representando la Pasión de Cristo, otras de las Animas y los Evangelistas: fue hecha por el Padre Flores en acción de gracias por el milagro que fue su mina.

Como muestra innegable de la prosperidad que gozó el Real en aquella primera época de auge, queda la obra portentosa de la parroquia, en la que se refleja el milagro que era Catorce con su conjunción de manos argentíferas.

La vida cotidiana del obrero de una mina es rutinaria, calmada, regularizada por una disciplina casi militar. Ahí no hay reuniones alegres, nada de risas ni noches consagradas al juego o a la bebida; el trabajo sigue sin descansar, un trabajo duro, doloroso, con jornadas que duran diez a doce horas, metidos al abrigo oscuro de las entrañas de los cerros, tomando el agua que destilan las rocas y comiendo las "gordas" frías que les llevan allá adentro. Semialumbrados por magras velas de sebo y atur-

didos por el choque constante del martillo contra la barreta, se vuelven todos neurasténicos y maldicientes. Es un trabajo embrutecedor y la más de las veces mal pagado. Los tenateros, cargando pesos de sesenta kilos tienen que subir diariamente miles de escalones inseguros y tambaleantes, viaje tras viaje. Ciertamente que los caballos y mulas se emplean mucho para los trabajos bajo tierra, pero no a todos lados puede llegar su ayuda y casi siempre se les veía volteando las ruedas de los malacates para los desagües interiores o tirando de las vagonetas donde las había, cosa rara en esos días, nos dice un antiguo minero que algo conocía.

Los cuatro elementos de los antiguos: el fuego, el aire, la tierra y el agua, se conjuran en contra del minero: el fuego lo amenaza en las explosiones; el aire se rarifica o se rebuelve con gases dañinos; la tierra en los derrumbes y el agua en las inundaciones.

El minero no tiene más para escudarse de todas estas calamidades que su calma estoica, su valor a toda prueba y su práctica en el trabajo. La recompensa es casi nula, es un soldado del deber y no recoge más que la satisfacción de haber cumplido con su parte en la batalla subterránea contra aquellos negros y hondos abismos.

Las explosiones de los barrenos son tal vez el enemigo más poderoso que tiene; los preparan con poca precaución entre todos ellos, luego, a un grito del barretero todos corren rápidamente y se guarecen en donde pueden; la explosión se produce ahí cerca, en un ámbito cerrado, viene el golpe de aire, brutal, las lascas de las piedras vuelan con fuerza por el túnel y el estruendo retumba con fragor terrible, haciendo temblar y crujir los ademes y todo el suelo. Un humo espeso y blanco lo invade todo, un olor nauseabundo se esparce por el espacio y los mineros, aprisa, vuelven a su frente de trabajo entre el polvo que queda suspendido por horas en el túnel.

Los derrumbes lo amenazan incesantemente: las rocas se desprenden muy seguido, se desplazan de su sitio por los movimientos y acomodos del subsuelo, o bien éste es blando y sufre un colapso completo.

Para evitar esto, se hacen obras costosísimas de ademes con madera, piedra o ladrillo, pero a pesar de todas las precauciones, estas obras ceden a la presión y se desintegran con terribles estragos y pérdidas de vidas. El derrumbe viene intespestivamente, sin aviso y atrapa a los que ahí trabajan, metidos en aquel pozo o túnel mal alumbrado y húmedo. Miles de accidentes, algunos terroríficos, han sucedido en todos los minerales y bueno sería poder relatar varios de los más espantosos para dar

una idea de los peligros a que están expuestos esos hombres de los abismos negros.

No menos peligrosas que los derrumbes son las inundaciones, las cuales algunas veces se vienen de golpe en el túnel y no dan tiempo a los trabajadores de correr al socavón o al tiro para ponerse a salvo. En estas irrupciones de agua subterránea, la vida del minero está siempre en juego pues el golpe del agua es siempre acompañado por arrastres de escombros y piedras que los ahogan y destrozan; no hay tiempo de ponerse a salvo y en aquellas tinieblas todo se vuelve confusión y espanto.

Una vez en Catorce, un grupo de mineros iban entrando a un túnel, prestos al ataque de la veta que ahí tenían, caminaban chiflando y bromeando a la luz de las magras lámparas de vela que llevaban en el sombrero, cuando una de las paredes del túnel se agrieta, se abre y se derrumba dejando salir un torrente enorme de agua y abalancha de rocas que todo lo tapaba y destrozaba a su paso. El golpe de aire les apagó las velas y en un momento aquella rugiente masa de aguas revueltas y negras se les echó encima sin darles tiempo de hacer otra cosa que gritar en desesperación.

Se había acercado mucho el labrado del túnel a un antiguo comido de otra mina ya inundada, llena de agua, y no resistió la delgada pared de roca que quedó entre ellos, cediendo a la presión del enorme volumen del líquido.

Después de días de arduo trabajo se pudieron encontrar unos cuantos cadáveres, los otros desaparecieron en aquel pozo de aguas frías llenas de escombros.

Muchas veces los mineros se veían obligados a trabajar con el agua a las rodillas; un agua fría que los entumecía y causaba reumatismos graves: vivían en la humedad constante.

El descenso por los tiros, colgados de una cuerda, son otra fuente de peligro inminente, puesto que la profundidad de los mismos es terrífica y las instalaciones provisionales y defectuosas; era ésta una maniobra que abordaban con cierta aprehensión. Se dieron casos en que alguno, por un vaivén del malacate, golpeó al descender contra las rocas de los lados haciéndole perder el equilibrio y precipitándolo a la hoquedad oscura del pozo. Como casi siempre tenían agua en el fondo, el desgraciado parecía ahogado y destrozado por el golpe de una caída de cientos de metros.

La subida por las escalas primitivas de madera son siempre peligrosas requiriéndose la mayor sangre fría y cálculo para no romperse los huesos en un traspie.

No siempre las instalaciones subterráneas de las galerías eran apropiadas, puesto que en la mayoría de los casos se hacían provisionalmente, sin recursos y con malos materiales por lo que no prestaban seguridad.

Pero el minero es hombre rudo, hecho para este trabajo que no todos aguantan; por eso, antiguamente, se usaban esclavos para ello o gente condenada por sus delitos, a trabajos forzados. Eso de entrar a los pasajes subterráneos antes de la salida del sol para salir de nuevo ya oscuro, es cosa que acaba con los nervios y la salud del más pintado.

Pero el minero es hombre indiferente, callado y retraído, acostumbrado a ese rudo trabajo desde chico, puesto que de zorras comienzan cuando niños, hasta alcanzar los puestos de tenateros o barreteros, los mejor pagados. Son generalmente sobrios, pues salen tan cansados de allá adentro que lo único que apetecen es un caldo caliente y su casa. A la cantina van una vez por semana, los domingos, a platicar sus aventuras con los amigos.

Esos hombres que salen de los enormes abismos subterráneos al crepúsculo, con la lámpara en la mano y el paso lento y pesado, como sumidos en un cansancio extremado, la cara sucia, los trajes empolvados y rotos, no buscan la diversión; van derecho a sus casas a tirarse en el camastro a descansar.

Era bonito oír de madrugada aquel grupo de hombres, curtidos en el peligro, entonando lúgubremente el canto un tanto triste del Alabado, en la bocamina, antes de descender:

“Gracias te doy Gran Señor  
Y alabo tu gran poder,  
Pues con el alma en el cuerpo  
Me has dejado amanecer.”  
“En gracia y servicio tengo

Y sin llegarte a ofender,  
Hombre Dios Crucificado  
Que por mí estás de esta suerte!  
Ampáranos en la muerte  
Y en todo lugar, amén.”

Otra de las devociones de los mineros era adscrita a Santa Bárbara, cuya imagen se encontraba en altares y nichos en muchos túneles y a la cual eran atribuidos no poco número de milagros.



Los mineros son de por sí supersticiosos, buen número de leyendas y cuentos corrian entre ellos de aparecidos y duendes que moraban en aquellas hondonadas y comidos de los socavones.

Uno de los cuentos más narrados en Catorce era el del "jergudo", que aparecía de improviso en una encrucijada, y arrastrando a sus víctimas, las llevaba lejos y las dejaba rasguñadas y golpeadas en la oscuridad, perdidas en aquel laberinto de túneles y pozos. Todos le tenían miedo y era de rigor dejarle en los huecos de las peñas alguna cosa de comer para aplacar sus iras.

En la atmósfera limitada y privada de sol, donde el minero gasta la mejor parte del día, contrae no pocas enfermedades particulares. Mientras que el aire viciado y la falta del sol empobrece su sangre y le causa anemias profundas, el polvillo que respira continuamente le afecta peligrosamente los pulmones causándole la silicosis. Las pulmonías y la tisis se llevan a buen número de ellos, así como los temibles reumatismos que los dejan inválidos por años.

Pocas gentes se dan cuenta de los sufrimientos, dificultades y peligros que representa la plata; esa moneda que se gasta alegremente en frugalidades o se pierde con tanta facilidad o desenfado.

*[Trabajo dado graciosamente por su autor para su publicación].*

# Cincuentenario de la Batalla de Trinidad

Por el Lic. y Gral. *Don Aarón Sáenz.*

Para las nuevas generaciones es necesario dar noticias de lo que aconteció hace 50 años, durante la fase violenta de la Revolución y en lo que fuimos actores y testigos. Concretamente, escribo lo que sucedió en la lucha que sostenían los constitucionalistas a las órdenes del general Alvaro Obregón, que reconocían la ejemplar dirección y jefatura de don Venustiano Carranza, frente a las huestes comandadas por el general Francisco Villa, para entonces rebelde declarado a la autoridad del señor Carranza, y que con ello puso en riesgo a la Revolución.

En esta oportunidad divido en dos partes las noticias referentes a la batalla de Trinidad que dio el triunfo a los constitucionalistas para ocupar la ciudad de León hace medio siglo. En la primera parte daré razón de cómo el Comandante en Jefe, general Alvaro Obregón, sufrió las lesiones que lo llevaron a perder el brazo derecho. En la segunda parte las referencias se limitarán a considerar algunos sucesos de la batalla misma.

Voy a repetir en esta ocasión algunos fragmentos de lo que yo escribí hace 50 años, al calor de la guerra, en la vorágine que significaron la pugna de intereses y hombres. Cotidianamente registraba hechos e impresiones; y del registro cuidadosamente guardado por mí hasta ahora, arranco los siguientes capítulos. Tienen el sabor de lo inmediato y lo auténtico, escritos con la bizarría y la sinceridad que había que poner

en esos días, cuando nos jugábamos la vida y estaba a discusión el destino de la patria. Tales apuntes los he conservado inéditos y de ellos aprovecho los siguientes párrafos:

\* \* \*

El martes 11 de mayo de 1915 escribí: "En campamento, en Estación Trinidad. A las 11.30 a. m., inicióse un fuerte tiroteo por la línea que ocupa la Segunda Brigada de la Primera División y el 20º Batallón de Sonora. Duró como 15 minutos y fue debido a que los yaquis iban a traer agua a un pozo situado entre la línea nuestra y la hacienda El Resplandor, ocupada ésta por el enemigo y habiendo resultado herido un yaqui, en represalia 60 de éstos fueron a atacar la hacienda, la que tomaron tras ligera resistencia villista. Esto da una idea de la moral de nuestras fuerzas y del convencimiento que tienen de que su posición sobre los villistas es inmensamente superior".

Al día siguiente (miércoles 12), estos fueron algunos de mis apuntes: "El general Obregón nos anunció una carga de caballería enemiga por la hacienda de La Loza, por lo que apresuró la colocación de la línea de infantería. Efectivamente, a la 1 p. m., estando sobre una lomita donde habíamos emplazado la artillería, habiendo salido una exploración de nuestra caballería con intención de provocar al enemigo, éste, en un ímpetu casi salvaje, con los caballos tendidos, a todo galope, cual si se tratara de una apuesta de carreras, desenfrenados, inconscientes se dejaron ver a la orilla del bosque y se arrojaron sobre nuestra caballería, que sólo tuvo tiempo para revolverse con ellos y, juntos, correr hacia la hacienda y en menos de 5 minutos, en el más salvaje empuje, llegaron a nuestra infantería, que se vio obligada a hacer fuego cuando, cuerpo a cuerpo, se encontraron frente a nuestras trincheras aquellos osados soldados. La media vuelta fue terrible, espantosa; el campo quedó cubierto de cadáveres y en el desorden más completo. Algo como terror invadió a los villistas, que más desenfrenados aún, volvieron sus corceles a su línea. Momentos después levantábase el campo, encontrándose más de 200 muertos, entre ellos, 2 coroneles, Julián Magaña, varios jefes y más de 50 oficiales de los llamados de Ordenes del General en Jefe reaccionario, y que se llaman "Dorados".

El relato lo adicioné con estas patéticas palabras: "Recogiéronse muchas armas y pistolas calibre .44, nuevas, con las que intimaron rendición a los nuestros que caro castigaron su osadía. Cuando con el general Obregón visitábamos a aquellos heroicos defensores de la libertad, presenciábamos un doloroso cuadro: A un lado, un muchacho de 10 años, hijo de aquel valiente, llorando cavaba aquella misma *lobera* donde se defendiera su padre y que le serviría de fosa a aquel ignorado luchador. Y con una firmeza inquebrantable, dijo al general Obregón: "Pero maté a ese", y señalaba a un traidor. Este cuadro de intensa amargura, de profunda elocuencia, estará grabado en mi memoria, y el recuerdo de esta carga de caballería, a la alta escuela villista, en la que tomó parte lo más selecto de la reacción, ha sido la más emocionante escena que en mi vida haya presenciado, donde la temeridad y audacia para despreciar la vida, fueron la más saliente manifestación de la inconsciencia brutal de esos hombres".

Repito: día con día, registraba los incidentes de la campaña. Unas veces mis juicios eran duros, porque así correspondía a las circunstancias; otras, se hacían benévolos; y otras más, el dolor que traían consigo los contratiempos de la lucha, no podía acallararlo. El apunte de la mañana fatal lo comencé de esta manera: "Jueves 3 (junio)—En la mañana, a las 7, el general Obregón y el general Diéguez, con sus estados mayores, se trasladaron a Santa Ana, donde los generales Murguía, Castro y González les esperaban para conferenciar. El día anterior se habían mandado unos emisarios a Irapuato, en donde deberían estar los generales Quiroga, Novoa, Maycotte y Amaro con sus fuerzas, en que se les ordenaba marchar con rumbo de Romita, para entrar en Santa Ana. Desde uno de los miradores de la hacienda, se determinaba el plan de ataque que había sido acordado ya. Santa Ana del Conde está al suroeste de Estación Trinidad, como a 9 kilómetros de ésta y en línea de retaguardia a El Resplandor, que había sido ya ocupado por los villistas. Mientras se conferenciaba en Santa Ana, el enemigo se acercaba a la artillería, que sería emplazada a muy corta distancia de la hacienda. Por esto, el general Obregón mandó sacar inmediatamente fuera de dicha hacienda las impedimentas y gran número de caballos que allí estaban".

Lo siguiente fue lo que escribí, refiriéndome al momento crucial: "Con todo empeño hacíase ésto, cuando el enemigo, fiado en que no tenía-

mos allí artillería, abrió un nutrido fuego de ráfaga sobre la hacienda. Nosotros, con el general Obregón, nos dirigimos a la línea de fuego ocupada por el 20º Batallón, el frente de Santa Ana y pasábamos por un estrecho pasillo, cuando por aquel preciso lugar pasaban terroríficas las balas de cañón. Serrano y yo buscamos refugio en una pared. Mi general Obregón, Garza, Ríos y Piña, avanzaron como unos 30 metros. La tercer granada de aquella serie había hecho su brutal blanco en el brazo derecho de mi general, que cayó con inaudita entereza, gritando: ¡Viva México! ¡Viva la Revolución!, y pretendiendo en seguida suicidarse con su pistola Savage, la que afortunadamente no tenía tiro en la recámara. Y Garza, viendo aquello y que el general forzaba el arma entre las piernas para subir el casquillo a la recámara, le arrebató aquella arma, que sin tan oportuna intervención, habría privado a la patria de uno de sus luchadores. Garza regresó a nuestro lado con la pistola en la mano, ensangrentado y lívido dijo: “Vamos a ver a mi general, lo acaba de herir un cañonazo y se quiere suicidar. Necesitamos sacarlo de allí, pues no quiere”. Estas más o menos fueron sus palabras. Yo, fuera de mis sentidos, eché a correr; buscaba un doctor para “un compañero”, y en aquel momento en que mi razón ofuscada obedecía al sentimiento, marché hasta encontrarme con el general Murguía, quien en esos momentos andaba vigilando la línea de fuego. Al encontrarlo, sólo pude preguntarle por un médico para “un compañero” que habían herido y más luego, en voz baja, díjele que habían herido a mi general; que está grave y que era necesario que no se dieran cuenta para evitar desmoralizaciones”. El general Murguía inmediatamente localizó al doctor Jorge Blum, médico de la división, y juntos nos trasladamos a la pieza de la hacienda en donde se encontraba mi general, dándole el doctor Blum los primeros auxilios médicos.

Cumplida mi misión con el general Murguía: “Llegué al cuarto donde mi general estaba, recostado en un sofá; la mano izquierda sobre su frente, pálido, sereno, aguantando aquel dolor con un estoicismo digno de su raza, sin volver la mirada, sus ojos fijos en el cielo y los médicos vendando su brazo. No me di cuenta de aquella escena. Fuera de mí contemplaba ensimismado aquel espectáculo, que no podía saber si era de vida o de muerte; desfalleciente, vi una y muchas veces aquella frente serena, aquella mirada fija, mudo estoicismo, a aquel hombre nimbado de gloria y de inmortalidad, y fijaba la mirada en él como para sentir su aliento, su vida, su inspiración. Y quise hablarle, pero no... El momento era solemne y aquel recinto, que pareció tétrico y sombrío, más que un

abismo, pareció sobreponerse a mi ánimo, a mi espíritu, y me pareció ver en aquellos momentos el fin de la vida, de la Revolución, de la gloria de la Patria, arrebatando a aquel hombre su vida, su cerebro, su esfuerzo”.

\* \* \*

Estaba apesadumbrado, derramé lágrimas ante lo que parecía inminente fin de nuestro amado jefe. De este modo proseguí mis apuntes: “El general Murguía se acercó, fumaba, y el general Obregón le pide su cigarro, y sereno, impávido, fuma teniendo aquel cigarro en su mano izquierda y sin alterarse, sin precipitarse habla, dirigiéndose a Murguía: “*Si ve al Primer Jefe, dígame que caí cumpliendo con mi deber y que muero bendiciendo la Revolución*”. Luego siguió recomendándole juntarse con todos los jefes y dijo: “Yo sé que mi muerte levantará una ola de indignación en México y que habrá muchos que venguen mi sangre”. Le recomendó igualmente a su Estado Mayor y que le dijera al Primer Jefe que “estos muchachos que han venido conmigo y que tanto me han ayudado, son dignos de más consideración”. Nosotros apenas si alcanzábamos a darnos cuenta de todo aquello; después nos llamó y nos dijo a su estado mayor: “*Yo conozco muy bien mi situación y sé que voy a morir; les recomiendo que con el que siga de jefe, todos ustedes vayan con él y sigan trabajando con el mismo valor, con la misma lealtad y honradez, hasta triunfar*”. De pronto tuvo una convulsión, pidió que le ayudáramos a desabrocharse el cuello de la camisa, y al hacerlo, creímos que iba a morir. Mientras tanto, nos dispusimos a conducirlo a Trinidad, a la base del cuartel general, y como no hubiera camillas, arreglamos un catre de campaña roto, con un sarape, lo trasladamos y en la más fúnebre y triste caravana que se haya presenciado, marchábamos unidos, tristes, ensimismados”.

Y seguí escribiendo: “Al pasar por la línea del 8º Batallón de Sonora, de indios mayos todos, muchos peones y conocidos de mi general, les habló en la lengua y uno de ellos, tuvo esta frase lacónica y expresiva: ¡Esos son... pantalones! Marchábamos en la desesperación más grande de nuestra vida, acompañando aquel fúnebre desfile, y una vez mi general me habló y sólo dijo: “Aarón...”, pero con una sonrisa, con una dulzura, con tanta tranquilidad y amor, que yo vi en aquella palabra y en aquella expresión”, de acuerdo con lo que en algún momento oportuno me había encargado, creí recibir un mensaje íntimamente sentimental y

afectivo, para que yo lo transmitiera a la que era entonces su prometida y que fuera más tarde su amada y abnegada esposa, según lo dejé asentado con mayor amplitud en mis citados apuntes.

\* \* \*

“Este acerbo y largo dolor lo experimentamos hasta la 1 p. m., hora en que llegamos al campamento, adonde ya se había dispuesto todo para la operación. De aquí en adelante, la suerte de este hombre dependía de otros hombres, los doctores, que deberían practicar aquel acto cruel, pero indispensable y del que en gran parte dependía la vida de aquel hombre. Antes de ésto, hubo un momento angustioso, la llegada de Enríquez, a quien mucho aprecia. (Me refiero al general Ignacio C. Enríquez, destacado e idealista revolucionario de Chihuahua, compañero del estado mayor, de especial predilección del general en jefe Alvaro Obregón y correligionario nuestro). Fue amargo aquel acerbo momento en que aquel otro hombre sintióse herido, quizá al igual que nosotros, en el alma por la escena de mi general, y crueles también fueron aquellos instantes en que nuestra travesía, mi general recorría estos nombres: “Serrano, Garza, Aarón, Piñita, para llamarnos indistintamente a su lado y pedirnos le quitáramos aquel sufrimiento, con la vida. Y nosotros, enternecidos, no sabíamos qué hacer. Recuerdo uno de estos instantes. Me llamó: “Aarón, Aarón...” y al acercarme, me dice: “¿Por qué, si yo los quiero tanto, me hacen sufrir? ¡Mátenme, y acaben con este sufrimiento! “No sean ingratos”. Y entre sollozos, contestéle: “Precisamente porque lo queremos, lo vamos a salvar”. Y no pude completar más aquellas frases. Lloré una y repetidas veces lágrimas de inmenso dolor, de profunda amargura”.

No puedo menos que repetir lo que entonces registré con estos otros términos: “A las 2.30 p. m., un cuerpo yerto se aproximaba al carro “Siquisiva”. Era el de mi general, que en blancas sábanas era trasladado del lugar donde fue operado, en el carro de ferrocarril del servicio médico del cuartel general, quedando convenientemente instalado en su cama o en el carro “Siquisiva”. Y yo, dudando de su vida, ávido, me acerqué para sentir su respiración, confirmando así lo que Garza me afirmaba de que la operación fue con todo éxito, y que la opinión de los médicos era de que dentro de las siguientes 48 horas, su salvación estaría asegurada. Más tarde, a las 4 ó 5 p. m., le oí hablar. La cosa daba mayor esperanza, y en menor inquietud pasamos ese día y esa noche. Al siguiente día 4,

su mejoramiento era notable. Lo vi, sin decirle más que: "Mi general", dos o tres veces. Y en una de ellas me dijo: "¿Qué hay Aarón?" Estas fueron ya palabras de aliento, de esperanza".

\* \* \*

He de referirme a la *Batalla de Trinidad*, que abrió el camino del triunfo para que el Cuerpo Expedicionario al mando del general Obregón, ocupara, el 5 de junio de 1915, la ciudad de León.

En efecto, consumado el triunfo de la segunda batalla de Celaya el día 15 de abril (1915), se procedió a levantar el terreno, incinerar y sepultar numerosos cadáveres que se encontraban en el campo de batalla, y el 19 se emprendió la marcha del cuartel general y todos los contingentes con rumbo a Salamanca e Irapuato, plaza esta última a la que la vanguardia al mando de los generales Maycotte y Novoa llegaron el día 16.

Se siguió inmediatamente a Silao y a Guanajuato y de allí a Trinidad, donde quedó establecido el cuartel general del Cuerpo Expedicionario del Noroeste.

Los generales Diéguez y Murguía, que venían sosteniendo la defensa de Jaiisco, Colima y parte de Michoacán, se pusieron en contacto con nuestras fuerzas y se incorporaron a Irapuato el 26 de abril. Mientras tanto las fuersas ya descansadas y reforzadas continuaron rumbo al norte hasta llegar frente a la ciudad de León, Guanajuato, quedando instalado el grueso de las fuerzas y el cuartel general en Estación Trinidad, en espera de municiones que desde el puerto de Veracruz eran activamente enviadas por la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, bajo una vigilancia que resultó eficaz.

El poder de Villa estaba quebrantado, pero no destruido. Al parecer, ambos contendientes se conocían por haberse medido. Si es verdad que los contingentes humanos constitucionalistas siempre fueron menores a los que contaba el villismo, la desventaja estaba suplida por virtud de la alta moral que existía entre los soldados que tenían por jefe al general Alvaro Obregón.

Bien se sabe que la de Trinidad fue una batalla de larga duración, realizada por el caudillo constitucionalista con atingencia y genio. Fue una batalla de provocación y desgaste. Fue una batalla que tuvo cientos



su mejoramiento era notable. Lo vi, sin decirle más que: "Mi general", dos o tres veces. Y en una de ellas me dijo: "¿Qué hay Aarón?" Estas fueron ya palabras de aliento, de esperanza".

\* \* \*

He de referirme a la *Batalla de Trinidad*, que abrió el camino del triunfo para que el Cuerpo Expedicionario al mando del general Obregón, ocupara, el 5 de junio de 1915, la ciudad de León.

En efecto, consumado el triunfo de la segunda batalla de Celaya el día 15 de abril (1915), se procedió a levantar el terreno, incinerar y sepultar numerosos cadáveres que se encontraban en el campo de batalla, y el 19 se emprendió la marcha del cuartel general y todos los contingentes con rumbo a Salamanca e Irapuato, plaza esta última a la que la vanguardia al mando de los generales Maycotte y Novoa llegaron el día 16.

Se siguió inmediatamente a Silao y a Guanajuato y de allí a Trinidad, donde quedó establecido el cuartel general del Cuerpo Expedicionario del Noroeste.

Los generales Diéguez y Murguía, que venían sosteniendo la defensa de Jaiisco, Colima y parte de Michoacán, se pusieron en contacto con nuestras fuerzas y se incorporaron a Irapuato el 26 de abril. Mientras tanto las fuersas ya descansadas y reforzadas continuaron rumbo al norte hasta llegar frente a la ciudad de León, Guanajuato, quedando instalado el grueso de las fuerzas y el cuartel general en Estación Trinidad, en espera de municiones que desde el puerto de Veracruz eran activamente enviadas por la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, bajo una vigilancia que resultó eficaz.

El poder de Villa estaba quebrantado, pero no destruido. Al parecer, ambos contendientes se conocían por haberse medido. Si es verdad que los contingentes humanos constitucionalistas siempre fueron menores a los que contaba el villismo, la desventaja estaba suplida por virtud de la alta moral que existía entre los soldados que tenían por jefe al general Alvaro Obregón.

Bien se sabe que la de Trinidad fue una batalla de larga duración, realizada por el caudillo constitucionalista con atingencia y genio. Fue una batalla de provocación y desgaste. Fue una batalla que tuvo cientos

de kilómetros por escenario, concebida con visión nacional, que se sostuvo por la iniciativa del jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y que se corrigió a tiempo y adecuadamente, cuando los azares de los combates parecían arrebatarse al general Obregón las ventajas que día con día fue conquistando.

Varios combates se libraron durante todo el mes de mayo, debiéndose señalar entre otros el del 22 en la hacienda El Resplandor, Santa Ana del Conde, Los Sauces, así como en Los Otates, La Loza, en que las caballerías al mando de los generales Cesáreo Castro y Murguía, determinaron la victoria de nuestras caballerías en esta acción de armas de las más importantes realizadas en el propio mes de mayo.

No eran palabras vanas las que estampó en su libro el general Obregón al referirse a las acciones del 12 de mayo: "En nuestro campamento nada había ya que disponer, porque cada división, cada brigada, cada batallón y cada hombre, ocupaban el lugar que se les había señalado, y como se había estado combatiendo tan constantemente, todos nuestros jefes tenían una vigilancia rigurosa y estaban observando, también, los movimientos del enemigo".

Por otra parte, con toda justicia en las páginas de la obra del general Obregón aparecen los nombres de cada uno de los jefes que se iban distinguiendo en el arrollador ímpetu que se contrapuso a la División del Norte. No se quitaron méritos, ni se escatimaron elogios, a los generales Hill, Maycotte, Diéguez, Murguía, Cesáreo Castro, Alejo González, Novoa, que respondieron al llamado del deber. A su vez, son conmovedoras las alusiones que hizo el comandante en jefe de personas con jerarquía menor y aún de sus anónimos soldados; pues al dejar escrito *Ocho Mil Kilómetros en Campaña*, se propuso el general Obregón hacer justicia a los que lo acompañaron en la cruenta y difícil campaña, y dejar constancia de que la lucha que había dirigido fue una lucha del pueblo, porque en ella el pueblo tomó parte preponderante.

\* \* \*

He dicho que la *Batalla de Trinidad* fue de duración y desgaste, pues se inició formalmente el 29 de abril de 1915 para terminar el 5 de junio de ese año. Durante los 38 días en los que se prolongó, las acciones defensivas se alternaron con las ofensivas que emprendían las caballe-

rías villistas. Por lo demás, la elección del campo de batalla corrió a cargo del general Obregón; la conducción táctica respondió siempre a ideas claras y precisas sobre las características del adversario y de sus posibilidades de acción. Todo fue previsto por el comandante en jefe, conviene a saber: la designación de un comandante subalterno que pudiera sustituirlo en caso de que faltara, designación que tuvo lugar en San Juan del Río, en los comienzos de la campaña contra la División del Norte, y que recayó en la persona del general Benjamín Hill.

El general Obregón dictó las medidas conducentes para proteger la larga vía de comunicación que, desde Veracruz y bajo la vigilancia del Primer Jefe, era el conducto por donde recibía municiones, otros elementos de guerra, así como los contingentes humanos que llegaron a reforzarlo. Una sana previsión lo llevó a mantener abiertas las comunicaciones con el puerto de Manzanillo. Toda la vigilancia de lo que puede llamarse tener cubiertas las espaldas estuvo a cargo de generales como Joaquín Amaro y Benecio López; y en Colima por el general Juan José Ríos y la brigada Quiroga. Mientras que el aprovisionamiento constante por las vías férreas desde Veracruz a Pachuca, Tula, Querétaro y Celaya, quedó bajo el cuidado de generales como Miguel Alemán y, sobre todo, Ignacio Enriquez.

\* \* \*

Numerosos fueron los choques que sostuvieron ambos adversarios. Por mi parte puedo destacar el ataque y la ocupación que del Cerro de La Capilla, llevó al cabo el general Alejo González, el 7 de mayo.

La carga de caballería tan brutalmente lanzada por el general Villa (que fue provocada por el general Contreras), y que pese a las oleadas que organizaron los dragones villistas, en vano trataron de romper el frente, ya que los estragos materiales que recibieron fueron enormes, bien cuando atacaron frontalmente, ora cuando recorrían paralelamente a toda velocidad de sus monturas la línea, buscando un punto débil o su extremo, con el fin de desbordarlo.

El 19 de mayo se advirtieron ostensibles preparativos del enemigo para tomar la ofensiva, lo que a su vez obligó a aplazar la ofensiva cons-

titucionalista, y dar prioridad a la destrucción del enemigo que amenazaba por la retaguardia, en Dolores Hidalgo, que se encaminó con propósitos evidentes de atacar Celaya. El 22 de mayo Villa descargó un golpe de ariete sobre la Segunda División de Infantería, de tal modo que hacia el amanecer, la lucha habíase generalizado a todo lo largo del frente. Cuatro o cinco fueron los asaltos villistas, que se sucedieron uno tras otro, con ímpetu creciente; en la inteligencia de que después del segundo asalto infructuoso, realizado por la infantería, vino en su apoyo la caballería trayendo cada jinete un infante en ancas para dejarlo en la primera línea de fuego. Ante el hecho de haber sido rechazado el ataque, el general Villa se obstinó e hizo montar un cuarto asalto, cargando con su caballería, doblada por infantes en las grupas, que eran dejados en tierra, al borde mismo de las trincheras constitucionalistas. Un revés más, con grandes pérdidas, fue el único resultado.

En la madrugada del 1º de junio se inició un ataque general villista contra el flanco izquierdo de las fuerzas constitucionalistas, realizada por una fuerte columna de caballería, que castigó en grado sumo al sector a cargo del general Francisco Murguía. Para las 9 de la mañana la amenaza sobre Santa Ana del Conde cobró más importancia; en la inteligencia de que una hora después, una masa de caballería mandada personalmente por el general Villa avanzó sobre las estaciones de Silao y Nápoles, estaciones, sobre todo la de Silao, de la que se apoderaron los villistas, la incendiaron y capturaron el material rodante que no pudo ser evacuado; ahí dejaron un fuerte destacamento y se rebatieron sobre Nápoles, en donde otro agrupamiento ya había ocupado la estación, quemándola también, destruyendo los puentes del ferrocarril y las líneas telegráficas.

\* \* \*

Fue indudable que las columnas de humo producidas por los incendios de Silao y Nápoles constituyeron una señal convenida, pues los villistas reanudaron sus ataques en todo el frente, y poco después no quedó una sola fracción de tropa que no estuviera empeñada en la lucha. El castigo sobre el sector del general Murguía prosiguió, al grado de que tuvo que retroceder bajo la presión impetuosa de los dragones villistas y batirse en retirada hasta Santa Ana del Conde. En esta situación com-

prometida, el general en jefe decidió conservar la hacienda de Santa Ana llevando hacia ella suficiente infantería para defenderla, hasta formar un centro de resistencia que le sirviera de base de partida al iniciar la contraofensiva federal.

A primera hora del día 3, el general en jefe se dirigió a Santa Ana en compañía del general Diéguez y de los miembros de los estados mayores de ambos. En este lugar los generales Castro, Munguía y Alejo González esperaron al general Obregón. Instalados en un torreón de la finca, que se utilizó como observatorio, el general Obregón expuso su plan de ataque para el día siguiente, fijando misiones, dispositivos y la hora inicial. Poco tiempo después el general Obregón cayó herido por la metralla que le cercenó el brazo derecho.

En estas circunstancias, el general Benjamín Hill asumió la jefatura del Ejército de Operaciones, según la orden expedida el 29 de marzo de 1915 en San Juan del Río. Por la noche del día 3 se reunieron con el general Hill los comandantes de división Castro, Munguía y Diéguez, con asistencia de algunos miembros del estado mayor del general Obregón, como el general Serrano y los tenientes coroneles Jesús M. Garza y Aarón Sáenz. En esa reunión se estudió el plan de ataque para el día siguiente, 5 de junio. Después de analizar diversas posibilidades, todos concluyeron que la idea de maniobra, establecida el día 3 en la hacienda Santa Ana por el general Obregón, era todavía la más conveniente y la que debía ponerse en práctica. A propuesta del general Murguía, apoyado por el general Castro, el plan original fue adicionado con la disposición de lanzar un agrupamiento de caballería sobre la retaguardia de Villa, con el fin de cortar la vía de ferrocarril de San Francisco del Rincón.

El hecho de haber aceptado los generales la maniobra ideada por Obregón; el hecho de que antes de haber sido herido y después de sus lesiones, es decir, durante toda la campaña contra el general Villa, Obregón haya sido el jefe indiscutible; el hecho, por último, de que prácticamente fueron 24 horas (después de la lesión) las que el general Obregón se conservó al margen de la campaña, pues tan luego como los efectos de la anestesia se disiparon comenzó a informarse de la situación y el proceso del combate, para dar las órdenes que le permitían su estado; por todos estos hechos se llega a la conclusión de que el artífice de la batalla

de León fue el general Obregón, secundado por los comandantes subalternos que cumplieron con su deber; por los jefes y oficiales, así como por los soldados constitucionalistas que respondieron con su disciplina y sus sacrificios a la dirección del gran conductor de las victorias militares que fue el general Obregón.

Hacia la tarde del 5 de junio de 1915 las fuerzas constitucionalistas eran dueñas de la ciudad de León, en tanto que la derrota villista fue completa, por lo que la persecución de la División del Norte, fragmentada, en todas direcciones, prosiguió hasta el anochecer.

\* \* \*

Con anterioridad he hecho alusión a algunos de los más distinguidos jefes constitucionalistas que tomaron participación en la *Batalla de Trinidad*. A esos nombres debo agregar los de Alejandro Mange, Gabriel Gavira, Porfirio González, que tuvieron a su cargo comisiones delicadas y que contribuyeron al triunfo del constitucionalismo. Por lo demás innumerables fueron los caídos, pero destacó la muerte del coronel Cirilo Elizalde, que perdió la vida con pundonor, al replegarse del rancho de San Jerónimo a la hacienda de Santa Ana, el 1º de junio, que fue cuando se castigó rudamente al flanco izquierdo de las fuerzas constitucionalistas.

Ahora bien, la *Batalla de León*, que también se conoce con el nombre de la *Batalla de Trinidad*, constituyó una derrota más para la División del Norte. Vuelvo a repetir que en esos actos de violencia, en esa guerra civil, tan sangrienta, merecen vencedores y vencidos el recuerdo que tiene que hacerse de ellos, ya que con sus sacrificios hicieron posible el surgimiento de un México nuevo.

La *Batalla de León* constituyó otro eslabón de los triunfos de las tropas constitucionalistas que lograron en 1915.

Es verdad que todavía faltaban acciones de guerra y trabajos por realizarse para llegar al dominio del territorio nacional por parte de los hombres que reconocieron en el señor Carranza su Primera Jefatura. Pero de todos modos, la batalla de León, por sí misma y en unión de los demás combates sostenidos a través del territorio patrio, dieron basamento a la posterior convocatoria al Congreso Constituyente de Querétaro

de 1916, de cuyo seno salió la Carta Política que rige a las instituciones de México. Esa Carta no solamente es para nosotros norma de observancia general, sino base y símbolo de la transformación social, económica y política, que ha hecho de México el país que empeñosamente se ha desarrollado a sí mismo, dentro del sistema de la democracia representativa y de acuerdo con los principios de la justicia social. Aquellos sacrificios, la sangre derramada y la violencia desencadenada, quedaron ampliamente justificados, con los resultados de la nueva vida que venturosamente se ha implantado en nuestra patria.

[Trabajo dado graciosamente por su autor para su publicación].

**NOTA:**—Se anexa en *Fuentes Documentales* el Parte Oficial de la *Batalla de Celaya*, batalla decisiva en la lucha entre constitucionalistas y villistas como apéndice de este trabajo y teniendo en cuenta que este año se cumple el *Cinco*centenario de esos decisivos combates.

LA REDACCION.

## FUENTES DOCUMENTALES

# Parte Oficial de la Batalla de Celaya del 6 al 7 de Abril de 1915

Tengo el honor de informar a usted que, en cumplimiento de sus superiores órdenes, la noche del día 10 de marzo del año actual, el Ejército de Operaciones, que me honro en comandar, hizo su salida de la ciudad de México para emprender la campaña contra los reaccionarios en el Centro y Norte de la República, habiendo llegado a la ciudad de Tula, Estado de Hidalgo, la noche del día siguiente, lugar donde quedó establecido el Cuartel General, para hacer allí la reconcentración de todas las fuerzas e impedimentas, teniendo a la vanguardia los batallones 1º y 21º de Sonora, comandados, respectivamente, por los CC. coronel Eugenio Martínez y teniente coronel J. Manuel Sobarzo, y la brigada de caballería del C. general Fortunato Maycotte, cuyas fuerzas, con anterioridad, habían consolidado la posesión del territorio hasta San Juan del Río, Qro., tras de reñidos combates con el enemigo, en Huichapam y en el kilómetro 169, que libraron los dos batallones citados, con la cooperación de las fuerzas del C. general Gonzalo Novoa, que guarnecían la ciudad de Tula. La reconcentración terminó de hacerse el día 22 del mismo mes, en cuya fecha el Cuartel General se trasladó a estación Cazadero, 82 kilómetros al Norte de Tula, adonde ya habían sido movilizadas las infanterías y la artillería. De ese punto se emprendió la marcha el día 25, a San Juan del Río, llegando a esta última población el mismo día, y allí se hizo la reconcentración final de fuerzas, emprendiendo el avance sobre Querétaro el día 30. Tras de algunos tiroteos con el enemigo, que fue obligado a retroceder, la ciudad de Querétaro fue ocupada por nues-



tras fuerzas el día 31, permaneciendo allí hasta el día 3 de abril, fecha en que continuamos la marcha al norte, llegando a Celaya el día 4, después de derrotar al enemigo en un ligero combate sostenido en Apaseo. De Celaya avanzó nuestra vanguardia, al mando del C. general Fortunato Maycotte, hasta estación Guaje, a 18 kilómetros al Norte, sobre la vía del Central. Al siguiente día —5 de abril—, tuve conocimiento de que una columna enemiga, mandada por Francisco Villa, emprendía un avance al sur de Irapuato, aproximándose a nuestra vanguardia. Inmediatamente procedía a hacer un reconocimiento topográfico de los contornos de Celaya, y ordené al C. general Cesáreo Castro, jefe de la división de caballería, para que, a su vez, lo hiciera con el general Maycotte, que si la columna enemiga era poderosa, no presentara combate y retrocediera hasta incorporarse a Celaya, donde yo me encontraba con el grueso del Ejército, recomendándole, a la vez, que cada cuatro horas rindiera parte de novedades al Cuartel General. El día 6, a las diez de la mañana, recibí un parte del general Castro, reproduciendo el que a él habíale rendido el general Maycotte, relativo a que tres poderosas columnas lo atacaban, y que su situación era muy comprometida. En seguida ordené al C. general Benjamín G. Hill, jefe de la 1ª División del Noroeste, alistar un tren para embarcar 1,500 infantes, y al general Martín Triana, salir con sus fuerzas y los regimientos de los coroneles Juan Torres, Cirilo Elizalde y Vidal Silva, sobre la vía del ferrocarril, al Guaje. Con el tren de infantería salí personalmente a las 12 m., para dar auxilio al general Maycotte, y darme cuenta aproximada del efectivo del enemigo. Habíamos caminado 10 kilómetros, cuando empezamos a encontrar fuerzas de caballería de la vanguardia, batiéndose en retirada, casi envueltas por dos columnas enemigas, que cargaban por los flancos, informándome que el general Maycotte estaba sitiado en Guaje; hice entonces avanzar más el tren, ordenando al maquinista que diera algunos pitazos, para denunciar nuestra presencia al enemigo que sitiaba al general Maycotte.

El enemigo, al darse cuenta de la llegada de nuestro tren, abandonó las posiciones que tenía y se abalanzó sobre nosotros, permitiendo, así, que las fuerzas sitiadas salieran por el flanco derecho y empezaran a batirse en retirada también, rumbo al campamento en Celaya. Ordené que nuestro tren retrocediera con igual velocidad que la que el enemigo traía, con el fin de que éste continuara teniendo la esperanza de apoderarse de él, y de este modo, hacer más fácil la reconcentración de nuestras tropas a Celaya, cosa que se logró a las 4 p.m. Entretanto, el general

Hill, a quien habíale ordenado preparar toda la columna de infantería y artillería para protegernos, en caso necesario, al darse cuenta de que nos reconcentrábamos al campamento, ordenó a las infanterías el dispositivo de combate.

Inmediatamente comuniqué órdenes al general Hill para que dispusiera la colocación de las infanterías en la forma siguiente: Por el frente, desde la vía del ferrocarril hacia la izquierda, los batallones 8º, 10º, 4º, 2º y 1º de Sonora; por la derecha, los batallones 9º, 21º, 17º, 22º, 20º y 15º de Sonora, lo que se efectuó desde luego, tomando posiciones en los bordes de las labores de cultivo que existen en ese rumbo. Al coronel Kloss, jefe de la artillería, ordené que emplazara sus piezas, también al frente, un poco a la retaguardia de las posiciones de la infantería. Igualmente comuniqué órdenes al general Triana, para que, con las fuerzas de su mando y los regimientos de caballería que comandan los C.C. coroneles Torres, Silva y Elizalde, tomara también posiciones, lo que efectuó, colocando el 1º y 2º regimientos de su brigada y el 4º de la brigada "Antúnez", en las posiciones que ocupaba nuestra caballería; el 5º regimiento a las órdenes del coronel Elizalde, un poco a la izquierda de la fábrica "La Internacional", y el 1º de la brigada "Antúnez", comandado por el coronel Torres, a la derecha de las posiciones de infantería.

Entretanto, el combate se había generalizado por todo el frente, haciéndose cada vez más reñido, especialmente en el arma de artillería, pues la nuestra y la del enemigo entablaban un duelo reñidísimo.

Al general Castro ordené que reconcentrara las caballerías de que podía disponer, dentro de la ciudad, y poner la caballada en descanso, en lugares convenientes, mientras que con los soldados, cubrir en nuestro flanco izquierdo nuestra retaguardia, la parte del círculo de defensa que quedaba descubierta. También le ordené que enviara dos correos a comunicar órdenes a los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, para que se incorporaran inmediatamente con sus columnas de caballería, con que ese mismo día habían ocupado Acámbaro; y otro correo, sobre la vía del ferrocarril que va a San Luis, para comunicar iguales órdenes al general Porfirio G. González que marchaba en aquella dirección con una columna de 1,500 dragones.

La infantería enemiga se posesionaba de los bordes que quedan al frente de los que ocuparon nuestros infantes, y la caballería villista car-

gaba impetuosamente sobre nuestras posiciones, estrellándose en cada uno de sus intentos. Así se prolongó la lucha, durante toda la tarde, siendo cada vez más desesperada; continuando también durante la noche el nutrido fuego de fusilería, ametralladoras y cañones, sin que lograra el enemigo desalojar de su puesto a uno solo de nuestros soldados.

Cuando amaneció, podía verse el campo por donde el enemigo daba sus cargas, literalmente sembrado de cadáveres y los caballos muertos constituían ya un obstáculo para continuar sus cargas; sin embargo, desde las 6 a.m., el enemigo, con nuevos bríos, emprendió una serie de cargas de caballería, sin dar tregua a nuestros soldados, que sin haber sido relevados, continuaban inquebrantables en sus posiciones. La artillería enemiga, que se componía de doce cañones, seguía batiendo las posiciones de los nuestros con la misma energía que el día anterior. La nuestra había tenido que reconcentrarse a la ciudad, para reparar algunos desperfectos sufridos por su continuo disparar. A las nueve de la mañana de ese mismo día (7), seguido de mi Estado Mayor, me trasladé a la línea de fuego del frente, cuando el combate se hacía más desesperado, para darme cuenta exacta de la situación. Había llegado al lugar donde tenía su cuartel el general Manzo, en momentos en que éste recibía parte de que los batallones 8º 9º, 17º y 22º y parte del 21º, empezaban a abandonar sus posiciones por habérseles agotado por completo el parque. El espectáculo era doloroso y desesperante; nuestros heroicos soldados exponían la suerte de la batalla y su propia vida, abandonando sus posiciones para ir en busca de cartuchos, agotados por el incesante fuego que habían tenido que contrarrestar durante toda la noche y esa mañana. Inmediatamente di órdenes a los miembros de mi Estado Mayor para que, con toda actividad, se hiciera llegar parque del depósito de reserva, a la línea de fuego y se movilizaran el 15º Batallón de Sonora, que ocupaba nuestra extrema derecha, bajo las órdenes de su comandante, C. coronel Severiano Talamante, y las fuerzas que comanda el C. coronel Cirilo Elizalde, para cubrir la línea abandonada. Pedí en seguida un trompeta, habiéndoseme proporcionado uno del 9º Batallón, Jesús Martínez, que sólo cuenta 10 años de edad, único que pudo conseguirse en aquellos momentos, y, con él, me trasladé a las posiciones de defensa que, para aquellos momentos, habían quedado por completo abandonadas, y ordené al trompeta que tocara diana; éste obedeció inmediatamente, desorientando con aquello al enemigo, que contuvo su avance y empezó a tomar precauciones, creyendo que aquella retirada obedecía a un plan estratégico

para hacerlos acercar a nuestra línea, la que conceptuaban quizá más fuerte. Mientras el niño continuaba tocando diana, recorría yo la línea distribuyendo los pocos soldados que quedaban, quienes repelían con sus fuegos los del enemigo. Hice avanzar una fracción del 17º Batallón, al mando del teniente coronel Fernando F. Félix y al coronel Talamante, que en esos momentos se presentaba con el 15º Batallón, y en media hora nuestra línea quedó tan fuerte como lo había estado antes. Al mismo tiempo, llegaba el parque pedido, y los soldados llenaron de nuevo sus cananas y volvieron a ocupar sus posiciones, llenos de entusiasmo y con el mismo inquebrantable ánimo que los caracteriza.

Dispuse que el general Castro alistara todas sus caballerías, inclusive las de los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, que acababan de incorporarse, para efectuar un movimiento envolvente por ambos flancos; y cuando el general Castro recibió esta orden, ya él había determinado hacer avanzar sobre el flanco derecho del enemigo, y las brigadas de los generales Fortunato Maycotte, Jesús S. Novoa y Alfredo Elizondo. Entonces ordené que la caballería del general González hiciera el movimiento sobre el flanco izquierdo. Esos movimientos, efectuados con toda rapidez y energía, eran el comienzo de nuestra ofensiva contra las posiciones del enemigo, y desde la 1 p.m., en que empezaron a desarrollarse, nuestras caballerías, con sus respectivos jefes al frente, cargaban sobre los villistas con los bríos que siempre los han distinguido, lo cual hizo que el enemigo empezara a batirse desesperadamente en retirada; y si en esta vez logró salvar su artillería, fue debido al desconocimiento por parte de nuestros jefes, del terreno en que hicieron la persecución, pues el valle que nuestras caballerías recorrieron, está cruzado, en distintas direcciones, por un sinnúmero de canales y acequias de irrigación, que favorecieron a los traidores en su precipitada fuga. La persecución se prolongó hasta las 6 p.m., en una distancia de 15 kilómetros, de donde nuestras caballerías regresaron, porque la noche que cerraba ya les impedía continuar sus movimientos.

Las pérdidas sufridas por el enemigo son de gran consideración, pues en el campo que ocupó fueron contados más de 1,800 muertos, se les capturaron poco más de 500 prisioneros, gran número de armas, caballos y municiones, tanto de fusil como para cañones, y estimo que el número de heridos que sufrió debe ser mayor de 3,000, pues en su retirada hacia el Norte, ocuparon con ellos cinco trenes. Entre los muertos del enemigo se encuentra el llamado general Agustín Estrada.

Por nuestra parte, tenemos que lamentar la muerte de los coroneles Alfredo Murillo, jefe del 17º Batallón de Sonora, y Tomás Estrada, jefe del 8º Batallón de Sonora, y mayores Arturo Gutiérrez y José Angel Guerra, de la brigada Regional de Coahuila, que comanda el C. general Alejo G. González, y 27 oficiales y 526 de tropa; y heridos, los coroneles Eugenio Martínez, jefe del primer Batallón de Sonora, y Paz V. Faz, de la brigada Maycotte; mayores Roque Chávez del 10º Batallón; Dolores Guarizapa, del 15º, y Abelardo Rodríguez, del 4º, y 20 oficiales y 340 de tropa, conforme al pomenor adjunto.

Paréceme inútil hacer especial mención de los generales, jefes y oficiales que se distinguieron en esta batalla, pues todos, por igual, estuvieron a la altura de su deber, desplegando actividad, energía y valor, como han sabido hacerlo siempre.

Permítome reiterarle, en mi nombre, y en el del valiente Ejército de Operaciones, que me honro en comandar, nuestras felicitaciones muy sinceras por el triunfo obtenido, protestándole las seguridades de mi respetuosa consideración y subordinación. *Constitución y Reforma*. Celaya, Gto., a 10 de Abril de 1915. El General en Jefe. *Alvaro Obregón*.

RELACION DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES  
MUERTOS EN LA BATALLA DE CELAYA, DEL 6 AL 7  
DE ABRIL DE 1915

MUERTOS:

Coronel Alfredo Murillo .....	Del 17º Batallón de Sonora.
Coronel Tomás Estrada .....	Del 8º Batallón de Sonora.
Mayor Arturo Gutiérrez .....	Brigada Regional de Coahuila.
Mayor José Angel Guerra .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1º Rafael Gaxiola .....	4º Batallón de Sonora.
Capitán 1º José Méndez .....	Brigada Maycotte.
Capitán 1º Alfredo Elizondo .....	Brigada Maycotte.
Capitán 2º Manuel Guzmán .....	9º Batallón de Sonora.
Capitán 2º J. Antonio Torres .....	Brigada Maycotte.
Capitán 2º Guillermo González.....	Brigada Maycotte.
Teniente Anacleto García .....	8º Batallón de Sonora.
Teniente Narciso Ontiveros .....	8º Batallón de Sonora.
Teniente Pablo Rojas .....	Regimiento "Coronel Vidal Silva".

Teniente José de los Santos.....	Regimiento "Coronel Vidal Silva".
Teniente Basilio Flores .....	Brigada Maycotte.
Teniente Agustín Hernández García.	Brigada Maycotte.
Teniente Víctor D. Luna .....	Brigada Maycotte.
Teniente Enrique P. Toledo .....	Brigada Maycotte.
Teniente Ricardo Peimbert .....	Brigada Maycotte.
Subteniente Juan Chávez .....	21º Batallón de Sonora.
Subteniente Fortino Hernández ....	21º Batallón de Sonora.
Subteniente Antonio Fernández ....	8º Batallón de Sonora.
Subteniente Jesús Piña .....	8º Batallón de Sonora.
Subteniente José B. Rubio .....	Regimiento Coronel Juan Torres.
Subteniente Raúl L. Alarcón .....	Regimiento Coronel Juan Torres.
Subteniente Lucas Muñoz .....	Brigada Maycotte.
Subteniente Antonio F. Lozano.....	Brigada Maycotte.
Subteniente Angel Gómez .....	Brigada Maycotte.
Subteniente Alvaro Aragón .....	Brigada Maycotte.
Subteniente Enrique Careaga .....	Brigada Maycotte.
Subteniente Jacinto Domínguez ....	Brigada Maycotte.

#### HERIDOS:

Coronel Eugenio Martínez .....	1er. Batallón de Sonora.
Coronel Paz V. Faz .....	Brigada Maycotte.
Mayor Roque Chávez .....	10º Batallón de Sonora.
Mayor Dolores Guarizapa .....	15º Batallón de Sonora.
Mayor Abelardo Rodríguez .....	4º Batallón de Sonora.
Capitán 1º Doroteo Vega .....	10º Batallón de Sonora.
Capitán 1º Joaquín Valencia .....	20º Batallón de Sonora.
Capitán 1º José Córdoba Valdés....	9º Batallón de Sonora.
Capitán 2º Valentín Ontiveros.....	21º Batallón de Sonora.
Capitán 2º Lauro Hernández .....	1er. Batallón de Sonora.
Capitán 2º Felipe Barreda .....	8º Batallón de Sonora.
Capitán 2º Aureliano Guerrero.....	Estado Mayor General Manzo.
Capitán 2º Miguel Valle .....	Estado Mayor General Hill.
Capitán 2º Alfonso Ochoa .....	Brigada Maycotte.
Teniente Manuel R. Avalos .....	2º Batallón de Sonora.
Teniente Luis Sarmiento .....	Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Arnulfo Serrano .....	Regimiento "Coronel Juan Torres".
Subteniente Clodoveo Moguel.....	21º Batallón de Sonora.

Subteniente Cecilio Vega .....	2º Batallón de Sonora.
Subteniente David Mora .....	8º Batallón de Sonora.
Subteniente Daniel Martínez.....	22º Batallón de Sonora.
Subteniente Lauro Aguirre .....	9º Batallón de Sonora.
Subteniente José González .....	17º Batallón de Sonora.
Subteniente Juan González .....	Brigada Maycotte.
Subteniente Miguel Pinzón .....	Brigada Maycotte.

PORMENOR DE LOS INDIVIDUOS DE TROPA MUERTOS Y  
HERIDOS EN LA BATALLA DE CELAYA, DEL 6  
AL 7 DE ABRIL DE 1915.

CUERPOS A QUE PERTENECEN:	MUERTOS	HERIDOS
Brigada Maycotte .....	302	157
Escolta del General Castro .....	78	
Brigada Regional de Coahuila .....	8	21
Regimiento "Coronel Juan Torres" .....	23	7
Brigada "General Martín Triana" .....	6	1
Regimiento "Coronel Vidal Silva" .....	4	3
Regimiento "Coronel Cirilo Elizalde" .....	13	1
Brigada "General Elizondo" .....	10	4
Artillería Expedicionaria .....	7	8
Cuerpo del Mayor Zertuche .....		1
1er. Batallón de Sonora .....	4	15
2o. Batallón de Sonora .....	3	11
4o. Batallón de Sonora .....	2	4
8o. Batallón de Sonora .....	21	15
9o. Batallón de Sonora .....	13	25
10o. Batallón de Sonora .....	8	12
15o. Batallón de Sonora .....	2	4
17o. Batallón de Sonora .....	8	24
20o. Batallón de Sonora .....		6
21o. Batallón de Sonora .....	12	21
22o. Batallón de Sonora .....	2	
<b>TOTAL:</b>	<b>526</b>	<b>340</b>

## RESUMEN DE MUERTOS Y HERIDOS

	JEFES	OFICIALES	TROPA
Muertos .....	4	27	526
Heridos .....	5	20	340
	<hr style="width: 50%; margin: 0 auto;"/>	<hr style="width: 50%; margin: 0 auto;"/>	<hr style="width: 50%; margin: 0 auto;"/>
	9	47	866

Total de bajas...

Jefes .....	9
Oficiales .....	47
Tropa .....	866

---

Total .... 922

Cuartel General en Celaya, Gto., 10 de abril de 1915.

El General en Jefe. Alvaro Obregón.

### PARTES OFICIALES. BATALLA DE CELAYA

ABRIL 13, 14 Y 15.

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que, después de la batalla registrada los días 6 y 7 del actual, procedí a la reconcentración de las fuerzas que forman el Ejército de Operaciones, para emprender la marcha al Norte de Celaya; y antes de terminar esa reconcentración, el día 10 del actual, a las 7 p.m. se presentó al Cuartel General un individuo procedente de Cortazar, entregándome un pliego "de los Cónsules en Guanajuato, de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos y una comunicación de Francisco Villa".\*

### COMUNICACIONES DE LOS CONSULES, DE FRANCISCO VILLA Y DEL GENERAL EN JEFE

La nota de los Cónsules dice así: "Nosotros, los suscritos, Cónsules de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos de América, en vista de la carta adjunta, del general Francisco Villa, en la que manifiesta a



usted que en caso que se haga fuerte en la plaza de Celaya, será bombardeada esa ciudad, le dirigimos la presente, para suplicarle que en ese caso, como no dudamos lo haría usted de todas maneras, permita a todos los no combatientes, tanto nacionales como extranjeros, que salgan a un lugar seguro y a salvo de los proyectiles del Ejército del Norte. No dudando que usted atenderá nuestra súplica, que es impulsada, como usted comprenderá, únicamente por motivos humanitarios, y en espera de sus letras, que le suplicamos se sirva dirigirnos, nos es grato suscribirnos como sus afmos. attos. y S.S. 10 de abril de 1915 (Firmado). F. Brunel, Cónsul de Francia. Wm. Hislop, Agente Consular de la Gran Bretaña. E. Langescheidt, Vicecónsul alemán, John B. Clonn, Agente Consular Americano. Al C. General de División don Alvaro Obregón. Celaya, Gto. Un sello que dice: Agente Consulaire de France. Guanajuato". Y la de Francisco Villa es como sigue: (Un timbre que dice: Cuerpo de Ejército del Norte. General en jefe. Y un sello al margen que dice: Ejército Constitucionalista. Cuerpo del Ejército del Norte. General en Jefe). "Este Cuartel General de mi cargo, deseando poner a salvo las vidas e intereses de los no combatientes, e inspirándose en el sentimiento de humanitarismo que debe existir en todo ser humano, invita a usted a que salga a combatir con nuestras fuerzas fuera de la ciudad de Celaya, pudiendo usted elegir el sitio del combate, pues nosotros lo atacaremos en donde usted se encuentre, y al hacerle esta invitación, no tiene más objeto, ni más mira, que la antes indicada; pero si usted, desoyendo nuestras indicaciones pretende hacerse fuerte en la plaza de Celaya, supongo que estará a la altura de las circunstancias, y sabrá poner a las familias en lugar seguro y a salvo de los proyectiles del Ejército del pueblo, y de sesenta bocas de fuego que harán llover lumbre y sembrarán la ruina y la desolación en sus trincheras. Al dirigir a usted esta nota, creo haber cumplido con mi deber, como hombre y como mexicano, y hoy mismo me he dirigido a los representantes y cónsules extranjeros, haciéndoselos saber así, para evitarme toda responsabilidad en el asalto general que emprenderé sobre esa ciudad de Celaya, dentro de tres días, en caso de que usted se haga fuerte en ella. Lo que comunico a usted, para su conocimiento y fines consiguientes. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Salamanca. Abril 9 de 1915. El General, Jefe de Operaciones. *Francisco Villa*. Al C. General Alvaro Obregón. Celaya. Gto."

Contesté la comunicación de los Cónsules, en los términos siguientes: "Enterado de la nota de ustedes, en la que se sirven suplicarme que, en caso de un combate en la población, permita a los no combatientes po-

nerse fuera del alcance de los proyectiles del enemigo, permítome manifestarles que considero innecesaria la intervención de extranjeros para que nosotros, los mexicanos, cumplamos con nuestros deberes. En cuanto a la nota de Villa, creo que sólo es una disculpa tardía, que pretende dar para ocultar la vergonzosa derrota que le infligieron nuestras tropas; y en cuanto al lugar para librar la batalla, es él quien debe elegirlo, puesto que nosotros avanzamos en su persecución. Respecto a los sentimientos humanitarios que últimamente se han venido despertando en Francisco Villa, me parecen muy poco sinceros: el que asesinó a Benton y a Bauch, y sacó arrastrando a una dama francesa del "Hotel Palacio", de México, no puede abrigar ningún sentimiento noble; y, por último, no creo que Villa se atreva siquiera a venir a atacar a un Ejército que acaba de infligirle una derrota, haciéndole más de tres mil muertos y gran número de heridos, muchos de los cuales dejó abandonados, y hubieran permanecido en el campo, a no ser por los auxilios prestados a ellos en nuestro Servicio Sanitario. Me es grato suscribirme de ustedes att. y S. S. Cuartel General en Celaya, Gto., a 11 de abril de 1915. General en Jefe. *Alvaro Obregón*. A los señores Cónsules de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

### PREPARATIVOS DE COMBATE

Conociendo el carácter rudo e impulsivismos de Villa, hijos de su ignorancia, consideré que, una vez anunciado su nuevo avance sobre Celaya, era seguro que lo llevaría a cabo, y empecé a tomar dispositivos de combate en una zona más amplia que la de la vez anterior, e hice circular entre las tropas la siguiente excitativa: "A LOS SOLDADOS DEL EJERCITO DE OPERACIONES: El que suscribe, en su nombre y en el de los demás generales que comandan las distintas brigadas del heroico Ejército de Operaciones, que ha hecho morder el polvo al traidor Francisco Villa, que se consideraba invencible con sus hordas de valentones de cantina, viene a felicitar a todas las unidades que componen dicho Ejército, por el valor que demostraron en el combate librado los días 6 y 7 contra los reaccionarios; y en nombre de la Revolución, en nombre de la Patria y en nombre del honor del propio Ejército, recuerda a todos los jefes, oficiales y soldados, el sagrado deber que tenemos de librar a la Nación de esa horda de traidores que, con distinto antifaz, pero movidos por iguales bastardas ambiciones, pretenden hundir a la Patria en una dictadura tan odiosa como las de Díaz, Huerta y demás tiranos, que han

pisoteado nuestros más caros principios. El esfuerzo colectivo de todos los que luchamos por el bien nacional, será la única salvación, y es preciso llevar a nuestras conciencias el convencimiento de que ninguno de los que formamos este Ejército debemos pensar en dar la espalda al enemigo: todos debemos llevar la inquebrantable convicción de que es preciso morir en el puesto que se nos confía durante la lucha, antes que faltar a la confianza y al honor que se nos ha dispensado, al depositar en nuestras manos los destinos del Pueblo. El próximo combate será probablemente el último que pueda resistir la reacción; y, para presentarlo, el bandolero Villa reunirá todos los elementos de que puede disponer, y de un solo golpe, podremos acabar con esas chusmas de inconscientes, que pretenden llevar al país a la más ignominiosa de las tiranías. Ustedes, que no han sido vencidos en ninguna parte de la República, y que la han recorrido de uno a otro extremo, espero que esta vez sabrán dar el golpe de gracia a la traición, acabando con ella, para que puedan volver a sus hogares llevando en el alma la satisfacción inmensa de haber fundado los cimientos de una Patria libre. Quiero que en los momentos más aciagos, cuando la lucha se haga desesperada, recuerden esta excitativa. El General en Jefe. *Alvaro Obregón.*” A la vez repartía entre los habitantes de Celaya una hoja impresa, previniéndolos de la posibilidad de un nuevo combate, y ofreciéndoles facilidades para que, los que lo desearan, pudieran abandonar la población, hacia lugar seguro. Consideré prudente repartir estos avisos porque juzgaba seguro que la bestialidad de Villa lo llevaría, a pesar de que sabía que en la ciudad no teníamos tropas, a bombardearla, para cumplir con la amenaza que había hecho, y hacer alarde de la decantada potencia de su artillería.

Di órdenes al general Cesáreo Castro, para que procediera a la concentración de la división de caballería que comanda, a fin de que al aproximarse el enemigo, emprendiera con ella la marcha hacia nuestra retaguardia y se colocara a una distancia no menor de siete kilómetros, donde debería permanecer, dando descanso a sus fuerzas hasta recibir nuevas instrucciones de este Cuartel General. Como uno de los números del plan que había de desarrollarse, era dejarme sitiado por completo del enemigo, resistiendo su ataque por todos lados, hubimos de acordar la forma de transmitir órdenes al General Castro, por medio de heliógrafos y señales con banderas, para que, en un momento oportuno cuando nosotros hubiésemos agotado al enemigo, movilizara rápidamente las caballerías, para atacarlo por el flanco que presenta mejores ventajas.

Al coronel Kloss comuniqué instrucciones para el emplazamiento de la artillería expedicionaria, a la retaguardia, de las posiciones que ocuparía la infantería por el frente, en una línea paralela a la de ésta, recomenándoles tomara de antemano las distancias a los lugares en que el enemigo había emplazado su artillería, en la batalla de los días 6 y 7, y a algunos puntos que pudiera aprovechar el enemigo para tomar posiciones.

Comuniqué, igualmente, órdenes del C. general Benjamín G. Hill, para que, con la 1a. División del Noroeste, de que es jefe, cubriera parte del círculo de defensa que, en reconocimientos anteriores, habíamos señalado y que circundaba totalmente la población, a una distancia poco más o menos de un kilómetro de los suburbios de ésta. El resto del círculo quedaría cubierto con las otras fuerzas, dependientes directamente de este Cuartel General, tomándose posiciones en la forma siguiente: A partir de la vía del Ferrocarril Central, en dirección a Salamanca, hacia la derecha, se colocaron el 20o. Batallón de Sonora, bajo las órdenes de su Comandante accidental, teniente coronel José Amarillas; las fuerzas de la 2a. Brigada de Infantería de la 1a. División del Noroeste, que comanda el C. general Francisco R. Manzo, y que se compone de los siguientes Cuerpos: 8o. Batallón de Sonora, bajo las órdenes inmediatas de su jefe C. teniente coronel Jesús M. Padilla, 2 compañías del 9o. Batallón de Sonora comandadas por su jefe, coronel Francisco T. Contreras; 17o. Batallón de Sonora al mando de su comandante, teniente coronel Fernando F. Félix, y 22o. Batallón de Sonora, que es a las órdenes del C. coronel Pablo Pineda. El 4o. Batallón de Sonora y 2 compañías del 9o. Batallón, pertenecientes a la 2a. Brigada, siendo jefe del primero de éstos, el C. teniente coronel Cenobio Ochoa, quedaron como reserva en la hacienda de San Juanico, en la que el C. general Manzo estableció su cuartel. Entre la línea que ocupaban los batallones 22o. y 9o. de Sonora, tomé posiciones la infantería de la Brigada Triana, bajo las órdenes del C. coronel J. Bermúdez de Castro. A la derecha del 17o. Batallón, y continuando la línea hacia el Noroeste, tomaron posiciones las fuerzas de la 3a. Brigada de Infantería de la 1a. División del Noroeste, que es a las órdenes del C. general Juan José Ríos, compuesta de los siguientes Cuerpos: 3er. Batallón Rojo o de Obreros, comandado por el coronel Francisco J. Enciso; 4o. Batallón Rojo o de Obreros, al mando de su Jefe, coronel Jesús Madrigal; 21o. Batallón de Sonora bajo las órdenes de su comandante, C. teniente coronel J. Manuel Sobarzo; cuerpo especial "Reforma", comandado por su jefe el C. mayor Juan C. Zertuche. Continuaban la línea

hasta la vía del ferrocarril, que va a Empalme González, las fuerzas del coronel Juan Torres; las comandadas por el C. coronel Guadalupe Sánchez, pertenecientes a la 1a. División de Oriente, seguían hasta la vía del ferrocarril para Querétaro. A la derecha de esta vía seguían las fuerzas del C. general Cipriano Jaimes; luego el 25o. Batallón de Sonora al mando de su comandante C. coronel Austreberto P. Castañeda; los Regimientos de Caballería que comandan los CC. coroneles Cirilo Elizalde y Vidal Silva; y cubriendo la línea de defensa, a uno y otro lado de la hacienda de Castro, la Brigada del C. coronel Alfredo Elizondo. Seguían después, en las posiciones que daban frente al río de la Laja, la Brigada al mando del C. general Joaquín Amaro; fuerzas de la 1a. División de Oriente, al mando del C. teniente coronel J. C. Arroyo; fuerzas del C. general Gonzalo Novoa, bajo las órdenes del C. coronel Natividad Sánchez; y dando vuelta hacia la línea del Poniente hasta entroncar con el 20o. Batallón de Sonora, o sea hasta la línea del ferrocarril a Salamanca, los siguientes Cuerpos que forman la 1a. Brigada de Infantería de la 1a. División del Noroeste, que comanda el C. general Miguel V. Laveaga: 2o. Batallón de Sonora, bajo las órdenes de su comandante, teniente coronel Francisco R. Noriega; 10o. Batallón de Sonora, cuyo jefe es el C. coronel Guillermo Chávez; 15o. Batallón de Sonora, comandado por C. coronel Severiano A. Talamante, y 1er. Batallón de Sonora, a las órdenes de su jefe accidental, teniente coronel Alejandro Mange. Los Regimientos que comandan los coroneles Torres, Elizalde y Silva y 21 23o. Batallón de Sonora, que forman la Brigada "Antúnez", estaban bajo las inmediatas órdenes del jefe de la misma, C. general Norzagaray.

Quedaron como reserva, aparte de las mencionadas y enteramente listas para entrar en acción, las siguientes fuerzas: general Gabriel Gavira, con algunas fracciones de su brigada, a la retaguardia de la línea ocupada por el 3er. Batallón Rojo y el 21o. Batallón de Sonora; el Batallón de Ferrocarrileros a las órdenes del C. mayor Carlos Caamaño, en la fábrica "La Favorita"; el 2o. Regimiento de la Brigada Guillermo Prieto, que manda el C. general Pedro Morales, bajo las inmediatas órdenes del C. coronel Manuel Fernández de Lara; una compañía del Batallón "Fieles de Pachuca", de la misma brigada, a las órdenes del C. mayor Agustín C. Youshimatz, y algunas otras fracciones, acampadas a orillas de la población.

En la línea del frente, reforzando las posiciones de la infantería, fueron emplazadas 32 ametralladoras, y en las de los flancos y retaguardia, se distribuyó, de trecho en trecho, un número igual, quedando también algunas piezas de reserva.

Dividí el círculo de defensa en tres sectores, como sigue:

*Primero:* Desde la hacienda de Castro, hasta la vía del ferrocarril, hacia Irapuato, o sea hasta las posiciones ocupadas por el 1er. Batallón de Sonora. *Segundo:* Desde la misma vía del ferrocarril (posiciones del 20o. Batallón de Sonora), hasta el camino que conduce a la Hacienda de Higuera, o sea las posiciones ocupadas por el Cuerpo Especial "Reforma", y *Tercero:* Desde este mismo camino, hasta la Hacienda de Castro. En el primer sector, comisioné al teniente coronel de mi Estado Mayor, Aarón Sáenz, acompañado del C. mayor Josué Sáenz y del capitán 2o., también de mi Estado Mayor, José Lozano Reyes; en el segundo sector, fue comisionado el teniente coronel de mi Estado Mayor, Jesús M. Garza, con el capitán 2o., de mi Estado Mayor, Ezequiel Ríos, y en el tercer sector, comisioné al C. coronel Miguel Piña G. y Adolfo Cienfuegos y Gamus. El objeto de esas comisiones era que recorrieran constantemente la línea de fuego, para que pudieran tenerme al tanto de las fases del combate, y transmitirme violentamente los partes que rindieran los jefes de las fuerzas que cubrían las posiciones. Las comunicaciones podían hacerse por teléfono o telégrafo, pues había hecho instalar aparatos en cada uno de los cuarteles de los jefes de brigada, en comunicación con el Cuartel General, que quedó establecido en el templo de San Antonio, en el extremo noroeste de la ciudad.

Hice devolver a la estación de Querétaro todos los trenes que tenía- mos en Celaya, quedando únicamente para las atenciones del combate los trenes del Servicio Sanitario Militar, al mando de su jefe, el C., coronel médico cirujano Andrés G. Castro y del subjefe, teniente coronel médico cirujano, Heberto Alcázar.

En esta forma, todo quedó preparado el día 11, en que tuve conoci- miento de que el enemigo emprendía su avance, y prohibí la salida de personas de la población. Pasó ese día lo mismo que el 12, ocupando jefes, oficiales y tropa los puestos que se les habían designado, sin que ocurriera novedad alguna.

El día 13, a las 6 a.m., empezaron a descubrirse gruesas columnas de humo y grandes polvaredas que denunciaban el avance de las tropas reaccionarias, divididas en varias columnas: por ferrocarril venía la in- fantería, y pie a tierra la caballería y artillería. Los espías que tenía ese Cuartel General en el campo villista, se incorporaron ese día, informando que Villa había reconcentrado en Irapuato 30,000 hombres, para lo cual

sacó gente de todas las plazas que estaban bajo dominio, hasta dejar desguarnecidas muchas poblaciones del Norte, para asegurar el golpe que él consideraba mortal para el Constitucionalismo. En la misma forma, reunió un contingente de artillería de 36 cañones, todos de grueso calibre, con fuerte dotación y buen equipo.

En la mañana del mismo día 13, acompañado de mi Estado Mayor, salí a la fábrica "La Internacional", situada al Poniente de la población desde cuyas azoteas se domina todo el valle hacia Guaje, y de allí estuve observando los movimientos del enemigo, que lentamente iba aproximándose hasta llegar a Crespo, estación que dista 8 kilómetros de Celaya, y donde los reaccionarios hicieron alto, permaneciendo como dos horas, al cabo de las cuales continuaron el avance, divididos en 3 columnas: dos de caballería, que avanzaron, una sobre cada uno de nuestros flancos, y una columna de las tres armas por el frente. Esta columna traía la infantería a la vanguardia, en cadena de tiradores; seguía la artillería, que empezó a ser emplazada a distancia de cuatro kilómetros, de nuestras líneas de defensa, y a la retaguardia, apoyando el movimiento, marchaba la caballería.

Tenía dispuesto que un cañonazo de nuestra artillería sería la contraseña para indicar la aproximación del enemigo a nuestras filas, y a las 4 p.m., ordené que fuera disparado.

### SE INICIA EL COMBATE

A las 5 de la tarde se dejó oír un pequeño tiroteo al frente de las posiciones que ocupaba la 1a. Brigada de Infantería, cesando al poco rato. A las 6 se abrió el fuego de fusilería por nuestro frente, y luego el de artillería, que se generalizó en unos cuantos minutos, entrando en acción todos los cañones del enemigo y todos los nuestros.

El combate continuaba su avance por nuestros flancos, estableciendo un verdadero sitio, pues ya era atacada, en parte, nuestra retaguardia, y había logrado colocarse, para las 12 p.m., hasta el puente del camino carretero que conduce a Apaseo, con el propósito, según declaraciones que después hicieron algunos prisioneros, de cerrar, en caso dado, nuestra salida, y con la consigna de no interceptar la vía telegráfica ni la del ferrocarril, halagándonos en esta forma para una retirada. Los reaccionarios quisieron aprovechar la noche para sus asaltos, y no cesaron de

darlos con más o menos energía, sobre casi todas nuestras posiciones, siendo siempre rechazados con grandes pérdidas. La artillería continuaba funcionando sin cesar, y al amanecer del día 14 los asaltos eran continuos en toda la línea de defensa, y el fuego, tanto de fusilería como de artillería, continuaba siendo nutridísimo. El enemigo, amparado por la noche, logró avanzar en su línea de ataque, y al amanecer, se encontraba en posiciones distantes entre 400 y 500 metros de las nuestras, y como el terreno es perfectamente plano y desprovisto de árboles que pudieran ocultar a los combatientes, la lucha era desesperada, no obstante lo cual nuestros soldados no retrocedían un solo paso, y el enemigo no lograba tomar ninguna de nuestras posiciones. A las 5 a.m., mandé que la escolta de este Cuartel General y la del C. general Benjamín G. Hill, comandada esta última por el C. mayor Doroteo Urrea y ambas bajo las órdenes del C. teniente coronel Lorenzo Muñoz, de mi Estado Mayor, fueran a reforzar las posiciones ocupadas por el 3er. Batallón Rojo de la brigada que comandaba el C. general Ríos, donde se combatía tenazmente desde las primeras horas de la madrugada.

Durante la mañana de ese día, en que siguió combatiendo encarnizadamente a nuestros flancos, en algunos trechos de nuestra retaguardia y muy especialmente al frente, ordené a todos los jefes dependientes de este Cuartel General, y por conducto del C. general Hill, a los de las infanterías de la 1a. División de su mando, que para las doce de ese mismo día enviaran una nota al Cuartel General, informando de las condiciones que para esa hora guardarán sus respectivas tropas, y si en el concepto de que el combate continuara tan reñido, como hasta entonces, podrían sostenerse hasta las 7 a.m. del día siguiente, hora en que las caballerías deberán emprender el ataque sobre los flancos enemigos, dado que tenía el propósito de movilizarse en la mañana del 15. De todos obtuve contestación, en el sentido de que el ánimo de nuestros soldados era excelente, y de que, a su juicio, podrían continuar luchando en las mismas condiciones, aún más del tiempo que yo había señalado.

A las 12 m., tuve una conferencia telegráfica con el C. general Cesáreo Castro, manifestándole que deseaba dar la carga de caballería hasta el día siguiente, a fin de que el enemigo, sin notar en todo este tiempo ningún movimiento nuestro, nos creyera perdidos, sujetos a una defensiva desesperada, e hiciera entrar a su línea de fuego todas sus reservas, con lo que nos pondría en condiciones de que su desastre fuera completo. El general Castro estuvo de acuerdo con mi plan, y me manifestó que, por encontrarse



enfermo, no podría venir al frente de las fuerzas de caballería. Le ordené entonces que el general Fortunato Maycotte se hiciera cargo de ellas.

Como a la 1 p.m., el oficial que estaba encargado del teléfono me dio parte de que Francisco Villa, desde la hacienda de Trojes, pretendía hablar por teléfono conmigo, a lo que di una breve y enérgica contestación, que debe haber desconcertado al bandolero. El oficial transmitió desde luego mi respuesta.

Toda la columna de caballería se encontraba tendida a lo largo del camino, desde Apaseo hacia Celaya, apoyando su vanguardia a la altura del kilómetro 285 del Ferrocarril Central. Di por teléfono órdenes al C. general Maycotte, así como al C. general Martín Triana, para que al obscurecer emprendiera su avance, sin hacer caso del enemigo que pudiera quedar a la retaguardia. La caballería avanzó hasta la fábrica "La Favorita", situada en el lugar de donde parte la vía del ferrocarril a Empalme González. A las once de esa noche hablé personalmente con el general Maycotte y con los generales Triana, Alejo G. González, Jesús S. Novoa y Porfirio G. González que mandaban las fuerzas de caballería, ordenándole al primero, que con todas ellas emprendiera al amanecer un avance sobre el flanco izquierdo del enemigo.

Entretanto, el combate continuaba con mayor encarnizamiento por el frente y por el flanco que cubrían las fuerzas de los generales Amaro, Espinosa y Laveaga, continuando también, sin cesar, el fuego de la artillería.

A las cuatro de la mañana del 15, di órdenes a los generales Amaro Norzagaray, Jaimes y Gavira para que, al amanecer, hicieran con sus fuerzas un movimiento envolvente sobre el ala derecha enemiga, donde los reaccionarios, en número de 6,000 hombres, aproximadamente, habían tomado magníficas posiciones en las márgenes del río La Laja. La escolta de este Cuartel General y la del C. general Hill fueron a cubrir las posiciones que a nuestra retaguardia dejaban descubiertas las fuerzas que harían ese movimiento, y entretanto, las fracciones de las brigadas Gavira y "Guillermo Prieto", el Batallón de Ferrocarrileros y las demás que se habían dejado de reserva, habían tomado, a su vez, posiciones en los lugares que se les designó para reforzar a nuestros combatientes.

En la mañana de ese mismo día (15), ordené al general Hill que dispusiera que los generales Ríos y Manzo, con sus fuerzas de infantería, hicieran una conversión en la línea de defensa de nuestro flanco derecho,

apoyando su movimiento en la columna de caballería que cargaba sobre el izquierdo enemigo, a fin de flanquear las infanterías villistas, que se encontraban posionadas de magníficos bordes; disponiendo, también, que nuestras infanterías del frente estuvieran enteramente listas para echarse sobre las posiciones del enemigo, inmediatamente que las que flanqueaban a la derecha cargaran sobre las mismas posiciones. Al general Laveaga di orden para que, dejando la mitad de sus tropas en las mismas posiciones que ocupaban, cubriera el flanco derecho de las que hacían el movimiento envolvente sobre el río de La Laja, y que, con el resto de sus tropas, secundara el movimiento de avance por el frente. Desde que comenzaron a efectuarse estos movimientos, el combate entró en un período interesantísimo: Las caballerías habían desalojado al enemigo que ocupaba la hacienda de Higueras, después de una hora de combate, haciéndole 25 muertos, y proseguía su avance por la hacienda de Burgos, donde de nuevo entraba en contacto con los reaccionarios que extendían sus líneas desde el pueblo de Guaje hasta la hacienda de Crespo. Avanzaba por el frente de la caballería el general Alejo G. González con sus fuerzas; a su derecha el general Porfirio G. González con las suyas, y el general Jesús S. Novoa, con las de su mando, por la izquierda, siguiéndolas las brigadas de los generales Maycotte y Triana. Las infanterías habían avanzado ya a la altura de la hacienda de Burgos; y en contacto con las caballerías, se extendían en tiradores los batallones 4o. y 9o. de Sonora, siguiéndolos el 17o., el 8o., el 21o. y las demás fuerzas que forman las brigadas 2a. y 3a. de Infantería de la 1a. División del Noroeste. Acompañado del C. general Francisco R. Serrano, jefe de mi Estado Mayor, del teniente coronel Jesús M. Garza, de los capitanes Alberto G. Montaña, Rafael T. Villagrán, Cecilio López y Rafael Valdés, y de los subtenientes Arturo Saracho y Enrique Garza, me encontraba en la línea de fuego del frente, y ordené el avance simultáneo de las infanterías, incluyendo el 20o. Batallón de Sonora, que estaba al frente y el 4o. y dos compañías del 9o. que habían quedado de reserva, poniéndome al frente de ellas. El enemigo hacía esfuerzos inauditos por conservar sus posiciones, que eran vigorosamente atacadas por el frente y por su flanco izquierdo: Nuestra infantería diseminada por los trigales, continuaba resueltamente su avance, lanzándose sobre las posiciones ocupadas por el enemigo, y que por asalto fueron tomando una a una, a pesar de la inútil desesperación con que se batían los reaccionarios. Las caballerías, entretanto, habían tomado ya el primer grupo de prisioneros villistas en número de 200, y parte de ellas, mandadas por el C. general Alejo G. González,

habían avanzado ya hasta la hacienda de Crespo, a la retaguardia de la infantería enemiga, que se batía en retirada rumbo a Guaje. El general Hill, con su Estado Mayor, estuvo también al frente de las infanterías en esta fase de la lucha.

El movimiento sobre el ala derecha de los traidores había comenzado a efectuarse desde las 10 a.m., asaltando los nuestros las posiciones que tenían en la hacienda de Trojes y en el río La Laja. En esa lucha tomaban parte poco más de 9,000 hombres, y la desesperación con que el enemigo pretendía conservar sus posiciones y el vigoroso empuje de los nuestros, hacían que el combate fuera en extremo reñido e interesante. Para la una de la tarde, las fuerzas de los generales Amaro, Espinosa, Norzagaray y demás que componían la columna que cargaba por ese lado, habían logrado desalojar del río a los villistas, haciéndolos reconcentrarse en la hacienda de las Trojes, donde el combate continuaba reñido.

Por el frente y el ala derecha del enemigo, para la 1.30 de la tarde, los reaccionarios habían sido arrancados de sus posiciones y acallados los fuegos de su artillería, que poco a poco habían ido abandonando, y el enemigo continuaba batiéndose en retirada, resultándole inútiles todos sus esfuerzos para contrarrestar el avance de los nuestros, pues a las dos de la tarde, el campo había quedado en nuestro poder y todas las infanterías enemigas habían caído prisioneras, mientras que nuestra caballería continuaba en la persecución de la enemiga y de los trenes villistas que retrocedían rápidamente a Salamanca.

Como el enemigo que se replegó a la hacienda de Trojes se había hecho fuerte en las casas de la misma, ignorando quizás el descalabro de Villa, ordené al general Serrano que levantara parte de las fuerzas que seguían en nuestras posiciones de la izquierda, y con ella fuera a reforzar a los que atacaban la hacienda. El general Serrano marchó con el 10o. Batallón, a las 3 p.m. (mandado dicho batallón por el C. coronel Guillermo Chávez), hora en que los reaccionarios se retiraban de Trojes, y les dio alcance en la hacienda de Jofre, donde se incorporó el general Laveaga con su escolta y el 15o. Batallón, a las órdenes del C. coronel Severiano A. Talamantes. El enemigo ganaba rápidamente el cerro que queda en aquella dirección, batiéndose en retirada, perseguido por los nuestros, que le hicieron 42 prisioneros y algunos muertos, y lo obligaron a abandonar nueve piezas de artillería con su correspondiente dotación de municiones. Por su parte, el 1er. Batallón de Sonora, que había hecho un mo-

vimiento también en dirección del cerro, recogió tres cañones con sus arzones respectivos, que el enemigo había abandonado en su huida.

La persecución, por el frente, se prolongó hasta las seis de la tarde, habiéndose suspendido a esa hora, en estación Guaje, porque la noche impedía los movimientos que la caballería hubiera debido efectuar. Durante esta persecución, el general Maycotte, con sus fuerzas, logró flanquear los trenes villistas, sin poder obstruir la vía, porque algunas acequias inmediatas le impidieron el rápido paso; pero al hallarse en los flancos de los trenes, abrió el fuego nutrido sobre ellos, haciendo descuajarse a la tropa de los traidores, que iba en el techo y en los estribos de los carros, causando, seguramente, muchas bajas en el interior de ellos.

A las 7 p.m., terminaba también el combate con los fugitivos que pasaron por la hacienda de Jofre, habiendo sido diezmados y dispersados completamente.

El número total de cañones capturados al enemigo fue de 32, todos de grueso calibre, en perfecta estado y con sus correspondientes cofres y dotación de granadas; se les capturaron, también, más de 5,000 armas, alrededor de 1,000 caballos ensillados; sobre 6,000 prisioneros; telémetros y otros aparatos de artillería, así como multitud de objetos varios, que nuestros soldados recogieron. El enemigo tuvo poco más de 4,000 muertos, encontrándose entre ellos los llamados generales Migoni, Meza, y tres más, que no se identificaron; más de 300, entre jefes y oficiales, contándose, entre éstos, los tenientes coroneles Joaquín Bauche Alcalde, Manuel Bracamontes y algunos otros de alta graduación. El número de heridos que llevaron en los trenes puede estimarse en 5,000.

Por nuestra parte, las bajas han sido: tres jefes, quince oficiales y ciento veinte de tropa muertos; y seis jefes, cuarenta y tres oficiales, y 227 de tropa heridos, conforme a la relación que remito inclusa.

También incluyo una relación de los CC. generales, jefes y oficiales que tomaron parte en la batalla, y de algunos otros que, aunque sin mando de fuerzas, o sin carácter militar, prestaron importantes servicios durante la lucha; lo mismo que un plano de la ciudad de Celaya, y sus alrededores, que marca el dispositivo de combate.

El comportamiento de todos los miembros de este Ejército de Operaciones lo justificaba el éxito obtenido, sin que pueda hacerse mención especial de ninguno, porque todos demostraron iguales bríos y la misma entereza para enfrentarse con las fuerzas del traidor Villa, bandolero

de quien los pusilánimes y la prensa asalariada habían hecho un héroe de leyenda.

El nombre del mismo Ejército de Operaciones, y muy especialmente en el mío propio, felicito a usted, C. Primer Jefe, por este nuevo triunfo, que contribuirá a la consolidación de nuestros principios, reiterándole las seguridades de mi respetuosa consideración y subordinación.

*Constitución y Reforma:* Cuartel General en Celaya, a 18 de abril de mil novecientos quince. El General en Jefe. *Alvaro Obregón.*

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión. Veracruz, Ver.

PORMENOR DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES MUERTOS EN LA BATALLA DE CELAYA, GTO., DE LOS DIAS 13, 14 y 15 DE ABRIL DE 1915.

Coronel Filomeno Avila .....	Brigada "Amaro".
Tte. coronel Manuel Quintanilla .....	Brigada "Jesús Carranza".
Mayor Pedro González .....	Brigada "Jesús Carranza".
Capitán 1o. Pedro Buelna .....	2o. Batallón de Sonora.
Capitán 1o. Luis Rubio Vaca .....	Brigada "Amaro".
Capitán 1o. José Fernández de Lara ...	Brigada "Guillermo Prieto".
Capitán 2o. Carlos Ramos .....	Regto. del Coronel Juan Torres.
Capitán 2o. Ramón R. Brambila .....	Brigada "Amaro".
Teniente Carlos Juárez .....	3er. Batallón Rojo.
Teniente Francisco N. Gorichi .....	21o. Batallón de Sonora.
Teniente Marcial Cerda .....	Brigada Regional de Coahuila.
Teniente José M. Varela .....	Brigada "Jesús Carranza".
Teniente Francisco Monroy .....	Brigada "Amaro".
Teniente Porfirio Orozco .....	Brigada "Elizondo".
Subteniente Marcos López .....	Regto. "Coronel Vidal Silva".
Subteniente Lucas Muñoz .....	Brigada "Maycotte".
Subteniente Antonio F. Lozano .....	Brigada "Maycotte".
Subteniente Reyes Rocha .....	Brigada Regional de Coahuila.

Total de muertos

Jefes .....

3

Oficiales .....

15

En junto: 18

Celaya, Gto., 18 de abril de 1915. El General en Jefe *Alvaro Obregón.*

RELACION DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES HERIDOS DURANTE LA BATALLA DE CELAYA, DE LOS DIAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915.

Coronel Braulio Peralta .....	Brigada "Amaro".
Tte. coronel Florencio Montemayor ...	Brigada "Jesús Carranza".
Mayor Ricardo G. Ortiz .....	Brigada "Jaimés".
Mayor Manuel Yoldi .....	Regimiento del Coronel Juan Torres.
Mayor Leoncio Muñiz .....	Brigada Regional de Coahuila.
Mayor Amador Ortega .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1o. Pablo Villaseñor .....	Regimiento del Coronel Juan Torres.
Capitán 1o. Guadalupe Ramos .....	Brigada "Elizondo".
Capitán 1o. Luis G. Meza .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1o. Manuel Aguirre y Vela ..	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1o. Narciso Salazar .....	Brigada "Amaro".
Capitán 1o. Marcos Gómez .....	Brigada "Elizondo".
Capitán 2o. Ezequiel Ríos .....	Estado Mayor, Cuartel General.
Capitán 2o. Alfonso R. Montenegro ...	1er. Batallón de Sonora.
Capitán 2o. Crisóforo Salido .....	3er. Batallón Rojo.
Capitán 2o. Pedro C. Montes .....	Brigada "Gavira".
Capitán 2o. Miguel G. Castro .....	3er. Batallón Rojo.
Capitán 2o. José Duarte .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2o. Lázaro Mendoza .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2o. Juan D. Franco .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2o. José Gudiño .....	Brigada "Amaro".
Capitán 2o. Francisco Meraz .....	Brigada "Amaro".
Capitán 2o. Febronio Corona .....	Brigada "Elizondo".
Capitán 2o. Pedro C. Contla .....	Brigada "Guillermo Prieto".
Capitán 2o. Miguel Orduño .....	Regto. "Coronel Cirilo Elizalde".
Tenientet José L. Gómez .....	2o. Batallón de Sonora.
Teniente Juan B. Verdugo .....	4o. Batallón de Sonora.
Teniente José Ma. Arriaga .....	3er. Batallón Rojo.
Teniente José Caleté .....	Brigada "Gavira".
Teniente Miguel Gómez .....	5o. Regimiento, División Ote.
Teniente Ezequiel Castro .....	5o. Regimiento, División Ote.
Teniente Francisco Gallardo .....	Regimiento Corl. Juan Torres.

RELACION DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES HERIDOS DURANTE LA BATALLA DE CELAYA, DE LOS DIAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915.

Coronel Braulio Peralta .....	Brigada "Amaro".
Tte. coronel Florencio Montemayor ...	Brigada "Jesús Carranza".
Mayor Ricardo G. Ortiz .....	Brigada "Jaimes".
Mayor Manuel Yoldi .....	Regimiento del Coronel Juan Torres.
Mayor Leoncio Muñiz .....	Brigada Regional de Coahuila.
Mayor Amador Ortega .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1o. Pablo Villaseñor .....	Regimiento del Coronel Juan Torres.
Capitán 1o. Guadalupe Ramos .....	Brigada "Elizondo".
Capitán 1o. Luis G. Meza .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1o. Manuel Aguirre y Vela ..	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1o. Narciso Salazar .....	Brigada "Amaro".
Capitán 1o. Marcos Gómez .....	Brigada "Elizondo".
Capitán 2o. Ezequiel Ríos .....	Estado Mayor, Cuartel General.
Capitán 2o. Alfonso R. Montenegro ...	1er. Batallón de Sonora.
Capitán 2o. Crisóforo Salido .....	3er. Batallón Rojo.
Capitán 2o. Pedro C. Montes .....	Brigada "Gavira".
Capitán 2o. Miguel G. Castro .....	3er. Batallón Rojo.
Capitán 2o. José Duarte .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2o. Lázaro Mendoza .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2o. Juan D. Franco .....	Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2o. José Gudiño .....	Brigada "Amaro".
Capitán 2o. Francisco Meraz .....	Brigada "Amaro".
Capitán 2o. Febronio Corona .....	Brigada "Elizondo".
Capitán 2o. Pedro C. Contla .....	Brigada "Guillermo Prieto".
Capitán 2o. Miguel Orduño .....	Regto. "Coronel Cirilo Elizalde".
Tenientet José L. Gómez .....	2o. Batallón de Sonora.
Teniente Juan B. Verdugo .....	4o. Batallón de Sonora.
Teniente José Ma. Arriaga .....	3er. Batallón Rojo.
Teniente José Caleté .....	Brigada "Gavira".
Teniente Miguel Gómez .....	5o. Regimiento, División Ote.
Teniente Ezequiel Castro .....	5o. Regimiento, División Ote.
Teniente Francisco Gallardo .....	Regimiento Corl. Juan Torres.

Teniente Gustavo Zamora .....	Regto. Coronel Cirilo Elizalde.
Teniente Salvador Salazar .....	Brigada Regional de Coahuila.
Teniente Marcos Hernández .....	Brigada Regional de Coahuila.
Teniente Enero de la Garza .....	Brigada Regional de Coahuila.
Teniente Jesús Valdés .....	Brigada "Elizondo".
Subteniente Demetrio R. Yépez .....	1er. Batallón de Sonora.
Subteniente Alfredo Castillo .....	Brigada "Gavira".
Subteniente Eduardo Barranco .....	Brigada "Jaimes".
Subteniente Ruperto González .....	4o. Regto. 1a. División Oriente.
Subteniente Angel Valencia .....	4o. Regto. 1a. División Oriente.
Subteniente Francisco Martínez .....	Regto. "Coronel Vidal Silva".
Subteniente Vidal Blanco .....	Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Miguel Enríquez .....	Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Carlos Huitrón .....	Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente José Ramos .....	Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Carlos Delgado .....	Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Salvador Briseño .....	Brigada "Amaro".

Total de Heridos

Jefes .....	6
Oficiales .....	43

En junto: 49

Celaya, Gto., 18 de abril de 1915. El General en Jefe. *Alvaro Obregón*.

RELACION DE LOS INDIVIDUOS DE TROPA MUERTOS Y HERIDOS EN LA BATALLA DE CELAYA, GTO., DE LOS DIAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915.

CUERPO A QUE PERTENECEN	MUERTOS	HERIDOS
21o. Batallón de Sonora .....	1	1
Escolta del Cuartel General .....		1
1er. Batallón de Sonora .....		7
2o. Batallón de Sonora .....	5	15
10o. Batallón de Sonora .....		3
15o. Batallón de Sonora .....	2	4
4o. Batallón de Sonora .....	1	2



8o. Batallón de Sonora .....		2
9o. Batallón de Sonora .....	2	5
17o. Batallón de Sonora .....	1	6
22o. Batallón de Sonora .....		2
Brigada "Gavira" .....	1	14
Brigada "Jaimés" .....	15	7
3er. Batallón Rojo .....	1	1
Cuerpo Especial "Reforma" .....		1
20o. Batallón de Sonora .....	3	11
Batallón de Ferrocarrileros .....		2
Regimiento del Coronel Juan Torres .....	2	7
Regimiento del Coronel Vidal Silva .....	1	3
Brigada "Maycotte" .....	10	5
Brigada "Sánchez Herrera" .....	1	9
Brigada Regional de Coahuila .....	18	39
Brigada "Amaro" .....	15	17
Brigada "Elizondo" .....	5	10
Brigada "Triana" .....		3
Regimiento del Coronel Cirilo Elizalde .....	11	15
Otros cuerpos .....	25	35
	<u>120</u>	<u>227</u>

Celaya, Gto., 18 de abril de 1915. El General en Jefe. *Alvaro Obregón*.

RESUMEN DE LOS MUERTOS Y HERIDOS, HABIDOS EN  
LA BATALLA DE CELAYA, GTO., DE LOS  
DIAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE  
1915

	JEFES	OFICIALES	TROPA
Muertos .....	3	15	120
Heridos .....	6	43	227
	<u>9</u>	<u>58</u>	<u>347</u>

TOTAL DE MUERTOS:

Jefes .....	3
Oficiales .....	15
Tropa .....	120
	<u>138</u>

TOTAL DE HERIDOS:

Jefes .....	6
Oficiales .....	43
Tropa .....	227
	<u>276</u>

### TOTAL DE BAJAS:

Muertos .....	138
Heridos .....	276
	<hr/>
	414

Celaya, Gto., 18 de abril de 1915. El General en Jefe. Alvaro Obregón.

Al final de esta obra figura la relación de los CC. generales, jefes y oficiales que tomaron parte en la batalla de Celaya, Gto., en los días 13, 14 y 15 de abril de 1915.

### AMPLIACION A LOS PARTES DE LAS BATALLAS DE CELAYA

Como los partes oficiales que rendí de Celaya, a raíz, de las victorias obtenidas en los combates librados contra el Ejército de la reacción, encabezados por Villa, durante los días 6 y 7, 13, 14 y 15 del mes de abril de 1915, debieran ser del dominio público, y del conocimiento del enemigo, que aunque había sufrido esos rudos golpes, determinantes de su caída, no podía sin embargo, considerársele destruido, era inconveniente consignar en ellos algunos detalles que pudieran orientar al enemigo, en sus operaciones subsecuentes, preferí omitir los datos que convenía permanecieran ignorados, antes que adulterar la verdad.

Entre esos datos, los que menos convenía que llegaran al conocimiento del enemigo, eran: el efectivo del ejército con que libré esas batallas, y las fases poco favorables que tuvimos durante los combates.

Ahora que la reacción ha sido completamente aniquilada en los campos de batalla, considero oportuno y necesario hacer del público dominio esos datos, omitidos por las circunstancias que deajo indicadas.

El total de las fuerzas con que hice mi avance al centro de la República, a contar desde mi salida de Querétaro, era de once mil hombres de las tres armas, como sigue: artillería, 13 cañones de grueso calibre y 86 ametralladoras; caballería 6,000 jinetes, e infantería, 5,000 hombres, incluyendo personal de la artillería, en sirvientes y sostén.

Los datos obtenidos por nuestro servicio de espionaje me hicieron suponer que no libraríamos combate antes de llegar a Irapuato, donde

Villa estaba haciendo su reconcentración de fuerzas, dizque con objeto de avanzar sobre Jalisco y batir al general Diéguez, primero, y volver después sobre mí; cuyos datos coincidían, de una manera absoluta, con las declaraciones del propio Villa, contenidas en el mensaje que éste dirigió a la prensa de los Estados Unidos, en los siguientes términos:

Irapuato, Gto., abril 6 de 1915.—Prensa Asociada. El Paso, Texas.— Los reveses sufridos recientemente por mis soldados en Querétaro y Guadalajara, fueron el resultado de errores de los jefes estacionados en esos lugares. Ayer fueron despachados de Irapuato doce mil hombres para combatir al ejército de Obregón en Querétaro. Yo tengo las mayores esperanzas de que mi ejército no solamente derrotará a Obregón, sino que aniquilará por completo sus fuerzas. Mañana saldré de esta ciudad, a la cabeza de veinte mil hombres, para Guadalajara, y los mandaré personalmente contra el bandido Diéguez, quien pagará cara su audacia de tratar de crear la impresión de que puede derrotar a un villista. *Francisco Villa*. General en Jefe.

Juzgué, por lo tanto, que podía disponer de tiempo suficiente para dividir mis fuerzas en tres columnas; la primera, al mando del general Alejo G. González, que avanzaría sobre Acámbaro, a cortar la vía del ferrocarril entre Celaya y Morelia, capital del Estado de Michoacán, para evitar que las fuerzas reaccionarias que se encontraban en esta última plaza, al mando del general federal, Prieto, pudieran hacer un movimiento rápido por ferrocarril hasta Celaya, donde conecta dicha vía con la del Central, y hostilizar nuestra retaguardia, cuando nos encontráramos frente a Irapuato; la segunda columna, al mando del general Porfirio G. González, para que se movilizara, a marchas forzadas, hasta la plaza de Dolores Hidalgo, y destruyera allí la vía principal que sigue hasta estación Mariscal, donde entronca con la vía del Central, que va a Querétaro; para evitar que las fuerzas al mando de Urbina, que se encontraban en San Luis Potosí, pudieran movilizarse también con facilidad hasta Celaya o Querétaro, en combinación con Prieto, y dejarnos, con esto, aislados al Norte, en difíciles condiciones, cortados completamente de nuestra base, que estaba en Veracruz; y la tercera columna, que la constituían las infanterías, la artillería, y el resto de las caballerías o sean las brigadas al mando de los generales Maycotte y Triana, y los regimientos al mando de los coroneles Vidal Silva, Juan Torres y Cirilo Elizalde, avanzaría hasta ocupar Celaya, bajo mis órdenes directas.

El día 5 quedamos acampados en Celaya, y la brigada de caballería

del general Maycotte avanzó hasta estación Guaje, donde quedó como puesto avanzado, estableciendo, desde luego, una oficina telegráfica, para comunicarse con mi Cuartel General.

El general Maycotte recibió órdenes mías, por conducto del jefe de la División de Caballería, general Cesáreo Castro, para que estableciera una vigilancia estricta sobre el enemigo, y no intentara presentar combate, si avanzaba sobre él alguna columna fuerte, en cuyo caso debería replégarse hasta Celaya, dando aviso oportuno al Cuartel General.

El día 6, las fuerzas al mando de los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, se encontraban en Acámbaro, y las de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, avanzaban sobre Dolores Hidalgo; quedando en Celaya y El Guaje solamente 7,000 hombres de las tres armas.

Ese mismo día, el general Maycotte se trasladó a Celaya en automóvil, a primeras horas de la mañana, para tratar algunos asuntos del servicio; y estando allí, recibió el primer parte procedente de su campamento en Guaje, informándole haberse empeñado un combate reñido entre sus fuerzas y el enemigo, que avanzaba dividido en tres columnas, de las tres armas y en número que era difícil precisar, pero que pasaba de diez mil hombres.

Maycotte salió inmediatamente a su campamento, y por mi parte, ordené al general Hill que mandara alistar un tren con 1,500 hombres de infantería, para que salieran al mando del general Laveaga, en auxilio de Maycotte; ordenando, al mismo tiempo, al general Triana, que con la caballería de su mando, incorporándosele los regimientos de los coroneles Torres, Silva y Elizalde, saliera también en auxilio del general Maycotte.

Había transcurrido una hora de la salida de Maycotte, cuando recibí un parte de éste, en que comunicaba que el enemigo le estaba cerrando sitio, y que en unos cuantos momentos más, le cortaría probablemente la comunicación, siendo ya, para entonces, muy comprometida su situación.

El tren con la infantería estaba ya listo, y en vista de los informes rendidos por el general Maycotte, consideré que se hacía necesario salir yo personalmente con el mando del contingente de infantería, para obrar conforme a mi propio criterio, en vista de las variantes que la situación de Maycotte presentara; forma en que no podría obrar ningún jefe subalterno, quien tendría que sujetarse, en todo caso, a órdenes que recibiera.

Con tal motivo, salí yo en el tren militar de auxilio.

Al empezar el combate en El Guaje, comuniqué al Primer Jefe, por la vía telegráfica, las condiciones poco favorables en que dicho combate se había iniciado, describiéndolas así: Nuestra vanguardia, al mando del general Maycotte, en su empeño de hacer resistencia al enemigo, había sido envuelta completamente por las columnas de éste, que tenían un efectivo total, cuando menos, cinco veces mayor que el de nuestras fuerzas en estación Guaje; era necesario salvar de aquella situación a nuestra vanguardia, y para ello, movilizar fuerzas suficientes en su auxilio, y aceptar un combate formal y quizás decisivo, en un terreno cuyas ventajas habrían sido ya, seguramente aprovechadas por el enemigo. La movilización de todo nuestro contingente no podía hacerse con la violencia que el caso requería, porque en Celaya no teníamos trenes necesarios, y sólo por fracciones hubiera sido posible el movimiento, presentando esto el grave peligro de que el enemigo fuera batiendo, en detalle, a cada una de las fracciones movilizadas y aniquilarlas con facilidad.

De ahí que, como lo dejo expresado, decidí salir al frente de los 1,500 hombres para obrar como, a mi juicio, lo indicaran las circunstancias en que se desarrollara el combate sostenido por nuestra vanguardia. En el parte oficial relativo se consigna el resultado de este movimiento.

Cuando me hube reconcentrado al campamento de Celaya, y el combate se generalizaba ya en las cercanías de dicha plaza; como a las 5.30 de la tarde, dirigí al C. Primer Jefe, el siguiente mensaje:

Celaya, Gto., 6 de abril de 1915. Hónrome comunicar a usted que como lo anuncié en mensaje anterior, combate se inició muy desfavorable para nosotros, habiendo llegado auxilio a Maycotte, ya tarde, sirviendo sólo para salvarle a él, que logró salir, replegándose en seguida a esta plaza, donde continúa combate, que sostengo con infantería, mientras se rehace caballería para que entre en acción. Generales González y Elizondo tomaron Acámbaro y se incorporarán mañana con dos mil hombres, y generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, que con 1,500 hombres salieron a destruir vía del ferrocarril que va a San Luis, se incorporarán mañana también. Estimo en quinientas bajas las que hemos tenido hasta ahora, entre ellas coronel Alfredo Murillo, muerto, y coroneles Martínez y Paz Faz, heridos, primero gravemente. Animo de tropa es muy bueno. Respetuosamente. General en Jefe. *Alvaro Obregón.*

Antes de oscurecer, y como se notara un movimiento de flanco, que

venía haciendo el enemigo, ordené la salida de algunas fuerzas de caballería, entre ellas, la escolta del general Cesáreo Castro, sumando aproximadamente 600 hombres, al mando del teniente coronel Berlanga.

Al mismo tiempo que daba la orden para la salida de dicha fuerza, dirigí al Primer Jefe el siguiente mensaje:

Celaya, Gto., 6 de abril de 1915. Hónrome comunicar a usted, que combate continúa reñido. Han sido derrotadas parte columna general Triana y la del general Novoa, y a mí me hirieron el caballo. Estoy reconcentrando restos caballería dentro de la plaza para reorganizarlas. Por movimientos enemigo creo amaneceros sitiados. Tenga usted la seguridad de que sabremos cumplir con nuestro deber. Animo de gente es bueno. Respetuosamente. General en Jefe. *Alvaro Obregón.*

Una hora más tarde, se incorporaban al campamento solamente 100 de los 600 hombres destacados al mando del teniente coronel Berlanga, después de haber sido dispersados.

El general Maycotte, en el combate de Guaje y retirada a Celaya, tuvo alrededor de 800 bajas, entre muertos, prisioneros, heridos y dispersos, y como la fuerza de caballería destacada al oscurecer, incluyendo la escolta del general Castro, había sido casi totalmente dispersada, faltando 500 hombres, en tanto que habíamos perdido alrededor de 200, entre muertos y heridos, de los demás cuerpos, nuestras bajas hacían un total de cerca de mil quinientas, diez horas después de empezar el combate.

Como a las ocho de la noche, cuando el combate en las afueras de Celaya se había generalizado, y se notaba que frente a nuestra línea, a una distancia menor de cinco kilómetros, empezaban a llegar trenes del enemigo con tropas de infantería y cañones para reforzar las ya numerosas y superiores que, desde a las cuatro de la tarde, nos atacaban con toda energía, algunos de nuestros jefes se presentaron en mi Cuartel General, y me insinuaron la conveniencia de replegarnos a Querétaro, donde, según opinión de ellos, quedaríamos en mejores condiciones para resistir el empuje de aquellas masas, tan considerablemente superiores en número al de nuestras fuerzas. Aquellas insinuaciones, aunque razonables, fueron rechazadas por mí, haciendo ver a los jefes que una retirada de nuestra parte nos traería como consecuencia un seguro fracaso; pues que, aparte de la depresión moral que con ello sufrirían nuestras tropas, sería fácil al enemigo, con sus magníficas caballerías, hacer un rápido movimiento para colocarse a nuestra retaguardia, al sur de Celaya, y

atacar sobre la marcha a nuestra columna, en condiciones en que no tendríamos ni una mínima probabilidad de éxito; mientras que ya colocados en nuestros atrincheramientos de Celaya, como lo estábamos y quedando probablemente sitiados por el enemigo, tendríamos que resistir a todo trance, pues aun cuando el valor nos llegara a faltar, lo supliríamos, acaso ventajosamente, con el instinto de conservación.

A las once de la noche, considerando que el enemigo cerraría el sitio antes de amanecer, y que quedaría cortada toda comunicación, en Veracruz, y ya cuando el combate se hacía más desesperado, dirigí al C. Primer Jefe el siguiente mensaje:

Celaya, Gto., 6 de abril de 1915. Hónrome comunicar a usted combate continúa. Las caballerías han sido derrotadas. A esta hora, 11 p.m., habremos tenido dos mil bajas. Asaltos de enemigo son rudísimos. Esté usted seguro de que, mientras me quede un soldado y un cartucho, sabré cumplir con mi deber y consideraré como una ventura que la muerte me sorprenda abofeteando al crimen. Respetuosamente. *Alvaro Obregón.*

Al amanecer del día 7, se incorporaron a Celaya los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, con la columna con que ocuparon Acámbaro, y que era de cerca de dos mil hombres.

El día 7, en la mañana, el C. Primer Jefe preguntó de Veracruz cómo seguía el combate, y no estando yo en la oficina, contestó el coronel Serrano, jefe de mi Estado Mayor, dando el siguiente parte:

Celaya, Gto., 7 de abril de 1915. Acabamos de llegar de la línea de fuego, y mi general Obregón salió nuevamente para allá. Combate se ha generalizado en una extensa zona, alrededor de esta plaza. Hemos tenido momentos muy críticos, pero hemos logrado hacer reaccionar a nuestras fuerzas. Las famosas cargas de caballería del enemigo están estrellándose sobre las posiciones de nuestras infanterías. En estos momentos, las caballerías, al mando directo del general Maycotte, por orden del general Castro, hacen un enérgico movimiento de flanco. Hemos sufrido algunas pérdidas, contándose varios jefes y oficiales. General Obregón ordenó aprehensión de coronel Kloss, por haber dado media vuelta con la artillería. Nuestras fuerzas han hecho algunos prisioneros y avanzado varias armas, parque y banderas del enemigo. Respetuosamente. Coronel Jefe del Estado Mayor. *F. R. Serrano.*

Como el coronel Kloss, había dado media vuelta con la artillería y

emprendía su retirada, precisamente en los momentos en que nuestra línea de frente empezaba a debilitarse, como se consigna en el parte oficial, ordené al coronel Miguel Piña saliera a alcanzar al coronel Kloss, y lo pasara por las armas.

La ejecución del coronel Kloss no se consumó, por haber suspendido la orden relativa, tomando en cuenta las explicaciones que el mismo Kloss dio, de los motivos que originaron su retirada, apoyándose en que él, al notar que que nuestra línea de frente empezaba a dar media vuelta, consideró que sería inútil permanecer allí, donde el enemigo se apoderaría en seguida de nuestros cañones.

El C. Primer Jefe, desde que tuvo conocimiento de nuestra situación al iniciarse el combate con las fuerzas de nuestra vanguardia, dio órdenes, con toda diligencia, para que las fuerzas de la Primera División de Oriente, que tenía a sus órdenes directas el general Agustín Millán, sobre la línea de Pachuca a Esperanza, se movilizaran para reforzar a Celaya, llevando, además, algunas reservas de parque para nuestras fuerzas.

A la 1.10 p.m., dirigí al Primer Jefe el siguiente mensaje:

Celaya, Gto., abril 7 de 1915. En estos momentos acabo incorporarme de línea de fuego. Combate sigue desesperado, siendo los esfuerzos del enemigo iguales a los de nuestras fuerzas, no habiendo cesado el fuego un solo instante. Han dado villistas, de las cinco de la mañana a la una y diez p. m., más de treinta cargas de caballería, habiendo sido rechazados en todas ellas. En estos momentos, empiezo a tomar ofensiva. Creo que si usted ordena que salgan inmediatamente refuerzos y parque que me indica en su mensaje de esta mañana, llegarán oportunamente, debiendo reconcentrarse en Querétaro, donde esperarán mis órdenes. Si fuera posible que esta noche saliera parte, sería preferible. Respetuosamente. General en Jefe. *Alvaro Obregón*.

A las 2.30 p.m., dirigí al C. Primer Jefe, un nuevo mensaje, en los siguientes términos:

Celaya, Gto., abril 7 de 1915. Como comuniqué a usted en mensaje de esta mañana, después de treinta horas de desesperado combate, a la 1 p.m., tomamos ofensiva con buen éxito. Hasta esta hora, 2.30 p.m. han logrado avanzar nuestras fuerzas sobre el enemigo, que retrocede batiéndose desesperadamente. Hanse recogido 300 armas, y más de 300, entre muertos y prisioneros. En estos momentos, preparo un tren para avan-



zar sobre el centro, apoyando con este movimiento las cargas de caballería que, por ambos flancos, van dando los generales Maycotte, Novoa, Elizondo y Alejo G. González, de la División de caballería del general Castro. Villa, personalmente, dirige combate, afortunadamente. Muy respetuosamente. General en Jefe. *Alvaro Obregón.*

A las 3.30 p. m., informé nuevamente al C. Primer Jefe de la situación, con el siguiente mensaje:

Celaya, Gto., abril 7 de 1915. A esta hora, 3.30 p.m., el enemigo hase replegado varios kilómetros, dejando el campo regado de cadáveres. En la parte reconocida, hanse encontrado más de mil muertos y un número considerable de heridos. El combate continúa a unos cinco kilómetros de nuestras posiciones. Los prisioneros pasan de cuatrocientos. Respetuosamente. General en Jefe. *Alvaro Obregón.*

Cuando el enemigo se batía en retirada, el general Maycotte, haciendo un movimiento atrevido, con unos cuantos hombres, atacó la artillería villista, logrando capturar seis cañones, los que en seguida se vio obligado a abandonar, debido a que fue atacado por las infanterías enemigas, que hacían su retirada adelante de estación Crespo.

A las siete de la noche me incorporé al campamento, y rendí al Primer Jefe el siguiente.

#### PARTE TELEGRAFICO

Celaya, Gto., 7 de abril de 1915. Satisfáceme comunicar a usted que, en estos momentos, 7.30 p.m., regreso a este campamento, así como las fuerzas de caballería que batieron en su retirada al enemigo. A grandes rasgos, y a reserva de rendirle el parte oficial detallado, me permito darle en este mensaje algunos detalles de combate. A las 10 a.m. de ayer, una columna de las tres armas, al mando de Doroteo Arango (alias Francisco Villa), atacó nuestra vanguardia, que estaba mandada por el general Fortunato Maycotte. A las doce del día salí personalmente en un tren, con 1,500 hombres a proteger al general Maycotte, quedando en el campamento los generales Hill y Castro, Comandantes de las Divisiones de Infantería y Caballería, respectivamente, alistando todas las demás unidades de este Cuerpo de Ejército de Operaciones. Había avanzado mi tren 14 kilómetros, cuando encontré a las caballerías del general Maycotte, ne marcha para este campamento, a reconcentrarse, después de batirse

dos horas con una columna seis veces mayor. Ordené retirada inmediata de mi tren, y al incorporarme de nuevo a ésta, encontré al general Hill preparándose a resistir el combate, con los generales Manzo y Laveaga y coroneles Kloss y Morales, jefes, respectivamente, de la artillería y del 20º Batallón. Inmediatamente que acabaron de incorporarse las fuerzas del general Maycotte, el enemigo se nos echó encima, en una línea de 6 kilómetros aproximadamente. El combate se generalizó desde luego, y el general Castro empezó a movilizar sus fuerzas de caballería, para proteger los flancos de nuestras posiciones. Los asaltos del enemigo se sucedían constantemente, y en cada vez demostraban mayores bríos y mayor desesperación, para arrebatar sus posiciones a nuestros soldados, que burlaban con heroicidad las decantadas cargas de caballería con que Arango vencía a los que hoy son sus aliados. Así se prolongó el combate por espacio de 27 horas; y al cumplirse la una de la tarde de hoy, ordené se tomara la ofensiva, y desde luego el general Castro empezó a destacar sus columnas por los flancos, a medida que nuestras infanterías rechazaban al enemigo por el frente, comenzando a batirse en retirada y dejando el campo sembrando de cadáveres, retirada que poco a poco se convirtió en fuga precipitada. Villa fue el primero en huir, según la confesión de algunos de sus "dorados", que fueron cogidos prisioneros. Fueron perseguidos los villistas 20 kilómetros, recogiendoles armas, caballos y prisioneros. Las pérdidas del enemigo entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, pasan de tres mil. Las bajas nuestras son alrededor de 500, entre las cuales lamentamos la pérdida de los valientes coroneles Murillo y Estrada, que murieron en la línea de fuego, y que eran, respectivamente, jefes de los batallones 17º y 8º de Sonora, y heridos los coroneles Paz Faz y Eugenio Martínez y otros jefes y oficiales que haré mención en parte detallado. Los jefes que tomaron parte en este hecho de armas, son: generales Castro y Hill, jefes de las divisiones de caballería e infantería, respectivamente; generales Laveaga y Manzo, jefes, respectivamente, de las brigadas 1ª y 2ª de Infantería de Sonora; generales Alejo G. González, Fortunato Maycotte, Jesús S. Novoa y Alfredo Elizondo, de la División de Caballería del general Cesáreo Castro; generales Martín Triana y Luis M. Hernández, quien, aunque no tiene mando de fuerzas, estuvo siempre en mi compañía, juntamente con mi Estado Mayor. Los citados jefes, con sus subordinados, se portaron con la suficiente energía para verle la espalda a los traidores. Felicítolo por este triunfo. Respetuosamente. General *Alvaro Obregón*.

En el parte oficial que queda transcrito, figuran solamente quinientas

bajas, por nuestra parte, número menor que el que figura en el telegrama dirigido al Primer Jefe el día 6, a las once de la noche, pudiendo explicarse esto, debido a que después de terminado el combate, se incorporaron algunos grupos de las caballerías de Maycotte y la escolta del general Castro, que habían sido dispersados desde el día 6; pero tampoco esa cifra es la exacta, pues en los momentos en que se rendía el parte telegráfico, no era posible conocer con absoluta precisión nuestras pérdidas, haciéndose sólo un cálculo aproximado. Como se ha visto por la relación de bajas que se inserta en el parte oficial relativo, ellas ascendieron a 922 en total.

**ALVARO OBREGÓN. OCHO MIL KILOMETROS EN CAMPAÑA.—Fondo de Cultura Económica, México, 1959. pp. 299-326.**